

NUESTRA ALEGRÍA

NUESTRA

ALEGRÍA

CONFERENCIAS FAMILIARES

POR EL

P. RAMÓN RUIZ AMADO

de la Compañía de Jesús



BARCELONA

Librería Religiosa : Aviñó, 20

1919

APROBACIONES

NIHIL OBSTAT

El Censor,

ERNESTO GUITART, S. J.

IMPRIMI POTEST

Barcinone, 1 Junii 1919

RAIMUNDUS LLOBEROLA, S. J.
Praepositus Provinciae Aragoniae

IMPRÍMASE

Barcelona, 5 de Junio de 1919

El Vicario General,
JUSTINO GUITART

Por mandato de Su Sría.,
LIC. SALVADOR CARRERAS, PBRO.

Scrio. Canc.

:: Reservados ::
todos los derechos

Nuestra alegría

Comenzamos a escribir estas páginas en la más triste de las situaciones en qué hemos vivido, nosotros, que conservamos en nuestros recuerdos las afrentosas revoluciones de hace 50 años, los desastres que pusieron fin al poder colonial de nuestra patria y los trastornos de la *semana trágica*, que demostró la supervivencia del salvajismo más odioso bajo la pulida superficie de la llamada *civilización moderna*.

Escribimos estas primeras cuartillas en medio de la peste que lleva por centenares al sepulcro a nuestros conciudadanos; en medio de la guerra que asuela inmensas comarcas y desangra y arruina a casi todas las naciones de Europa; y en vísperas de una paz, que viene envuelta entre las mayores amenazas del orden social.

En presencia de una mortandad espantosa, y en previsión de pavorosos trastornos; oyendo de matanzas nunca vistas, nos parece asistir a un tiempo a los funerales de nuestros hermanos, de la civilización europea, y de las instituciones político-sociales elaboradas por los siglos...

Y en esta situación, para el humano sentido desesperante, nuestro ánimo se levanta y reacciona con un impulso poderoso de *alegría*,

y ponemos manos a la obra para escribir este libro, que ha ido germinando en nuestra alma hace muchos años, y halla ahora ocasión propicia para brotar y salir a luz.

San Gregorio Magno, en circunstancias parecidas, viendo la frecuencia de las guerras, de las pestes, de los terremotos y calamidades públicas, auguraba la proximidad de la suprema crisis del mundo anunciada en el Evangelio.

Nosotros no nos sentimos profetas; pero con el mismo Evangelio en la mano, nos decimos y queremos decir a nuestros contemporáneos y correligionarios: *his autem fieri incipientibus, respicite et levate capita vestra, quoniam appropinquat redemptio vestra* (Luc. XXI, 28). Estas pavorosas señales de los tiempos no han de deprimir nuestro ánimo; no han de quitarnos *nuestra alegría*; antes han de sernos estímulo para *levantar nuestras cabezas*, porque nos están diciendo que *se aproxima el momento de nuestra redención*; que es la mayor causa de alegría que podemos desear.

Pero ante todo, advertamos que no se trata aquí de aquella alegría que pueda parecer inoportuna en el luto, como de la música dice el Eclesiástico (XXII, 6). No se trata de la bulliciosa alegría de los mundanos, fundada en complacencias egoístas, y que insulta la miseria de los desgraciados.

Se trata de una alegría completamente interior, fundada en bienes de que no carece

sino quien voluntariamente se priva de ellos; y que, por ende, puede y desea comunicarse a todos, y a todos invita a participar de ella y alegrarse, sobreponiéndose a las penas, por grandes y amargas que sean.

Hace algunos años un obispo alemán, P. G. von Keppler, escribió un librito que se difundió rápidamente por todo el mundo, y en el que se pedía «*más alegría*», demostrando que la *civilización moderna*, esa civilización puramente exterior, divorciada de la Religión, y confiada sólo en los progresos técnicos, lejos de aumentar la suma total de bienestar humano, había despojado a los hombres de la alegría antigua de que gozaban en una cultura más sencilla y, al parecer de muchos, atrasada.

Aquella *civilización*, de que tan orgullosas estaban las naciones europeas, principalmente las que más han sufrido en esta terrible guerra, ha fracasado ruidosamente. Ha demostrado a todos, lo que hace pocos años decía Foerster: que la cultura técnica, sin un aumento de cultura moral y religiosa, sólo podía servir para llevar más rápidamente a los enemigos unos contra otros, y los progresos científicos no tendrían otro resultado, sino multiplicar sin medida los medios con que los hombres se destruirían unos a otros.

Lo acabamos de ver. El admirable progreso industrial de Alemania, sólo ha servido para producir cañones monstruosos que lanzaran a distancias prodigiosas, proyectiles enor-

mes. Para crear submarinos que hundieran en los abismos del mar millones de toneladas, necesarias para mantener entre los pueblos remotos el intercambio mercantil. Y las industrias no menos adelantadas de Inglaterra, Francia y los Estados Unidos, se han empleado enteramente en producir otros infernales engendros, con que contrarrestar los de los Imperios centrales. Y toda la floreciente industria, del mundo que monopoliza el nombre de *culto*, se ha empleado en sacrificar en los mares y en los campos de batalla, millones de vidas de hombres de todas las razas de la tierra.

Hoy, decir que esa civilización rinde a la Humanidad *poca alegría*, parecería sarcástico. El problema de la alegría se ha de plantear de nuevo. La necesitamos y hemos de buscarla en las únicas fuentes de donde brota irrestañable.

Por dicha esas fuentes son *nuestras*; brotan en el huerto bendito de nuestra Religión católica; y a nosotros nos toca abrirlas a todos nuestros hermanos; y en medio de la general miseria y tristeza, gritarles aquellas palabras del profeta Isaías: «Todos los que tenéis sed, venid a las aguas; y los que no tenéis plata, apresuraos; comprad y comed. Venid, comprad sin plata y sin ningún otro cambio, vino y leche» (LV, 1). Vino que alegra el corazón del hombre, y leche y miel que endulzan su vida.



I. Alegría

1. Pero ante todo hemos de entendernos acerca del sentido que damos (y creemos que propiamente tiene) a la palabra alegría.

Este sentido se percibe más claramente si nos fijamos en su origen latino de *alacritas*, voz que significa prontitud para obrar, y por ende, plenitud de fuerzas, abundancia de vida; y se opone al caimiento, desaliento y falta de actividad, que son en realidad propias de la *tristeza*.

Es, pues, la *alegría*, el placentero sentimiento, o estado afectivo del ánimo, que le inclina a la expansión, a la comunicación de la energía que siente rebosar en sí mismo, y a una actividad agradable.

2. Que sea éste el concepto que tenemos de la alegría, se echa de ver por las aplicaciones metafóricas que de él hacemos.

Todos los hombres conciben la *primavera* como alegre, y al contrario, como triste el invierno. La razón es, porque la primavera es la estación en que la savia sube en las plantas y se expansiona la vida produciendo yemas y hojas y flores; y aun la naturaleza inanimada se pone en movimiento, deshaciéndose los hielos y fluyendo por todas partes arroyos

de agua. Ese movimiento, esa manifestación de la energía vital, nos produce impresión de alegría, por la semejanza que ofrece con ese estado de nuestra alma.

Al contrario, el *invierno* se nos presenta triste, porque es la estación en que la vida se encoge, las plantas se retiran a un trabajo de vegetación interior, los animales se aletargan y encuevan, los arroyos se paran helados, y el hombre mismo siente la necesidad de recogerse en sus viviendas...

Pero he aquí que en éstas chisporrotea el fuego, vibran las llamas, bulle la actividad en torno del hogar abrigado, y renace la alegría; porque en efecto, la alegría no es otra cosa que este hervor de la vida pujante que se expansiona y manifiesta agradablemente.

3. Por ahí se echa de ver una distinción, que conviene anotar desde luego, es a saber: la diferencia que media entre el *placer* y la *alegría*, por más que definamos ésta como un sentimiento placentero.

Desde luego podemos afirmar, que toda alegría, es placentera, pero no todos los placeres producen alegría, ni van acompañados de ella.

El concepto del *placer* es más extenso que el de la alegría; pues se llama *placer* toda percepción agradable, la cual acompaña a toda operación del cuerpo o del alma, que se ejecuta en las condiciones exigidas por la Naturaleza.

El que come con buen apetito, experimenta

un placer, porque satisface una necesidad de su naturaleza física; y lo mismo acontece al que bebe con sed, al que reposa cuando está cansado, o al que se mueve tras larga quietud; al que recobra una temperatura acomodada para su cuerpo (tomando el fresco en verano, o calentándose en invierno), etc.

Todos los placeres *sensitivos* se reducen a esto: a satisfacer una *necesidad*, o a percibir una sensación conforme a la naturaleza del sentido.

Hay además placeres *imaginativos*, que consisten en imaginar objetos agradables; placeres *sentimentales* que se hallan en los actos adecuados de la sensibilidad (amor, compasión, simpatía, etc.); placeres *intelectuales*, producidos por las operaciones de la inteligencia (vgr., en la resolución de un problema), y placeres *morales* que acompañan a los actos de la voluntad. Así, de la ira con la imaginación de la venganza, dijo Homero, que es más dulce que la miel libada.

4. Ahora bien. ¿Producen *alegría* todos esos placeres? ¿Cuáles de ellos dejan el ánimo alegre?

A *priori* podemos responder: que no todos los placeres dejan al hombre alegre, sino sólo aquellos que producen en él una *plenitud de energía* que le dispone a la operación fácil y vigorosa.

Esta afirmación queda completamente comprobada por la experiencia de la vida y el análisis de los actos humanos.

El que come con muy buen apetito experimenta un deleite; por donde se dijo con gran verdad: que la mejor salsa es el hambre. Y a ese deleite acompaña una sensación de alegría, mientras se va satisfaciendo la necesidad natural, y por ende, se va acrecentando la plenitud de energía física. Mas si se pasa de la pura *necesidad*, continúa por mucho espacio el *placer*: el placer de la gula o de la laminería; pero la alegría va disminuyendo, y el *harto* no se siente alegre; sino más bien triste; porque el exceso de alimento ingerido, en vez de fuente de energía se convierte en obstáculo que hay que ir eliminando con una trabajosa digestión. (1).

En la *embriaguez* hay una falsa *alegría*, que no es sino un efecto patológico del alcohol; y hay quienes tienen el vino *alegre*, y quienes le tienen triste. Hay beodos que ríen y otros que lloran; pero ni los unos están propiamente alegres, ni los otros tristes, sino todos borrachos; esto es: sometidos a una influencia morbosa.

5. Esta diferencia entre el placer y la

(1) Uno de los placeres sensitivos más vehementes, y que los animales (irracionales y racionales) apetecen con más fuerza, es sin duda el que acompaña a la procreación; como que ésta función responde, no ya a una necesidad del individuo, sino a una necesidad de la Naturaleza que quiere la conservación de las especies. Sin embargo, es observación antigua de los sabios, que ese deleite va seguido de tristeza. La causa es, que, no sólo no dispone para la actividad fácil, sino deja momentáneamente deprimido y sin fuerzas para ella: *Omne animal post coitum triste est.* (Arist.)

alegría, se puede comprobar en todos los placeres de los sentidos, los cuales pueden contribuir a la alegría mientras están dentro del orden de la Naturaleza y sirven para producir aumento de vitalidad y energía; pero en pasando de ese límite, pueden todavía durante un gran espacio conservar la razón de placer, pero ya no la alegría del ánimo del que tales placeres goza.

Pero hay más, pueden coexistir en una persona el placer y la tristeza: demostración la más palpable de que el placer y la alegría son cosas muy diferentes.

En efecto: puede un hombre estar profundamente triste, vgr., por la pérdida de su fortuna, o por un grave peligro que amenaza a su honor o a su vida, y a pesar de esto, gozar de un placer sensitivo o intelectual: con sólo que su tristeza no llegue al extremo de embargarle el ánimo para toda otra percepción.

Fué uso antiguo, conceder a los condenados a la última pena, algunos placeres materiales, por ejemplo, sirviéndoles una buena comida. Pensemos, pues, si el que sabía que a las pocas horas había de ser ahorcado, podría estar alegre; lo cual no obstaba para que le supiera bien, dado que estuviese hambriento, una buena comida.

Y ¿quién ignora que, muchos hombres entristecidos por graves contrariedades, buscan un lenitivo a su tristeza en los placeres sensitivos o imaginativos? Estos no logran ale-

grarse, pero procuran *divertir* su tristeza con esos pasatiempos placenteros, y sin duda perciben el placer de ellos.

6. Por ahí se ve otra importante distinción, entre *divertirse* y *alegrarse*. El sentido de estos dos verbos es radicalmente diverso; pero no obstante, los confunden muchas personas desaconsejadas.

Divertirse no es sino *apartar* el ánimo de la atención a los objetos que le atormentan o entristecen. Es cierto que esto se procura de ordinario con entretenimientos placenteros. Pero ya hemos visto que el placer puede coexistir con la tristeza; y en realidad ésta persevera en el fondo de muchas mundanas diversiones.

Los que se *divierten*, raras veces permanecen dentro de los límites prescritos por la Naturaleza al placer; por lo cual, sus diversiones, lejos de alegrarlos, los dejan tristes, desalentados y deprimidos.

No hay más que echar una mirada sobre tantos *divertidos*, que pasan las noches bailando hasta la fatiga y el agotamiento; o andando de espectáculo en espectáculo, las horas que la Naturaleza tiene destinadas para el descanso y el sueño. Los tales quedan, por efecto de sus excesos, agotados, lánguidos, exhaustos; y tales que sólo a fuerza de baños y masajes logran evitar las graves enfermedades. Pero ¿alegres? No; por más que queden *sedientos de placeres*. No quedan alegres porque en ellos no hay energía, sino

enervamiento; no hay plenitud de vida sino depresión intolerable; no actividad grata, sino languidez morbosa.

Su *sed de gozar* no es el apetito sano de la Naturaleza exuberante; sino una comezón morbosa; una voluptuosidad patológica, que llega a las más absurdas y repugnantes abnormidades, indescriptibles para una pluma honrada e ilegibles para las personas decentes.

7. Este concepto de la *alegría*, que claramente la distingue del placer y de las que el mundo llama *diversiones*, nos conduce a una conclusión ulterior de suma importancia: que no puede haber alegría verdadera, sólida y durable, dondequiera se contradicen las leyes de la Naturaleza.

Pero en el hombre no hay solamente naturaleza *animal*, sino naturaleza *racional*; y no sólo le produce impresión dolorosa el quebrantamiento de las leyes de la primera, sino también el quebrantamiento de las normas de la segunda. De donde se infiere, que no puede haber para el sér racional verdadera alegría, sino dentro de la esfera de la virtud.

En efecto: todo cuanto se opone a la virtud, contraría a la naturaleza *racional*, a la naturaleza *humana*. Pero lo que a la naturaleza de un sér se opone, necesariamente cercena su plenitud de vida, menoscaba su energía natural, y por ende, disminuye o destruye su alegría.

Todo cuanto contraría a la Naturaleza, todo cuanto quebranta sus leyes, causa alguna ma-

nera de *dolor*; bien que no siempre sea inmediatamente perceptible, o por la levedad de la infracción, o por el embotamiento del sentido.

Así lo experimentamos en lo físico, donde no todo exceso en el comer o beber, ni toda alteración de las funciones orgánicas, producen dolor sensible. Pero si esas infracciones se multiplican, acaban por causar enfermedad dolorosa, aunque no fueron dolorosamente perceptibles cada una de las causas pequeñas que originaron el estado morboso.

Lo mismo acontece en el orden moral: propio de la naturaleza *humana*. No toda infracción de la ley moral produce un dolor moral: un *remordimiento* perceptible. Pero la multiplicación de esas infracciones casi imperceptibles, va produciendo una pesadez anímica que llega hasta causar verdaderas enfermedades psíquicas y dar que hacer a la Psiquiatría (1).

El primer efecto de esos gérmenes morbosos depositados en el ánimo, es la destrucción de la *alegría*, la cual resulta de la plenitud de fuerzas, de la exuberancia de vida. Y como toda acción contraria a cualquiera virtud constituye uno de esos gérmenes, de ahí que sean incompatibles la vida alejada de la virtud, alejada de la moralidad, y la *alegría* verdadera; ésa que no se puede confundir con

(1) Véase nuestro folleto, La Confesión y la Psiquiatría moderna.

cualquiera placentera sensación, ni con cualquiera diversión bulliciosa.

8. Esto es lo primero que hemos de dejar bien asentado para buscar la alegría; pues de ella puede decirse lo mismo que de la *felicidad*: que todos los seres la buscan incesantemente, pero no son muchos los que la hallan.

Todos los hombres desean la alegría, pero son muchos los que la buscan en el placer; sin percatarse de que no todos los placeres son a propósito para producirla. Muchos la buscan en las diversiones: en lo que saca al hombre de sí mismo y le derrama en las cosas exteriores; por no entender que se puede decir de la alegría, lo mismo que dice Jesucristo del Reino de los Cielos: que está dentro de nosotros mismos.

La alegría está dentro de nosotros, porque es exuberancia de vida, y la vida de un sér no puede estar fuera del mismo.

La vida es algo íntimo al viviente. Las cosas exteriores pueden ofrecerle pábulo o al contrario, oponerle obstáculos. Pero en fin de cuentas, el vivir y el vivir intensamente, *alegremente*, es algo que no puede hallarse fuera de nosotros, sino en lo más íntimo de nuestro ánimo, como nuestra misma vida.

Conocida, pues, la naturaleza de este bien, y el lugar donde lo podemos hallar, vamos ya a entrar en materia, alumbrando los manantiales de nuestra verdadera alegría.



II. Nuestra esperanza

Gaudete quod nomina vestra
scripta sunt in caelis.

Luc. x, 20.

1. El cristiano sabe con absoluta certidumbre que ha sido criado por Dios *para la felicidad.*

Y ¡qué felicidad!

No ya la felicidad que conciben los mundanos, cifrada en el bienestar material, en la abundancia de riquezas, honores y deleites, que entretienen pero no satisfacen el corazón humano.

Ni siquiera es, la felicidad que esperamos los discípulos de Cristo, aquella felicidad que la Filosofía griega consideró como suma: el conocimiento especulativo y amor de Dios, con exención de males y abundancia de bienes temporales.

Nosotros sabemos que hemos sido criados para una felicidad incomparablemente superior a todas cuantas el mundo o la humana inteligencia dejada a sus propias fuerzas, habían podido concebir. Nuestra felicidad consistirá en una participación de la misma felicidad in-

finita de que Dios goza en los resplandores de su gloria.

Hemos sido criados para *ver a Dios cara a cara*, y ver en él la suprema belleza, la perfección inefable, la amabilidad infinita. Para embriagarnos en el amor que de esa clara vista nace; para amar y ser amados por el que es suma perfección y dulzura infinita.

Y ese conocimiento y amor no los hemos de gozar como se gozan los amores y los éxitos de esta vida, los cuales, o por su naturaleza son efímeros, o por la misma costumbre embotan el goce; sino gozarémoslos eternamente : esto es, sin fin ni término, sin disminución ni mengua, sin que la continuidad del deleite embote nuestra capacidad de gozar, ni el uso del objeto disminuya la estima de él, antes descubriendo en él cada momento nuevas excelencias que conocer y nuevas perfecciones que amar.

2. Pues quien sabe con toda certidumbre que ha nacido para tan dichosa suerte; que ha sido criado para tan glorioso destino ¿cómo puede entristecerse, cualesquiera que sean las circunstancias en que de momento se halle? ¿Cómo no se llenará de inmensa alegría, pensando : he de ser feliz, feliz sin medida, feliz eternamente?

De un joven apuesto, noble, ingenioso, lleno de esperanzas, se suele decir : que parece no le pesa de haber nacido. Y es así que no le pesa, porque ve abrirse delante de él un porvenir halagüeño.

Pero ¿qué es el más lisonjero porvenir que puede ofrecer el mundo a las prendas naturales, en comparación con la eterna felicidad para que hemos sido criados por Dios?

Pues ¿cómo puede ser que un cristiano esté triste y apesadumbrado; que no viva lleno de la más expansiva alegría; sabiendo que ha nacido para la felicidad perfectísima, sobrenatural, divina?

La felicidad, cuyas esperanzas, siempre inciertas, llenan de alegría a la juventud, es falaz, pasajera, vana; porque los objetos en que se cifra son de tal índole, que el uso los hace viles o la familiaridad despreciables. Y, no obstante, las engañosas irisaciones de esa felicidad, bastan para llenar de alegría el corazón de la juventud, y sus labios de risa. Y ¿podría vivir triste el cristiano, seguro como está de que le aguarda otra dicha tan incomparablemente más cierta y mayor?

3. — Pero cuando estamos tristes es porque, o no nos acordamos de esa felicidad para que hemos sido criados, o no nos parece cierto el conseguirla, sino muy dudoso y casi imposible.

—Es así, y contra ese funesto olvido hemos de reaccionar con nuestras meditaciones y lecturas; y contra esas dudas y desconfianzas, afirmándonos en la verdad de fe: *que siempre está en nuestra mano* alcanzar esa suprema felicidad.

Y esta es otra enorme diferencia que aventaja nuestra condición a la de los que ponen

en el mundo sus esperanzas de dicha. Porque, fuera de ser la felicidad que ellos esperan, tan vana y mezquina, es siempre dudoso si la podrán alcanzar con efecto; puesto que, si no los desdenes y cambios de la fortuna, por lo menos la *muerte* puede siempre salirles al camino para cortar el hilo de las más bien fundadas esperanzas.

Por el contrario: el alcanzar la felicidad eterna, está *en todo momento* en manos del hombre, y especialísimamente del cristiano, que posee para ello mayor luz y gracia del cielo.

Esta es la condición de nuestro feliz destino: que así como Dios no nos lo dará (a los que hemos alcanzado la edad del uso de razón), si no nos ayudamos para lograrlo; así ha trazado su benignísima Providencia, que nunca pueda un hombre verse en tal miseria, que en medio de ella no le sea posible levantar su espíritu y conquistar la eterna felicidad, aunque por mil títulos hubiera perdido el derecho a ella.

4. Imaginemos al cristiano en las situaciones más desesperadas de la vida: imaginémosle abrumado de dolores y enfermedades, agravadas por una extrema pobreza; imaginémosle perseguido por sus enemigos, aherrojado en un oscuro calabozo, o puesto en un infamante patíbulo; pensemos que, náufrago abandonado en medio del mar, se siente morir de hambre y de sed en medio de las aguas, viendo sobre sí el cielo sordo e insensible, y

sin poder hacer oír su voz de sér humano que le socorra o le compadezca. Imaginemos más : ¡que un hombre ha vivido toda su vida en los más abominables pecados y crímenes, y que se halla moribundo rodeado de compañeros infames y blasfemos, y tentado por todos los demonios que se preparan ya a apoderarse de su alma como presa segura : en todas esas difíciles, terribles circunstancias, *está en mano del hombre* reconquistar su felicidad; y por consiguiente, no tiene motivo de tristeza, sino de grande alegría!

Porque es así que, mientras le dura un soplo de vida, Dios no le ha condenado aún, sino le espera a penitencia y le está ofreciendo su gracia y amistad, y el destino felicísimo para que le crió.

Ya podrá ser que, en castigo de sus pecados, no le dé un auxilio tan sensible; ni tanta luz ni tanta gracia para levantarse de su miserable estado. Pero *siempre* le da la gracia *suficiente*, con la que, si él se ayuda, puede vencer a todos sus enemigos, hurtarse a sus tentaciones y evadirse de todas las tribulaciones y miserias que le rodean.

Es muy necesario meditar hondamente esta verdad : que *nunca*, mientras vive, *está un hombre imposibilitado* para recobrar el derecho a la felicidad, aun cuando lo haya perdido por mil extravíos. ¡Cuánto menos deberá angustiarse por otros males temporales, que no pueden ser óbice para su salvación, sino antes al contrario : son *medios* que Dios le

ofrece misericordiosamente para que se salve con mayores ventajas!

5. Este es el verdadero prisma, a través del cual hemos de considerar todas las situaciones de la vida.

Dios nos ha criado para hacernos eternamente dichosos. Pero quiere que ganemos esta dicha con el *buen uso de nuestra libertad*.

Para ello nos va colocando sucesivamente en una serie de situaciones, que son otras tantas *pruebas* para nuestra fidelidad y ocasiones para acrecentar nuestra virtud y nuestro merecimiento.

Es verdad que de muchas de esas pruebas salimos mal. Pero mientras Dios nos conserva la vida, no nos *reprueba* definitivamente, sino sométenos a nuevos exámenes, con el deseo de que remedemos nuestros anteriores yerros.

Cuando nos da ventajas temporales nos *examina* de humildad. Y muchísimas veces salimos mal de este examen, dejándonos llevar de soberbia.

Así aconteció a los ángeles rebeldes. Dióles el Criador abundancia de excelentes dotes naturales con que le sirvieran, y ellos, en vez de hacerlo así, se ensoberbecieron con su excelencia; por lo cual fueron reprobados.

Pero a nosotros no nos reprueba al primer examen, ni al segundo, ni al tercero, ni al milésimo; ni nunca, mientras nos conserva la vida. Cuando abusamos de la fortuna enso-

berbeciéndonos, nos deja caer en la adversidad, para que nos *humillemos*. A veces también salimos mal de esta prueba, pues en vez de humillarnos, nos dejamos arrebatarse de la impaciencia. Pero si no se acaba nuestra vida, tampoco entonces nos reprueba, sino sométenos a otro examen.

Cuando nos da la salud para que le sirvamos con buenas obras, abusamos de ella para pecar. Entonces nos envía la enfermedad para que reconozcamos su justo castigo; pero en lugar de esto, nos abatimos y entristecemos o nos entregamos a la desesperación.

6. Mas en medio de tantas infidelidades y prevaricaciones nuestras, Dios no se cansa mientras nos dura la vida y espera siempre que nos levantemos con resolución, como el Hijo pródigo, y digamos: *Surgam, et ibo ad Patrem meum!* Me levantaré de esta postración triste en que perezco, y me dirigiré a mi Padre!

Siempre, mientras vivimos, podemos tomar esta generosa resolución. *Nunca* nos falta para ella la gracia suficiente de Dios. Luego *nunca* tenemos motivo para desfallecer y entregarnos a la tristeza, puesto que *nunca* se nos escapa definitivamente (si no nos falta la vida) el medio de recobrar el derecho perdido a nuestra felicidad.

Si, pues, nos sentimos oprimidos por la tristeza, analicemos nuestra situación: inquiramos la causa por qué estamos tristes o abatidos; y veremos que *muchas veces* lo que nos

entristece debería sernos causa de grande alegría; pues son *pruebas* a que Dios nos somete para acrecentar nuestros merecimientos, que han de ser la medida de nuestra eterna dicha.

7. Y si nos entristecen nuestras culpas, que realmente nos alejan de Dios y de nuestra felicidad, *siempre* podemos y debemos reaccionar contra ellas, volviéndonos al instante a Dios, que no se hace esperar, sino está siempre llamando a nuestra puerta, convidándonos con su misericordia.

De manera que, la tristeza del cristiano, debe huir siempre ante este dilema :

—¿Por qué estás triste? ¿Porque has pecado? Pues arrepiéntete en seguida y alégrate, porque Dios te perdona y te devuelve el derecho a tu felicidad.

¿Estás triste porque te aflige Dios con sufrimientos inculpables? Pues entonces, abre los ojos, y mira que eso que tomabas por *males*, no son sino medios que te envía el Señor para aumentar tu gloria eterna.

Y en uno y otro caso, sacude la tristeza y alégrate. Pues no tiene motivo de entristecerse, sino mil razones para regocijarse, el que sabe que ha sido destinado a una felicidad eterna, y que tiene en su mano el medio de conseguirla.



III. Cantad trabajando

In psalmis jubilemos ei!
(Invit. del Oficio divino.)

1. Eso de que la felicidad prometida al cristiano haya de ser en la vida *futura*, quita la alegría a todos los míopes e impacientes, que la preferirían más reducida, más modesta, pero *al contado*; desde luego, en la vida presente.

En realidad, también en la vida presente, y desde este mismo instante, nos ofrece el Cristianismo la felicidad compatible con la condición mezquina de esta vida; o por lo menos promueve nuestra alegría, enseñándonos que la principal ocupación del hombre en la tierra es *cantar*. Y sabido es que *quien canta, su pena espanta*.

2. El hombre, nos enseña nuestra santa Religión, ha sido creado por Dios para que le *alabe*, y esta alabanza se hace principalmente, *cantando* la gloria de Dios, que resplandece, para quien tiene ojos en la cara, en la tierra y en el cielo; en el mundo material y en el mundo moral o humano; en la sociedad y en la Historia.

«Los cielos refieren la gloria de Dios, y el firmamento anuncia la obra de sus manos. No son estas voces o palabras cuyo sonido no se perciba». Al contrario: «su sonido se dilata por toda la tierra, y sus palabras hasta los últimos confines de ella». (Ps. 18).

Y ¿cuál es el papel que ha de desempeñar el hombre, en este concierto de alabanzas divinas que resuenan en todo el Universo? El Salmista nos lo dice mil veces, vgr., en el Salmo 145: «Alaba, alma mía, al Señor. Alabaré al Señor durante toda mi vida; cantaré salmos a mi Dios mientras exista!»

«Alabad al Señor, porque buena cosa es el canto. Tributemos a nuestro Dios alabanza alegre y hermosa... Preludiad al Señor con la confesión; hacedle música con la cítara». (S. 146).

Y no se contenta con alabarle por sí; sino pide y exhorta a todas las criaturas a que con él canten: «Alabad el nombre del Señor, alabad siervos, al Señor... cantad a su nombre porque es suave. (S. 134). Alabad, jóvenes, al Señor; alabad el nombre del Señor». (S. 112).

«Alabad al Señor todas las gentes, loadle todos los pueblos. (S. 116). Alabad al Señor desde los cielos, alabadle en las alturas. Alabadle todos sus ángeles, alabadle todas sus virtudes. Alabadle, sol y luna; alabadle, todas las estrellas y la luz. Alabadle cielos de los cielos; y todas las aguas que están sobre los cielos, alaben el nombre del Señor...

Alabadle desde la tierra, dragones y abismos todos de ella: fuego, granizo, nieve, hielo, viento tempestuoso, que cumplís su mandato. Montes y collados todos; árboles frutales y todos los de las selvas; fieras y todos los ganados, serpientes y aladas aves; reyes de la tierra y todos los pueblos, príncipes y jueces de la tierra; jóvenes y vírgenes, los ancianos con los adolescentes, alaben el nombre del Señor... todos sus santos entonen un himno, y los hijos de Israel, el pueblo que se le aproxima!» (S. 148).

Para la concepción cristiana, todo el Universo no es sino un inmenso coro de voces destinadas a alabar a Dios; y el hombre, la criatura libre, es el corifeo de esta orquesta inmensa, que lleva la batuta del canto, y exhorta a todas las criaturas a que le sigan en él.

3. Mas ¿no será enojosa ocupación esta de cantar siempre; de repetir eternamente las mismas alabanzas divinas? En ninguna manera. En tres salmos insiste David para que cantemos al Señor un *cantar nuevo*: «*Cantate domino canticum novum*»: Cantad al Señor un cantar nuevo; cantad al Señor toda la tierra. Cantad al Señor y bendecid su nombre; anunciad de día en día su salvación... Alégrese los cielos y salte de placer la tierra,» etc. (S. 95).

«Cantad al Señor un cántico nuevo, pues ha hecho cosas maravillosas... Jubile ante Dios, toda la tierra: cantad, saltad de gozo,

haced música... (S. 97). Cantad al Señor un cantar nuevo; su alabanza se oiga en la asamblea de los santos. Alégrese Israel en el que le hizo, y los hijos de Sión jubilen en su rey. Alaben su nombre en coro, háganle música de tímpano y salterio». (S. 149).

No es la alabanza de Dios, como las de los hombres, la cual a poco que se repita sacia y empalaga. Porque lo que en ellos hay digno de alabanza es poco y mezquino; pero en Dios, cuanto más se alaba, más se descubre que admirar y alabar.

Así acontecerá en el Cielo, que los bienaventurados nunca se cansarán de ver y mirar la hermosura de Dios, y tendrán en ello ocupación dichosísima por toda la eternidad, porque ni en toda ella podrán acabar de comprender las excelencias que en Dios hay. Con alguna semejanza acontece en esta vida a las almas buenas y dedicadas a las alabanzas de Dios, que cada día descubren en él más que alabar y gozan mayor suavidad y alegría alabándole y cantándole, y por eso su cantar siempre resulta nuevo, aunque tenga siempre un mismo objeto; porque es un objeto infinito.

4. Ahora bien ¿cómo puede estar triste el corazón del cristiano, cuyo *principal* empleo es cantar las alabanzas de Dios?

Este ejercicio es tan dulce, que el Apóstol San Pablo lo compara con la embriaguez, y dice a los fieles de Efeso: «Mirad no os embriaguéis de vino, que es causa de la lujuria, sino llenaos del Espíritu Santo, hablando

con vosotros mismos por medio de salmos, himnos y cánticos espirituales, cantando y haciendo música al Señor en vuestros corazones; dando siempre gracias por todos, en nombre de nuestro Señor Jesucristo, a Dios y al Padre». (V, 18-20).

5. Pero esta doctrina de la alegría ¿no es contraria a lo que nos enseñan de consuno los santos y el mundo en que vivimos? Los santos nos dicen que nuestro oficio *principal* es la mortificación de nuestra carne y abnegación de nuestra alma; y el mundo moderno nos inculca que nuestra principal obligación es el *trabajo*. ¿Cómo podemos pensar que el hombre esté en esta vida para cantar y regocijarse?

Procediendo por partes, digo que, cuando los santos nos hablan como queda indicado, hacen como quien dijera al músico, que su principal oficio es *templar* su instrumento; o al soldado, que su faena más importante es preparar sus armas. Pero ¿para qué prepara el soldado las armas, sino para pelear con ellas? o ¿para qué temple el músico su instrumento, sino para tocar y hacer buena música?

Pues de la misma manera, el *fin* por qué hemos de mortificar nuestra carne y tener a raya nuestras pasiones, no es otro sino éste: que no *desafinen* y turben esta música que hemos de dar a Dios.

Pero hay cristianos quejumbrosos que, de tal manera se ocupan en mortificarse (y mortifi-

ficar a los demás), que olvidan del todo procurar la alegría que ha de dar espíritu y suavidad a las alabanzas que a Dios dirigen. Son los tales como un músico tan angustiosamente solícito de la afinación de su instrumento, que se pasara la vida afinándolo sin llegar jamás a ejecutar una pieza.

¿Qué sería vivir al lado de un violinista, que nunca tuviera bastante afinado su violín, y se pasara los días malhumorado afinándolo? Indudablemente su vecindad sería tan molesta, cuanto sería grata si, dando de una vez el violín por suficientemente afinado, ejecutara con él hermosas melodías.

Así son los cristianos angustiosos y estrechos de espíritu: que se pasan la vida *gimiendo y llorando*, sin llegar nunca a entonar a Dios cánticos nuevos, llenos de alegría por sus divinas perfecciones y por sus infinitas misericordias.

Los ejercicios de mortificación son un *medio*; pero el *fin* de ellos, es que las pasiones desordenadas no den *notas falsas* o estridencias absurdas, que turben el deleite de la música que hemos de hacer a Dios.

6. Y vengamos ya a la otra dificultad: que el hombre no ha nacido para cantar sino para trabajar, como se simbolizó en la conocida fábula de la hormiga y la cigarra.

Esta fábula es pagana, y para aclimatarla en el entendimiento cristiano, hay que entenderla debidamente.

También el *trabajo* es un medio, y además

una *condena*, que el hombre ha de cumplir, pues se dijo a Adán en el Paraíso: ganarás el pan con el sudor de tu rostro. Pero es un *error* pensar que el hombre ha sido criado para trabajar: que el trabajo es su *fin*.

Siendo el trabajo medio y condena, se ha de limitar a los términos de la sentencia y de la necesidad.

El hombre ha de trabajar *tanto cuanto* necesita para ganar su pan. Pero no ha de afanarse sin medida para producir *lo más posible*; para acumular las mayores riquezas posibles, previendo las necesidades futuras indefinidamente, para todas las eventualidades posibles. Semejante concepto del trabajo hace al hombre *esclavo* (o de su amo o de su avaricia), y le priva de la alegría y felicidad a que en esta vida tenía derecho, y para que le había destinado Dios.

El cual condenó al hombre a regar la tierra con sus sudores, para arrancarle su pan; pero no le condenó a consumirse en el trabajo nocturno entre el ruido ensordecedor de una fábrica, ni a pasarse la mayor parte de la vida enterrado en las negras entrañas de una mina de carbón... Ni a ninguno de esos trabajos, hijos de la civilización *moderna*, que despojan al hombre de su alegría y roban a sus labios el canto...

El hombre tiene que trabajar. Pero mientras trabaja ha de poder cantar, y llenarse del Espíritu Santo con himnos y salmos y cánticos espirituales. Sin lo cual la vida podrá ser

animal: podrá ser vida de bestias; pero no es vida de hombres y menos de cristianos.

7. Pero con tanta música y tan poco trabajo ¿serían posibles *los esplendores* de la civilización moderna? ¿los trenes rápidos, los transatlánticos gigantescos, las noches claras con los focos eléctricos...?

A la verdad, no lo sé de cierto. La vida cristiana, —única digna del hombre; única donde el hombre puede hallar la partícula de felicidad posible acá abajo, —la vida cristiana no pone obstáculo a ningún progreso científico, y, dentro de los límites debidos, antes favorece el estudio y cultivo de todas las ciencias; pues todas conducen a un mayor conocimiento de la sabiduría y bondad y providencia de Dios.

Pero si viviendo los hombres con la paz interior que brota de la vida cristiana, se hubieran realizado todos los progresos *técnicos* de que gozamos en nuestros días, puede ser dudoso. Pues no cabe duda que, la *inquietud*, la *codicia* de riqueza, la *lucha* industrial, han sido aguijón que ha espoleado a muchos al trabajo inventivo.

Tal vez, pues, no habrían progresado tanto las artes industriales; tal vez los hombres no viajarían con tanta rapidez; pero serían más felices en su casa. Tal vez no usarían luces tan claras, pero gozarían más de la plácida oscuridad de las noches. No sería tan viva la competencia comercial, pero sería más intenso el amor...

8. Es cosa que llama la atención en el Génesis, que los inventos primeros se asignan a los descendientes de Caín. Jubal inventó la música instrumental, Tubalcain el arte de forjar y labrar los metales, etc. (c. IV).

Podemos admitir sin dificultad, que si los hombres hubieran vivido llenos del espíritu de Dios, la vida sería sin comparación más *sencilla* : nuestras viviendas menos suntuosas, nuestros vestidos más simples, nuestra alimentación más natural. Pero ¿qué es lo que han anhelado casi todos los soñadores de regeneración social y humana, sino el *regreso a la Naturaleza*? Esto es : ¡a aquella vida simple, de donde no hubiera salido el hombre, si no se hubiera separado de Dios; si hubiera *trabajado cantando...!*

Y lo que más importa, aun desde el punto de vista natural : si nuestros antepasados hubieran vivido así, nuestra naturaleza estaría más entera; no conoceríamos las lacras y ajes hereditarios, y verosímilmente la longevidad del hombre sería doble o triple de lo que actualmente es.

9. Pero para que no piense nadie que nos movemos en el terreno de las utopías, vamos a terminar con un recuerdo histórico.

Cuando el Cristianismo estaba fresco, insirió en el mundo una vida tal como la que estamos proponiendo como *ideal* : la vida de los primitivos *monjes*, que vivían del trabajo de sus manos, reduciendo éste al *minimum necesario*, y empleando todo el resto del tiempo en

las divinas alabanzas. Y aun durante su humilde trabajo, cantaban en sus corazones, llenándose del Espíritu Santo con salmos, himnos y cánticos espirituales.

Aquellas legiones de trabajadores cantantes, poblaron primero los desiertos de Egipto, donde se habían refugiado huyendo de las violentas persecuciones. Pero luego los vemos salir de allí e invadir sucesivamente el Asia Menor capitaneados por S. Basilio, la Palestina, al mando de S. Sabas, Italia y las Galias, bajo la dirección de Casiano, S. Martín, San Benito, S. Patricio, y otros adalides de monjes, que cubrieron de monasterios y comunidades de *trabajadores cantantes* casi todo el mundo entonces conocido.

Aquella invasión de «trabajadores que cantaban salmos» fué la que civilizó la moderna Europa. Ellos enseñaron la agricultura y las demás artes útiles a los rudos hijos de los pueblos germánicos; ellos conservaron con sus copias manuscritas los monumentos literarios de la Antigüedad; ellos en sus *Scholas cantorum* fundaron la escuela moderna, que se desarrolló hasta formar las Universidades medioevales.

El plácido desenvolvimiento de aquella civilización que culmina en los templos góticos, *poemas de piedra* o *himnos arquitectónicos* que expresan la elevación de las almas al cielo y la espiritualización de la vida medioeval; fué cruzado por la embriaguez semipagana del *Renacimiento*, de donde arranca la cul-

tura moderna en el sentido malo y funesto de esta palabra : esa civilización positivista que ha cubierto la tierra de vías férreas y la ha despojado de alegría; que ha substituído la salmodia de los monasterios con el fragoroso crujir de las máquinas y los estridentes silbatos de las sirenas, pero ha vaciado la vida humana de su contenido espiritual, ennegreciéndola con el humo de las chimeneas y entristeciéndola con la lucha por la existencia.

Escolio

10. Por ventura una de las grandes calamidades de la Edad Media, y origen de males inmensos para el mundo, fué la separación de estos dos ejercicios de *trabajar* y *cantar*.

Los pueblos dijeron a los monjes : Orad por nosotros y trabajaremos por vosotros, y para esto les dieron bienes : diezmos, vasallos, etc.

Así aconteció que los monjes, sin trabajar, se corrompieron, y los pueblos, sin cantar, se embrutecieron.

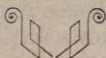
Si se quiere resolver la llamada *cuestión social* hay que volver al trabajo cantando.

Cuando, reducido el trabajo a *ocho* horas, y el descanso a otras ocho, se empleen las ocho restantes en *cantar alabanzas divinas*, la cuestión social se habrá resuelto, y en el mundo habrá renacido la alegría!

¿Es tal vez esto una *utopía*? Tal vez sí. Pero entonces será también utópica la *alegría*

de la vida, por más recetas que se inventen y propalen.

Habrá una alegría bulliciosa para pocos y para poco tiempo. Pero el mundo continuará sumido en la tristeza presente !





IV. Las alegrías de la oración

Vultusque illius non sunt
amplius in diversa mutati

Oratio Annae, I. Reg. I, 18.

1. Un Apóstol dijo hace diecinueve siglos: «Está alguno de vosotros triste, ore; está de buen temple, cante!» (Jacob. V. 13). En esta breve fórmula se encierra la doctrina de nuestra alegría. Hemos explanado el segundo miembro, y vamos a analizar el primero.

Que padezcamos invasiones de la tristeza, mientras vivimos en este «valle de lágrimas», es cosa que no se puede remediar. Pero no hay que apurarse por ello, pues tenemos siempre a mano el antídoto para repelerla y alejarla de nuestros corazones. Este antídoto, tan fácil y tan ignorado, es la *oración*.

El efecto espontáneo de los dolores se produce en la boca: es la queja, el lamento, el sollozo. Y en la boca se ha de poner el remedio: la *oración*, cuyo nombre viene de *ore*, la boca. En vez de torcer la boca con el gemido, enderecémosla con la plegaria. Oremos, y nuestra tristeza se convertirá automáticamente en alegría.

¿Por qué razón?

2. Porque la oración nos pone al habla con Dios. Orar es hablar con Dios, ya a solas, ya en compañía de los santos, cuando apelamos a la invocación de éstos.

Ahora bien, el trato con Dios no puede ser triste, sino fuente de todas las verdaderas alegrías.

La suma felicidad para que nuestro corazón ha sido criado, a la que anhela consciente o inconscientemente, no es otra que ésta: ver a Dios, tratar con él, estar delante de él.

Claro está que ahora no podemos gozar de aquella vista intuitiva en que consistirá nuestra bienaventuranza, ni por ende, podemos tratar con Dios cara a cara, ni estar en su presencia viendo su infinita perfección. Pero así como los amantes, que aspiran a unirse perfectamente, mientras llega el tiempo de lograrlo, gozan, no obstante inefables delicias hablándose, tratándose, suspirando por unirse; así, en grado mucho más excelente, nos anticipa la oración una parte de las dichas del Cielo, y desde luego tiene fuerza incontrastable para expeler toda tristeza y comunicarnos una verdadera y perenne alegría.

El que ora habla con Dios, y quien habla con una persona, la considera presente, o se la hace presente, por lo menos con la imaginación.

Así, orar, es el medio más sencillo para ponernos en la presencia de Dios, el cual no está lejos de nosotros, sino que vivimos metidos en él; sólo que no le vemos ni le

consideramos presente, por nuestra superficialidad y miseria.

3. El que ora no por eso ve a Dios, pero sabe certísimamente que Dios le oye; que le da audiencia, que atiende sus súplicas y las despacha benignamente.

En el mundo se reputa por suma dicha tener libre entrada a la presencia de los reyes o poderosos. La *llave de oro*, que da entrada, aunque no siempre ni a todas horas, en la Cámara real, se considera como alto honor y ventura grande. Y una cosa semejante acontece en las sociedades democráticas, con el fácil acceso a los que las gobiernan.

Por su parte, los que aman, consideran como su dicha suprema, el tener libre acceso a la persona amada.

Pues todo eso posee el cristiano por medio de la oración.

La oración es la verdadera *llave de oro* del Reino de los Cielos. A todas horas está en nuestra mano abrir la boca para orar, con la certidumbre de hallar presto el oído divino. No sólo se nos autoriza para esto, sino se nos manda e inculca: Orad sin intermisión. (1. Thess. v, 17). Es menester, dice el Señor, orar siempre sin desfallecer. (Luc. xviii, 1). No seas impedido de orar siempre, había dicho ya el Eclesiástico (xviii, 22).

Si, pues, Dios nos exhorta a orar siempre, nos promete, por el mismo caso, escuchar siempre nuestras oraciones.

Luego siempre está en nuestra mano enta-

blar conversación con Dios; con el Rey de los cielos, con el Creador que sacó de la nada todas las cosas, y con sapientísima providencia las conserva y gobierna.

¿Cómo podemos permanecer sumidos en la tristeza y abatimiento, teniendo siempre acceso a quien puede remediar todas nuestras penas, o los males que nos afligen?

4. O ¿es que tal vez no querrá darnos lo que le pedimos? ¿O reza también con Dios aquello de que : contra el vicio de pedir hay la virtud de no dar?

No : porque el mismo Señor que nos exhorta a que oremos, nos asegura que nuestra oración no volverá nunca desairada.

«Pedid y recibiréis; buscad y hallaréis, llamad y abriros han» dice la suma Verdad. (Luc. xi, 9).

Pero aquí es donde se rebela nuestro sentido, armado con documentos, a primera vista irrefragables, de la experiencia. ¿No he pedido mil veces remedio para mi pobreza? Y continuo lleno de indigencias. ¿No le he pedido reiteradamente para mi enfermedad? Y sigo lleno de dolores; etc. etc.

Este es el grande escollo de nuestra oración, y el seguro menoscabo de nuestra alegría. Porque no entendemos que Dios *siempre oye* nuestra oración, *nunca* la envía desairada. Lo que hay es que, como amoroso Padre, no nos da muchas veces lo que pedimos, porque ve que no es lo que nos conviene. Pero de contado nos da *la gracia*

correspondiente al mérito de la oración, y además, los bienes equivalentes a los que le pedimos creyéndolos bienes, aunque para nosotros, en las presentes circunstancias, no lo son.

5. Si Dios despachara nuestras peticiones *a la letra*, entonces substituiría su Providencia, sapientísima, por la nuestra ignorantísima y llena de ceguedad. Y esto no cabe en la Bondad y Sabiduría de Dios. El cual nos pone en las circunstancias en que en cada momento nos hallamos, para que en ellas merezcamos y obremos nuestra salvación.

Muchas veces esas circunstancias nos afligen y causan tristeza. Pero si entonces oramos, obtenemos una *gracia* para salir con bien espiritual del trance en que, para este efecto nos ha puesto la divina Providencia, y además la misma oración es parte para alejar nuestras tristezas, por la suavidad del trato con Dios.

Claro está que esta dulcedumbre está en razón de la viveza de nuestra fe y el fervor de nuestra caridad. Por eso las personas tibias no perciben tan fácilmente el gozo de la oración. Pero la misma oración va produciendo aquellas mejores disposiciones. De suerte que, quien persevera en ella, acaba por librarse de la tristeza y llenarse de interior alegría, mucho más dulce e íntima que todas las vanas alegrías del mundo.

6. Por ahí se echa de ver el gran yerro de los que, para disipar sus tristezas, se en-

tregan a los placeres mundanos, raras veces exentos de pecado, y en todo caso, de tal índole, que disipan el corazón y lo inhabilitan para la oración y trato con Dios.

Los que así obran, aunque sientan un alivio momentáneo, vuelven luego a sufrir una mayor depresión y tristeza.

En cambio, quien persevera orando, acaba indefectiblemente por recibir el consuelo del Señor.

Esto nos enseñó Jesús en el principio de su amarga Pasión; cuando afligido hasta la muerte por el temor, el tedio y la tristeza que le producía la representación de sus próximos tormentos, perseveró no obstante en la oración: *Et factus in agonia prolixius orabat;* y llegando su tristeza hasta hacerle agonizar, no desistía de la oración, sino oraba más prolijamente; hasta que su Padre celestial le envió el ángel que le consolara. No porque el Señor necesitara este consuelo, sino para enseñarnos que nunca dejaremos de recibirlo en la oración, si constantemente perseveramos en ella.

7. No siempre obtendremos, con nuestra oración, que se aparte el cáliz de nuestros padecimientos. Como Jesús no obtuvo que se alejara de él el cáliz de la Pasión. Tampoco concede siempre el Señor a sus siervos que oran, el consuelo *sensible* que ordinariamente otorga a los que se entregan a estos ejercicios. Pero *siempre* les comunica un consuelo substancial, un esfuerzo íntimo, que

aleja de ellos la tristeza desalentada, y les comunica la *alegría* esencial: esa energía para trabajar, esa plenitud de vida espiritual que rebosa y levanta el ánimo y le mueve a entonar cánticos triunfales aun en medio de los tormentos a que puede hallarse sometido el cuerpo miserable.

Así vió la primitiva Iglesia muchas veces a sus mártires, cantar en medio de las hogueras y en la arena del anfiteatro y extendidos en los potros, con grande *alegría*, en medio de sus suplicios; no porque siempre los privara Dios del sentido de sus dolores, sino porque les daba esfuerzo para padecer aquellos y otros mayores a que Dios hubiera querido sujetarlos.

Esa es la *alegría* que sale siempre de la oración perseverante, fervorosa. La cual aviva la fe, robustece la esperanza e inflama la caridad, que hace suaves todas las cosas.

¡No olvidemos jamás el consejo del Apóstol! Si alguno se siente triste, ore. Esta es la panacea infalible contra la tristeza; panacea que no es menester ir a buscar lejos de nosotros, porque siempre la tenemos en nuestra mano. Pues en el mayor extremo de la adversidad podremos decir siempre por lo menos aquello de Job: En la pérdida de todos mis bienes, «sólo se me han dejado los labios», esto es: la facultad de hablar con Dios, la facultad de orar.



V. Dignidad del cristiano

Ad majora natus sum ;
S. Estanislao de K.

1. Ninguna cosa se recomienda más al cristiano que la humildad. Pero la humildad cristiana dista tanto de la bajeza o apocamiento, que hay sentencias de santos que, si no se penetrara la alteza de su espíritu, se podrían tomar por soberbias.

¿No es soberbia y ambición, en un hombre mundano, despreciar lo inferior y aspirar siempre a los puestos más eminentes? Pues, con todo eso, celebramos como máxima digna de un santo, aquella de S. Estanislao de Kostka: « *Para mayores cosas nació que éstas de acá abajo* » incluyendo entre ellas las dignidades que codicia la vanidad mundana.

El Apóstol S. Pablo, escribiendo a los fieles de Efeso, los estimula a esta alteza de pensamientos, diciéndoles : Mirad que ya sois conciudadanos de los santos y domésticos o familiares de Dios (II, 19). Y la Iglesia canta en el Oficio de los Apóstoles : « Excesivamente honrados están tus amigos, Dios mío; su principado está por demás fortalecido ».

De suerte que, ningún hombre puede tener más alta y sólida conciencia de su personalidad, que el cristiano. En lo cual se halla una de las más abundosas fuentes de *nuestra alegría*.

2. Actualmente se insiste mucho en la necesidad de comunicar a los hombres esta conciencia de su propia personalidad. Pero apenas se pueden hallar mayores desatinos que los que a este propósito han dicho los heterodoxos.

Conciencia (más o menos clara) de su personalidad, la tienen todos los hombres. Todos perciben bien distintamente (siquiera no la designen con estos términos) la diferencia entre el *yo* (su personalidad) y el *no yo* (todo lo demás). Y a esto se reduce el tener una conciencia de su personalidad.

Pero ¿qué *concepto* tiene cada uno de esa *personalidad* suya : de eso idéntico consigo y diferente y separado de todo lo demás, que afirma cada vez que dice *yo*?

Los hombres vanos *hinchán* sencillamente ese concepto, a la manera que la rana, a fuerza de hincharse procuraba darse a entender que podía emular el volumen del buey.

Unos fundan esa hinchazón en sus *riquezas*, en las cuales no tienen más remedio que confesarse que son sobrepujados por otros. Amén de que sus riquezas no forman parte de su *persona*, sino están totalmente fuera de ella, y han de apartarse de ella, si antes no, por la muerte.

Otros se envanecen con su nobleza, su talento, sus prendas personales, y las mujeres, generalmente, con su hermosura. Pero todas éstas son cosas vanas, así porque su grandeza es sólo relativa a la pequeñez y mezquindad humana, como porque no hacen al hombre *bueno* ni *feliz* en el tiempo, y mucho menos en la eternidad.

3. Ahora hay una escuela que procura infundir a los jóvenes una grande idea de sí; un concepto ilimitado de su *posibilidad*, fundándola en las *fuerzas ocultas de la Naturaleza* (tan ocultas, que nadie las ha visto), de las cuales se pueden apoderar por una sugestión de su propio poder. Y esta manera de hinchazón o infatuación que obtienen, es todavía peor que las anteriores, como más destituida de todo fundamento sólido y racional.

Con todo eso (y es lo que aquí nos importa), mientras un hombre se persuade de la grandeza de su personalidad, de su posición, de su poder, no hay duda que encuentra en esto un manantial de alegría. Sólo que, cuando el ensalzamiento es vano, este manantial es turbio (nada hay del todo claro más que la verdad), y sobre todo, deja de manar al mejor tiempo, convirtiendo las vanas alegrías en irremediables tristezas.

4. Todo lo contrario acontece al cristiano que tiene clara conciencia de su situación.

¿La posesión de riquezas inmensas alegra el corazón humano? Pues el cristiano más pobre posee una herencia en cuya compara-

ción todos los tesoros de la tierra no son más que un poco de polvo.

Y no se diga que esta herencia está lejos, y entretanto no puede disponer de ella y puede verse en la mayor indigencia.

En primer lugar, es una equivocación pensar que está *lejos*; pues no sabemos cuánto tiempo hemos de vivir en nuestro destierro, y lo único cierto es, que no ha de ser mucho. Pero además, ¿no se alegra el heredero de una gran fortuna, pensando en la brillantez de su porvenir, aunque no pueda disponer de ella de presente?

Un hombre rico, por una fatal combinación de circunstancias, puede hallarse unas horas o unos días, privado de recursos; vgr., en un viaje, en tiempo de guerra, etc.

Pero esa privación momentánea ¿le priva por ventura de la seguridad y alegría que le produce la idea de que es rico? Pues eso es lo peor que puede acontecer en esta vida al cristiano: verse privado *momentáneamente* de sus tesoros; pero no privado del derecho a ellos, y de la próxima posesión de los mismos. La palabra no es mía, sino del Apóstol: Lo *momentáneo* y leve de nuestra tribulación, obra en nosotros un eterno peso de gloria, (2 Cor. IV, 17).

Pues ¿quién se entristecerá por esa momentánea privación, y no reaccionará más bien contra su tristeza, acordándose de las riquezas inmensas que posee en el Cielo? ¿Quién no sacará de esa segurísima persuasión una irrestañable fuente de alegría?

5. Pero aun en nuestras sociedades democráticas, vemos con frecuencia que el advenedizo poseedor de talegos de oro, se siente humillado y pequeño ante la nobleza de la sangre o del talento. Y esto, hasta tal extremo es así, que los Cresos de baja extracción se apresuran a *dorar* sus repletas arcas con títulos o condecoraciones o enlaces que les transfundan algo de más ilustre sangre.

Sin embargo, la nobleza que no se funda en el mérito y la virtud, es la más vana de las mundanas vanidades, y por ende, la menos a propósito para alegrar sólidamente el corazón de quien la posee.

No es así la condición del cristiano. El cual tiene una nobleza más alta que la de los reyes y emperadores no cristianos. Pues cualquiera nobleza de sangre se funda en descender de una larga estirpe de personas excelentes; mientras que la nobleza del cristiano consiste en ser hijo de Dios.

6. Ahora hemos perdido mucho del respeto que en otro tiempo infundía la sangre real o imperial. Pero conviene pensar la veneración que antiguamente se le tenía, para *sentir* qué nobleza sea tener *sangre de Dios*; ser *hijo de Dios*.

Si el haber nacido (aunque fuera por vía ilegítima) de un rey o emperador, constituía una nobleza tan alta, que ningunos méritos de un particular podían igualársele ¿qué será ser *hijo de Dios*? ¿Qué son todos los reyes o emperadores de la tierra comparados con el

Rey del Cielo, ante quien toda la Creación no es sino un poco de lodo, y toda la gloria humana menos que un poco de polvo?

Y eso soy yo; eso eres tú, que tal vez gimes abatido y triste, y te juzgas desdichado y crees ver cerradas todas las puertas para abrirte paso.

Eres hijo de Dios ¿y te apocas?

Si fueras hijo o pariente lejano de un rey de la tierra, no habría cosa a que no te atrevieras a aspirar, y ¿te achicas y amilanas siendo hijo de Dios? Pues ¿qué concepto tienes entonces de Dios?

7. Esta sola idea, bien sentida y meditada, bastaría para alejar de nosotros perpetuamente toda tristeza y apocamiento, y hacernos rebosar de la más viva alegría interior, y exclamar como S. Estanislao: *Ad majora natus sum!* Para cosas grandes, mayores, infinitas, he nacido.

La alegría es el sentimiento gozoso que brota de la conciencia de la propia energía y posibilidad. Pues ¿qué cosa no será posible; para qué cosa no tendrá ánimo quien sabe que tiene por Padre al soberano dueño y señor de todo el Universo?

Si el cristiano comprende su dignidad, es imposible que deje de concebir los más altos pensamientos; de formar la más segura conciencia de su excelencia personal. « Conoce, ¡oh cristiano, tu dignidad! — exclama S. León Magno — pues has sido hecho consorte de la naturaleza divina! Mira no te abatas a las

cosas de la tierra; porque todas ellas son indignas de quien ha sido elevado a una posición tan eminente».

8. En esta honda persuasión consiste la verdadera educación de la *personalidad*, que ahora buscan otros por caminos tan extraviados. Y quien tiene esa conciencia elevada de su personalidad, de su dignidad, de su nobleza, de sus perspectivas brillantísimas, ¿cómo es posible que se deje vencer de la tristeza? ¿Cómo es posible que no sienta bullir en lo más hondo de su alma un manantial perenne de alegría : de alegría por lo que posee y por lo que espera?

Todo lo puedo, exclama en un impulso de esa alegría el Apóstol San Pablo. (Philip. IV, 13). Todo lo puedo en virtud de Aquel que es mi fortaleza. Ninguna cosa me está cerrada. Nadie puede arrebatarme mis celestiales bienes. « Sé de cierto que ni la muerte ni la vida, ni los ángeles, ni... criatura ninguna nos puede separar de la caridad de Dios » (Rom. VIII, 38).

Pues ¿cómo no me alegraré? ¿cómo no me regocijaré? ¿cómo no daré saltos de júbilo? ¿Cómo no tendré un ánimo más alto que todo cuanto no es el Cielo donde tengo mi herencia, mi linaje y mi dignidad?



VI. El Dios de la alegría

Memor fui Dei et delectatus sum. Ps. 76.

1. Es imposible que un cristiano : un católico verdadero, deje de vivir alegre; pues sabe que vivimos, nos movemos y existimos en Dios, y nuestro Dios es un Dios de alegría. Vivimos dentro de la alegría divina, como el pececillo vive dentro del mar, rodeado de agua por todas partes.

Esta felicidad es propia del Catolicismo (del Cristianismo completo y verdadero); no de todas las religiones o filosofías teístas. Los musulmanes creen en Dios; pero en un Dios remoto, que rige con una ciega *fatalidad* los destinos de los hombres. Los luteranos y calvinistas creen en un Dios feroz, que *cria para el infierno* y destina irremisiblemente a él a una gran parte del humano linaje. Ha habido otras falsas religiones que han dado culto a númenes crueles o sombríos, que se complacían en los dolores humanos. En estas sectas y supersticiones no es posible *nuestra alegría*. Pues ¿cómo vivir alegremente, en presencia de un Dios que condena al infierno

por ley fatal o premeditada elección, o que se apacienta en los sacrificios humanos?

El Paganismo griego tuvo dioses *divertidos*, y hasta tuvo un dios de la alegría: el dios Momo. Pero éste era un diosecillo inferior y ridículo, y los dioses del Olimpo, aunque se divertían a la manera de unos aristócratas egoístas, daban copiosos males a los mortales míseros, y se los repartían ciegamente conforme a la fatalidad del *hado*. Ni en esas falsas religiones, ni en la *irreligión*, que mira en perspectiva los pavorosos misterios de ultratumba, cabe una alegría consciente y verdadera. Sólo caben las alternativas de la embriaguez bulliciosa de los sentidos, y la depresión llena de terrores vagos.

Al contrario: los cristianos, los católicos, creemos en un Dios que es todo alegría, y obra fuera de sí *por alegría y con alegría* infinitas.

2. La doctrina de estas divinas alegrías nos la revela el *misterio de la Santísima Trinidad*, tan ignorado por muchos cristianos y tan poco meditado por muchos otros.

Dios infinito, sin principio de ningún género; manantial irrestañable y único de todos los bienes, se conoce desde su eternidad con infinito conocimiento de sus perfecciones inefables; y conociéndose así, forma un *concepto* exactísimo, por ende, infinito como él y en todo igual a él, consubstancial y eterno como él, que es su *Verbo*, su *Hijo*; y el Padre y el Hijo divinos, conociéndose infinitamente se

aman con un amor infinito; tan infinito como su mismo sér común; y por el infinito ímpetu de ese infinito amor, se dan un beso infinito, en que ponen todo su infinito sér, originando así otra tercera Persona divina, del todo igual y consubstancial con el Padre y el Hijo; el *Espíritu Santo*, que se dice *espirado* (y no engendrado) porque es como un infinito suspiro de amor, en que se exhala el amor infinito del Padre y del Hijo.

Ahora bien : el conocimiento de la perfección propia produce alegría, y el amor es el más alegre de todos los afectos, cuando posee perfectamente el objeto amado. De ahí que Dios sea todo alegría. Porque el Padre se alegra infinitamente al conocer su propia perfección y verla como duplicada en su Verbo; y el Padre y el Hijo sienten una infinita alegría al amarse con todo su sér, y el Espíritu Santo es esta misma alegría : este gozo del Padre y del Hijo, que se alegran en él, y con los que él se alegra infinitamente.

3. En este conocimiento y gozo y alegría infinitos, se completa la vida íntima de Dios Uno y Trino. Pero (hablando a nuestra manera) esta alegría interna no le cabe dentro del pecho, y le mueve a comunicar fuera de sí sus perfecciones, *creando* otros seres, principalmente seres intelectuales, capaces de conocer su perfección y participar de su alegría beatífica.

De suerte que, bien podemos asegurar que Dios, cuya vida íntima es alegrísima, se hizo

Creador en una expansión de esa su alegría. Nos creó por alegría y para que participáramos de su alegría; y toda su Providencia está inspirada por este mismo deseo de que vivamos alegres por toda una eternidad.

Luego si, como dice el Apóstol, tomando prestadas las palabras de un antiguo poeta, *vivimos, nos movemos y existimos* en Dios; como nuestro Dios sea suma alegría, y todas las cosas obre con ella, no es posible que, quien tiene conciencia de esto, deje de estar alegre y alegrarse perpetuamente *en el Señor*. A esto nos exhorta el mismo Apóstol : Gozaos siempre en el Señor; de nuevo os digo que os gocéis !

4. Aquí sale protestando el sentido humano y la miopia de la inteligencia, que no acierta a mirar lo que le rodea, con la debida perspectiva. ¿Cómo, si Dios es tan alegre y obra por alegría, sus obras están llenas de tanta tristeza ?

¿De dónde, entonces, los dolores, las muertes, las miserias que nos afligen? ¿Habremos de admitir, como los persas, *dos dioses*, uno alegre y otro triste, o atribuir por lo menos al *diablo*, independiente de Dios, la causa de todas nuestras calamidades ?

No : nuestras calamidades ni las ha hecho Dios, ni mucho menos el diablo, que no es más que un *pobre ídem*, incapaz de dañarnos en lo más mínimo.

Todos los males causa de nuestras lágrimas, los hemos hecho *nosotros*, contra toda la intención y voluntad de Dios.

Por un hombre entró el pecado en el mundo, y por el pecado la muerte y todos los dolores que forman su triste cortejo.

Un pecado le abrió la puerta, y una infinita serie de pecados, la empuja para que se apresure y ensañe contra el mísero linaje de Adán.

Pero nada de esto hizo Dios, ni lo quiso, ni lo deseó jamás. Antes deseó y quiso *seriamente* todo lo contrario. Sólo que quiso de nosotros el bien *libre*, y la libertad envuelve en su esencia la permisión del mal.

5. El *pecado* no procede de Dios. Dios no es *autor* del pecado. Este no tiene más autor que el sér libre que peca. El mismo demonio tampoco es autor de nuestros pecados, por muy endiablada que sea su malicia y deseo de que pequemos y nos condenemos.

El *pecado*, la *pena*, el *dolor*, la *tristeza*, podemos decir que no entran en el *plan original* de Dios, sino en su plan *subsidiario*.

Nuestro alegrísimo Dios, destina al hombre para que le alabe y así participe de sus eternas alegrías. Sólo *después* que el hombre se niega tercamente a alegrarse *con Dios*, y se empeña en buscar sus alegrías *fuera de Dios*, determina Dios mostrar en él el atributo de su Justicia, ya que el hombre no quiso servir para glorificar la divina Misericordia.

Pero entonces ¿se entristece Dios? Los pecados del mundo y sus amarguísimas consecuencias ¿turban la alegría del Cielo? — De ninguna manera. Dios, que nos crió con alegría y nos premiará alegremente con comuni-

carnos su alegría eterna, con la misma alegría manifiesta su Justicia en los que no quisieron alegrarse con Él, y los condena al infierno sin menoscabo de la alegría de la Santísima Trinidad y de sus Santos.

6. He aquí la gran lección que hemos de aprender de la alegría de nuestro Dios.

Ninguna tribulación, ningún trastorno mundial ha de turbar nuestra alegría *substancial*.

Podrán sí concentrar esa alegría en el fondo del alma, para dar lugar a la *commiseración*; pues el cristiano no se ríe cruel o neciamente, cuando se ve rodeado de miserias y lágrimas. *Llora con los que lloran*, y se hace *todo a todos* para llevarlos a todos a Dios. Pero la compasión de los ajenos duelos, la misericordia con las miserias del prójimo, no sólo no destruyen la alegría cristiana, sino le prestan nuevo pábulo, porque lo dan a las virtudes, que por su misma naturaleza alegran el alma y le producen ese íntimo sabor de la buena conciencia, que declara la Sagrada Escritura superior al de los más regalados banquetes.

7. Precisamente, una de las más luminosas enseñanzas del Cristianismo; acaso la que le da mayor superioridad como doctrina moral, sobre las demás concepciones filosóficas o religiosas, es la verdadera *valoración* de los bienes y de los males, de esta vida (1).

La cual, para el criterio cristiano, no es más

(1) Cf. nuestras conferencias *Valores humanos*.

que un *palenque* para el ejercicio de la *libertad*.

Todos los males de esta vida se dividen en dos grandes grupos : la *culpa* y la *pena*.

La culpa *propia* es la transgresión *libre* de la voluntad divina. Esta no aflige sino al que por ella voluntariamente gusta de ser afligido.

Y a éste tal ¿qué le haremos? Habremos de mirarle como a las personas que hallan sabor en lo amargo o desabrido; a las cuales nadie las compadece cuando lo *gozan*, sino todo el mundo se encoge de hombros y las deja *gozarlo*. Cada uno se divierte con lo que se divierte; es un dicho vulgar. Y si uno se divierte pecando y condenándose, *en uso de su libertad*, ¿qué le vamos a hacer? O ¿será caso de que todos los demás nos desesperemos y renunciemos a nuestra bienaventuranza?

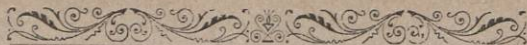
El cristiano hace, sí, todo cuanto puede por disuadir a los prójimos el pecado; ejercita con los pecadores las obras de misericordia espirituales; pero después de agotar en vano sus esfuerzos, imita a los *ángeles custodios*, los cuales, sin perder su alegría sustancial, se apartan del precito diciendo: *hemos curado a Babilonia y no ha querido sanar*.

8. Muchas veces nos es difícil conservar esta ecuanimidad, y por ventura nos lo apuntamos como virtud de *misericordia*. Pero si acaso será ésta la *misericordia viciosa* que describe Nietzsche. Y en efecto: quien así pierde la paz interior, generalmente sufre este daño porque antepone los afectos humanos al afecto

sumo que debemos a Dios, cuya ofensa *libre* no apreciamos en toda su malicia y gravedad.

Agotemos, pues, en favor de los pecadores, todos los recursos de nuestra misericordia. Clamemos a Dios en la oración hasta sudar sangre, rogándole por ellos: para que los ilumine y los perdone. Pero ninguna de estas cosas conducen a la *tristeza* que destruye nuestra alegría substancial, interior. Antes bien, los santos que se hacían pedazos a puras penitencias, rogando por la conversión de los pecadores, sentían con ello un consuelo infinito, una alegría íntima, que regaban y nutrían sus mismas lágrimas.

El *pecado* no puede ser, por tanto, para el cristiano, causa de tristeza propiamente dicha: de esa tristeza que abate y priva de la alegría espiritual; de la energía activa para ejercitar las buenas obras... Pues el pecado, o es propio o ajeno. El propio, en nuestra mano está siempre no cometerlo, o si lo hemos cometido, hacer penitencia por él; con lo cual recobramos indudablemente nuestra alegría. Mas el pecado ajeno, aunque nos ha de avivar el celo hasta comernos las entrañas por el ardiente deseo de que Dios no sea ofendido, ni los prójimos condenados, nunca nos puede arrancar la alegría del corazón.



VII. Llorando y riendo

« Venientes autem venient cum
exultatione » Ps. 125.

1. Homero, en uno de los más bellos episodios de la *Ilíada*, en que describe la despedida de dos esposos, crea una frase felicísima, al decir que la esposa, llevando en sus brazos a su hijito, se despide *llorando y riendo*, o riendo a través de sus lágrimas (*dakryon gelassasa*). Esta debería ser nuestra fórmula favorita en las penalidades inevitables de la presente vida. No nos está vedado llorar; es inevitable y hasta conveniente que lloremos muchas veces, pues *valle de lágrimas* es éste en que vivimos; pero no nos olvidemos de reír a través de nuestras lágrimas; de alegrarnos aun por las cosas que nos obligan a llorar; pues vienen de manos de Dios, que nos las envía con alegría y para nuestra definitiva felicidad.

Si hubiera un mal en la vida, digno de llorarse inconsolablemente, ése sería sin duda la culpa: la voluntaria transgresión de la Ley divina, el abuso de nuestra libertad. Pero ni aun ese mal hemos de llorarlo sin consuelo;

pues desde el momento que lo lloramos, des-
punta por el mismo caso, el albor de nuestra
alegría. El rayo de la divina Justicia, refrac-
tándose en la lluvia de nuestras lágrimas,
se convierte en un iris de esperanza.

Mas si esto se puede decir con toda verdad
del dolor que nos producen nuestros pecados
(el cual dejaría de ser dolor *cristiano*, si no
se templara con la esperanza de la divina Mi-
sericordia) ¡cuánto más han de ser incapaces
para destruir nuestra alegría, las penas de esta
vida, que, si bien en su última raíz, hijas del
pecado, no son ya para nosotros culpa, sino
suave disposición de Dios para acrecentar
nuestro mérito y nuestra gloria!

2. Lo más nuevo, lo más *original* de la
doctrina Evangélica es esto: llamar *felicida-
des* (bienaventuranzas) a los males de esta
vida, que el mundo, así pagano como judaico,
aborreía y miraba como una maldición de
Dios.

¡Bienaventurados los pobres; bienaventu-
rados los que sufren con mansedumbre las
injurias; bienaventurados los que lloran; bien-
aventurados los que tienen hambre y sed de
justicia; bienaventurados los que padecen per-
secuciones... Felices sois cuando los hombres
os maldijeren, y os persiguieren y dijeren
contra vosotros todo mal calumniosamente...!

Pues, si somos felices y bienaventurados
¿cómo no alegrarnos? No se trata ya aquí de
una bienaventuranza futura. No dice Jesús:
seréis, sino *sois* bienaventurados y dichosos.

Y así es, en verdad, y no podía dejarlo de ser, siendo sentencia de la Verdad misma.

Que la riqueza es una pesada carga y un mal, lo alcanzaron, aun antes de Cristo, algunos hombres pensadores. Y la razón no es muy recóndita.

Porque si de algo sirve la riqueza es, para satisfacer las *necesidades* humanas. Pero nuestras necesidades son muy reducidas, cuando no las acrecienta desmesuradamente, la misma exuberancia de los bienes materiales.

«Mientras tengamos con que sustentarnos y cubrirnos, decía el Apóstol, contentémonos con esto». Y ¿sería tan difícil satisfacer los hombres a la necesidad de su sustento y a la honestidad de su vestido, si no lo dificultaran los prejuicios y los malos hábitos nacidos precisamente de la riqueza?

3. Cada día nuestra vida necesita más cosas; no porque nuestra naturaleza sea diferente de la de nuestros antepasados, cuya vida ignoraba mil refinamientos de que ahora no nos atrevemos a prescindir; sino porque cada día la abundancia nos seduce para que contraiamos nuevas costumbres que se convierten en nuevas necesidades; y cada generación que nace, viene al mundo más necesitada, porque hereda un organismo más endeble, debilitado por esa abundancia de regalos y superfluidades.

Los higienistas están ya iniciando una reacción decidida contra el excesivo comer, sobre todo, contra el comer carnes; ya hace años se

promueve una verdadera cruzada contra el beber; y todos claman por el *regreso a la Naturaleza*: al agua pura, al vegetarianismo, al vestido ligero, al aire libre... en una palabra: a todas aquellas cosas de que estaba en posesión el humano linaje, antes de que le sacara de sus casillas la abundancia de las malditas riquezas.

Los *economistas* suelen ponderar las ganancias de la moderna industria y cultura, recontando el número infinito de objetos de que usa ahora un obrero, y no podía usar hace siglos un señor feudal: telas de la China, frutas de América, especias de Ceilán, algodón de Egipto, pescado de Terranova, etc., etc. Pero pregunto yo a esos gloriosos bienhechores de la Humanidad: el uso de tantas cosas ¿ha aumentado la felicidad de los hombres; ha acrecentado su *alegría*; ha robustecido siquiera su salud física? ¡Todas las voces se levantan para decirme: *todo lo contrario!* Pues ¿de qué me sirve que el obrero pueda mirarse en un espejo mejor que el que usaba hace tres siglos una princesa, si en ese espejo no ve sino una cara larga y triste? ¡Cuánto mejor le fuera reflejar su rostro colorado y risueño en el limpio cristal de una diáfana fuente!

¡Sin contar que, esa vida complicada con tantos *bienes*, obliga a un trabajo de esclavos a la mayor parte de la Humanidad, y frunce el ceño de los demás con estudios y preocupaciones antes no conocidas!

4. Es verdad que el pobre actual no goza de los bienes de la vida moderna, y se ve privado de la alegría de la más sencilla existencia antigua. Por lo cual, conforme al criterio mundano no puede librarse de su infelicidad. Pero no por eso puede faltarle nunca *nuestra alegría*.

Porque la pobreza, como la enfermedad, o la humillación inmerecida, o la persecución injuriosa, siempre son para nosotros una cosa misma : *situaciones* momentáneas en que Dios nos pone, para que en ellas le demos prueba de nuestra fidelidad; con el fin de que nos la pueda premiar con un peso inmenso de gloria.

Pues ¿quién se entristecerá por los males de esta vida, desde el momento que los mira al través de este prisma?

En el mundo moderno, de ruda competencia en todos los órdenes del trabajo, el trabajador de cualquiera clase, se alegra de que le den ocupación y se tiene por obligado al que le emplea. El jornalero se considera favorecido por el que le da jornal; el industrial por el que reclama sus artefactos; el médico, el abogado, por el que utiliza sus servicios...

Pues ¿cómo? El dar *trabajo* ¿se mira como un beneficio? Se mira así, no por el trabajo, que es oneroso, sino por la *recompensa* que lógicamente al trabajo sigue.

Sólo con Dios discurremos de otra manera.

5. Dios no nos pone en ninguna situación difícil o penosa sino para acrecentar nuestro mérito, y poder subir en la misma medida

nuestro premio; y somos tan míopes, tan inconsecuentes, que nos entristecemos, por lo que nos deberíamos alegrar.

Ningún comerciante se apura por ver su tienda llena de compradores; ningún médico se aflige por ver su antesala llena de consultantes; ningún industrial se congoja por recibir numerosas e importantes demandas. ¡Sólo el cristiano necio se entristece cuando Dios le brinda con ocasiones preciosas de enriquecerse con actos de virtud!

Esto no quiere decir que no sintamos la pena de lo que la produce. Como el trabajador suda y se desvela para dar cima a un trabajo arduo y prolijo. Pero lo hace con *alegría*, porque al fin de él, divisa la recompensa proporcionada.

También nosotros podemos llorar y gemir en nuestras aflicciones. Pues Cristo llamó bienaventurados, no a los que *rien*, sino a los que *lloran*. Pero en medio de estas lágrimas hemos de conservar la más alentada *alegría*: esa alegría que multiplica las fuerzas y que, en medio de las mayores penalidades, mantiene la cabeza derecha dirigida hacia el Norte de nuestras segurísimas esperanzas.

6. ¿Por qué estás triste? ¿Porque eres pobre? Pues no te rindas a la tristeza. Trabaja para atender a tus necesidades, y hallarás alegría en el mismo trabajo. Alégrate pensando de cuán graves males te ha eximido Dios quitándote las riquezas, llenas de cuidados, de terribles peligros y de tremenda res-

ponsabilidad; tan grandes, que declaró Cristo ser más difícil salvarse un rico, que pasar un camello por el ojo de una aguja (1).

¿Por qué estás triste? ¿Porque estás enfermo y dolorido? Si tus dolores son muy agudos, no se te prohíbe que gimas y llores; pues aun Cristo se quejó en la cruz de su sed y de la interior desolación en que le dejaba su Padre. Pero al mismo tiempo, *alégrate*, porque estás sembrando en tierra fertilísima y esperas una mies de eterna bienaventuranza. « Iban su camino y lloraban, echando en el surco su semilla. Mas al volver, vendrán con grande júbilo, trayendo sus gavillas », los haces de merecimientos y los premios de gloria eterna.

¿Por qué estás triste? ¿Porque te ves abandonado de los hombres, despreciado y humillado? Ríete de los hombres y levanta los ojos a Dios, que te pone en esa ocasión para que despegues tu afición de las cosas humanas y la pongas toda en las celestiales y divinas.

No te entregues al fastidio, no te abandones a la ociosidad murriosa; sino *ora*, lee, medita, *canta* las alabanzas de Dios, y renacerá en tu alma la paz y la serenidad; y sentirás vivamente que no tienes necesidad de los hombres para ser feliz: que *¡sólo Dios basta!*

¿Te acongoja el *temor* de tus enemigos?

(1) Véase nuestro *Catecismo de los ricos*.

Pues alégrate oyendo las palabras de Jesucristo : « No temáis a los que no pueden hacer sino matar el cuerpo, y no pueden matar el alma (Mat. X, 28), ni hacerle el más mínimo daño. Y si te quitaran la vida ¿qué harían sino acelerarte el premio de tu paciencia?

7. A veces nos engaña una falsa aprensión, con que justificamos a nuestros ojos nuestra tristeza, y así nos quedamos en ella.

—Yo me entristezco,—dices,—porque sufro por mi culpa, por mi necedad, por mi error estúpido... etc.

—Pues tampoco ahí hay causa justa de tristeza.

¿Qué dices? Que te aflige tu yerro, más que sus consecuencias molestas? Pues bien : *analiza, distingue*. ¿Fué tu yerro un pecado; una ofensa de Dios? Pues haz penitencia; arrepíentete de ella, y en seguida alégrate con la segura esperanza del perdón divino. Mas si no hubo ofensa de Dios, sino sólo tontería, equivocación o distracción tuya, riéte de ti mismo, conociendo cuán poca cosa eres, y alégrate pensando que, con ser tal, Dios te hizo así y así te ama, y así te salvará y llevará a la felicidad eterna para que te tiene destinado.

Esta es la verdadera *humildad*, que no sólo no tiene amargura, sino quiebra todas las amarguras en que se sumergen y anegan los soberbios. Los cuales, pensando grandes cosas de sí, a cada paso se cogen con su miseria en las manos, y se amargan y carcomen al

tenérsela que confesar a sí mismos, y temiendo aparecer a los ojos de los demás, en su pequeñez y bajeza.

Pero el verdadero cristiano, no se entristece por verse pequeño, pobre y miserable. Antes se alegra considerando que es nada, y que todo cuanto tiene lo recibe de Dios, el cual le exigirá menor responsabilidad de sus dones si se los dió menores. Y con todo eso, le ama, y le beatificará eternamente.





VIII. La alegría en la muerte

Mortem nostram moriendo
destruxit (Pref. de Pascua)

1. *Muerte y alegría* son, al parecer del mundo, dos términos antitéticos.

Para el mundo, la muerte es toda tristeza: paños negros, vestidos de luto, rostros acontecidos, doloridos sollozos...

Es natural que el mundo piense así. Pues la muerte es la convicción de todas sus mentiras; es el descorrerse el velo que encubre todas sus tramoyas, y sacar a la vergüenza todos sus trampantojos.

La muerte es grande amiga de la *Verdad*, y como el mundo es enemigo mortal de ésta, así tampoco se puede reconciliar con la muerte.

No así la Filosofía; la cual, aunque no alcanza la verdad muchas veces, no le profesa enemiga sistemática como el mundo. Por eso los filósofos alcanzaron un vestigio de la verdad que, acerca de la muerte, nos enseña nuestra fe, y dijeron que, *mors unius generatio alterius*: la muerte de uno es nacimiento de otro.

Mas el nacimiento no sufre negruras, sino reclama albos. No es un hundirse en la noche, sino un salir a la luz del día. No pide lágrimas, sino regocijos y dulces esperanzas.

Si, pues, muerte y nacimiento van indisolublemente unidos ¿quién ha de vencer? ¿El que se va pidiendo lágrimas, o el que llega reclamando alegrías?

2. Esta duda podría suscitarse si lo que nace fuera de igual valor que lo que muere, pero no es así. Porque muere la corrupción y nace la incorruptibilidad; muere la flaqueza y nace la impassibilidad; muere el crepúsculo y nace el sol luciente; mueren las angustias del tiempo y nacen los ilimitados espacios de la eternidad.

¿Por qué decimos siquiera, los cristianos, que uno de los nuestros *muere*? Los primeros fieles no hablaban así: decían que *se ha dormido* en el Señor. La Iglesia tampoco usa este lenguaje cuando habla de sus mártires, sino llama a la fecha de su muerte, *su nacimiento*; y con razón: porque los santos mueren a la muerte y nacen a la vida. Y así exclamaba el Apóstol, deseando morir: «¿Quién me librerá de la muerte de este cuerpo?»

De suerte que, para quien tiene ojos de fe, esto que llamamos vida es más bien muerte, y lo que tememos como muerte, es principio de la verdadera vida.

3. ¿Por qué tememos la muerte? ¿Por qué nos entristece su memoria o el ver morir a los demás? Porque aprendemos la muerte

como *destrucción del sér.* Miramos el cadáver y lo vemos por horas desfigurarse; y si al cabo de un año descubrimos sus restos, un vivo horror nos penetra al comparar aquel montón de miseria con la *persona* a quién amábamos.

Pero todo el mal nace de que hacemos *inadecuadamente* esta comparación.

¿Por qué comparamos el *cadáver* con la *persona* amada? ¿Por qué olvidamos la *parte principal* que voló al cielo?

Hacemos como si hallando en tierra los vestidos sucios que se quitó nuestro amigo para vestirse con otros lujosos, nos sentáramos junto a ellos a llorar...

¿Qué lloras o a quién lloras? nos diría nuestro amigo llegando risueño.

«Mujer ¿qué lloras? ¿a quién buscas?» pregunta Cristo resucitado a la llorosa Magdalena. Preguntas divinas en que está la *solución* de todas las tristezas que produce la muerte a los que no viven su fe, o la viven sin entenderla.

¿Por qué te entristece la memoria de tu muerte? ¿Por qué lloras la muerte de tus amados?

Aún en éstos puedes llorar o suspirar, echando de menos su dulce compañía. Pero no debes entristecerte; porque se te han quitado para mayor bien suyo.

No seas egoísta. Amor fuera de concupiscencia, —no de benevolencia o amistad— afligirse porque se nos priva de la compañía de

un amigo, para acrecentar su felicidad notablemente.

4. Jacob afligido mortalmente por la ausencia de su hijo José, en cuanto oye que éste vive y es señor de Egipto, se llena de alegría y exclama: ¡Bástame que mi hijo vive y es feliz!

Y ¿qué madre no tolera que su hijo se ausente de ella, si es condición para que alcance una gran fortuna?

Cuando, pues, lloramos con demasía la muerte de nuestros amigos, o nos sumimos por ella en la tristeza, una de dos: o claudicamos en la fe o en el amor que les tenemos.

Porque si pensamos que nuestro amigo ha dejado de existir, claudicamos no sólo en la fe, sino aun en toda buena filosofía, que nos enseña la inmortalidad del alma.

Y si, pensando que nuestro amigo vive en otra vida infinitamente mejor y más segura que la presente, nos entristecemos por ello, ¿cómo no culparnos de egoísmo, incompatible con el amor?

5. Para el cristiano, pues, la muerte no puede ser motivo de tristeza, sino más bien de alegrísimas esperanzas.

El tener que vivir perpetuamente en la tierra, eso sí que nos habría de entristecer, porque haría perpetuos nuestros sufrimientos. Pero ¡ah que nuestras penas necesariamente se han de acabar! ¡que nuestros pesares tienen una *medida*, un límite infranqueable, más allá del cual no podrán afligirnos!

Y eso es, precisamente, la muerte. Es el fin de las heridas y golpes; el fin del trabajo y del sudor; el fin del invierno y del hielo.

«Levántate, amiga mía, y ven — dice amorosamente el Esposo de los Cantares, al alma cristiana, amiga de Cristo, representada en la Esposa; — ya ha pasado el invierno; las lluvias ceden y se alejan; toda la Naturaleza revienta por sus yemas y viene el tiempo de podarla; nuestra tierra se ha cubierto de flores. Levántate, amiga mía, y ven!»

Eso es la muerte: la muerte del cristiano. Y la muerte del santo, dice la Escritura, «es preciosa en el acatamiento de Dios».

Y todas esas cosas ¿son aptas para entristecernos? ¿no son más a propósito para llenarnos de alegría?

6. La vida es el período, por fortuna breve, en que nuestra salvación está en contingencia; la muerte es el principio de nuestra seguridad.

La vida es el palenque en que Dios nos somete a una serie de pruebas y combates. La muerte es el fin de estos certámenes, en que se reparten las palmas de las victorias.

La vida es la época de la siembra, en que hay que romper fatigosamente la tierra y el grano ha de morir en ella para dar su fruto. La muerte, el tiempo de la mies, en que el labrador que sembró con lágrimas, recoge con júbilo las llenas espigas. Iban llorando y derramando su semilla, mas al venir vendrán con júbilo, trayendo los haces de trigo.

Por eso la muerte del cristiano no se llama

muerte, y Cristo nos dice claramente en el Evangelio, que eso de *morir*; esto es : aquel penoso arrancarse del alma, que padecían los hombres antes de su redención, no ha de tener lugar para sus discípulos. «Yo soy (dice) la resurrección y la vida. El que cree en mí, aun cuando hubiere muerto, vivirá, y todo el que vive y cree en mí no morirá eternamente».

Y a los que comulgamos con su sagrado Cuerpo y Sangre, nos dice : « Yo soy el pan de vida... Si alguno comiere de este pan, vivirá eternamente » (Joan, VI, 48-52).

7. Venga, pues, acá esa tristeza que aflige a algunos cristianos cuando se les presenta a la memoria o a los ojos la imagen de la muerte. ¿ Crees o no crees en la palabra de Cristo? Pues si crees ¿ cómo te congojas pensando en la muerte, si El te ha dicho que no has de morir? Porque la muerte del cristiano, no es una destrucción, sino una elevación en la vida. Un quitarse un traje sucio y usado, para vestirse otro hermosísimo y gloriosísimo. Un pasar de nuestra condición humilde y trabajosa, a la vida nobilísima y felicísima del cielo.

— Pero ¿ y si no vamos al cielo? ¿ Y si por lo menos, despertamos en las terribles llamas del Purgatorio?

— Poco a poco. Si no fuéramos al cielo, sería recia cosa. Pero la razón de ello no sería nuestra muerte, sino nuestra mala vida.

Por lo cual dice un santo : Si peligroso es morir, mucho mayor peligro hay en vivir más tiempo. Y es así : porque nadie se condena

por su muerte, sino por haber abusado de su libertad en vida. Por haber malgastado ese período de la vida, que se nos da para decidir nuestra salvación.

Con todo eso, nuestro menguado corazón, no teme vivir muchos años y perder miserablemente las ocasiones de merecer que en ellos se nos ofrecen; y guarda todos sus vanos temores para la muerte, que ha de poner fin a esa serie de temeridades y peligros de pecar.

No es, pues, la muerte lo que hemos de temer y lo que ha de entristecernos; sino la *culpa*. Pero una vez detestamos ésta y hacemos penitencia de ella, la muerte no tiene nada que pueda turbar nuestra alegría.

8. — Pero el temor del Purgatorio ¿no es razón suficiente para atemorizarnos en la muerte?

— No. Y ello por dos razones. Porque el Purgatorio no conviene temerlo, sino *evitarlo*, evitando las faltas y ganando perdones e indulgencias por las que no evitamos.

Pero además, el Purgatorio no puede menoscabar nuestra alegría, sino debe aumentarla. Y con efecto, las almas que están en él, aunque sufren tormentos gravísimos, no están tristes, sino muy alegres. Están alegres por la seguridad de su salvación, que tantas veces tuvieron en contingencia. Están alegres porque aman a Dios y se ven amadas de El. Están alegres porque ven certísimamente el término de sus penas y el comienzo de sus eternos gozós, y lo están, finalmente, porque,

aunque sufren, ven que este sufrimiento las purifica y ellas apetecen su purificación con mayor fuerza que sienten sus tormentos.

Acordémonos de la diferencia que hemos señalado entre el placer y la alegría.

Las almas del Purgatorio no tienen, ciertamente, placer, sino tormento; y sin embargo gozan indecible alegría, porque ven que aquellos tormentos las purifican y hacen agradables a Dios, y las aproximan a su glorificación.

Aun aquí en el mundo, el que está sometido a un trabajo penoso, si ve delante de sí su premio inmenso, no se entristece por su afán, sino alégrase por su ganancia.

Si, pues, el Purgatorio no nos quitará la alegría padeciéndolo, mucho menos ha de ser parte para quitárnosla temiéndolo; cuando de tantos medios disponemos ahora para prevenirlo.

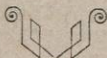
9. Y aquí tenemos un razonamiento concluyente para consolarnos en las muertes de los que amamos.

Porque, o están en el Cielo, y entonces debemos alegrarnos de ello con toda el alma; o están en el Purgatorio, y entonces, ellos están alegres, y nosotros tenemos el medio de prestarles el mayor de los beneficios del amor, ayudándolos a salir de aquellas llamas.

Pero ¿y si se han condenado? — De nadie hemos de pensar, en particular, que se ha condenado. Pues este pensamiento es contrario a la caridad y detractivo de la Misericordia de Dios. El cual salva a veces con un pos-

trer acto de contrición aun a los que, a nuestro parecer, han tenido la muerte más desgraciada.

El infierno lo hemos de temer para los *vivos*, y por eso hemos de temer la vida; pero no lo hemos de atribuir a ningún difunto; sino pensar siempre bien de nuestros prójimos y mejor de nuestro buen Dios, que los crió para que eternamente le gocen; no para que se condenen.





IX. Luchemos con alegría

Praeliabantur praelium Israel
cum laetitia. I. Mach. III, 2.

1. En el lib. I. de los Macabeos se dice en elogio de aquellos héroes de Israel, que « peleaban con alegría » las batallas de su pueblo (III, 2). En realidad, pelear con alegría es condición indispensable para vencer.

Y para los cristianos no es cosa tan difícil como para los judíos; porque nosotros de tal manera peleamos, que tenemos siempre segura la victoria.

¡Qué sacrificios no hacen los ejércitos en la lucha, cuando ven sus armas coronadas con la victoria! Entonces pelean y sufren y reciben heridas; pero nada los arredra; porque pelean con alegría. Ven al ojo el botín, el triunfo, la gloria... y entusiasmados con esta perspectiva, ningún trabajo se les hace penoso.

2. El cristiano ha de luchar. Mejor dicho: todo hombre ha de vivir luchando. Lo dijo hace muchos siglos el santo Job : « la vida del hombre sobre la tierra es una milicia »; una guerra, una continua pelea.

Pero hay luchas y luchas. Los hombres

mundanos luchan batallas dudosas por fútiles esperanzas : por la riqueza, el honor vano, el placer sensual, el sustento... y en esas mismas luchas, si hay vencedores ha de haber vencidos. No se concibe ninguna guerra mundana, donde todos venzan. Donde todos queden destrozados, sí.

La lucha mundanal se compara con una balanza, donde para que suba un platillo es indispensable que el otro baje. Y ¿cuál subirá? ¡ Todos se prometen que el suyo; pero en realidad, ninguno lo sabe!

Por el contrario : la lucha del cristiano es un certamen, donde, como en las carreras, la velocidad de uno, no empece a la de los otros. En rigor todos pueden llegar a la meta y ganar el premio.

¡Ojalá fuera así! Esa es la voluntad de Dios : nuestra santificación; y si no todos llegan, no es por falta de voluntad y auxilio divinos, sino por defecto de la frágil voluntad humana.

Pero aunque es cierto que está en nuestra mano la victoria, no podemos excusar la lucha; y para asegurarla, hemos de pelear con alegría.

Lucha es el trabajo indispensable de la virtud; lucha nos imponen los continuos acometimientos de nuestros enemigos : del mundo, que nos asedia con sus imposiciones; del demonio, que nos acecha con sus tentaciones; de la carne, que tira constantemente de nosotros para derribarnos en el lodo de donde ella

fué formada y a que tiene ingénita propensión.

3. Y ¿cuál ha de ser la primera condición para vencer en esa lucha sin tregua? La energía en resistir, la prontitud en acometer, la actividad vigilante : cosas todas que acompañan a la alegría del ánimo y en cierto modo la constituyen, pues son contrarias de la tristeza, que lleva consigo el desaliento, la dejadez, la inacción.

Indudablemente, las dificultades objetivas parecen mayores o menores según el cristal con que se miran. Si al través de la tristeza, se hacen montañas e imposibilidades; si con un prisma alegre, se disminuyen y casi desaparecen.

Mas si en todas las peleas pasa mucho de esto; si en todas tienen mucho adelantado para vencer, los que *se persuaden que vencerán*, y por ende pelean alegremente; en las luchas propias del cristiano concurren razones poderosísimas que facilitan mucho esta alegría; porque nuestro combate es el combate por la *virtud*, cuyos actos, aunque envuelvan una pesadumbre por la necesidad de vencer una dificultad, tienen tambien encerrada en sí mismos una íntima dulzura, por la perfecta conformidad de toda virtud con la parte principal y mejor de nuestra naturaleza.

Toda la dificultad de los actos virtuosos consiste en que hemos de vencer, unas veces nuestra sensualidad, otras nuestros prejuicios mundanos o las imaginaciones que el demonio

nos sugiere. Pero estos enemigos, en parte son aparentes y fingidos, y en parte apocados y de baja estofa.

4. Los hombres del mundo sudan sangre al pensar, vgr., en sufrir una *humillación*: la nota del ridículo, o la mofa de los vanos, o el desprecio de los insensatos, o la rechifla del necio. ¡Pero vaya un ejército de soldados de papel! Ejército al cual basta mirarle a la cara y reirse de él, para que se desvanezca y deshaga como humo.

¡Cuán terrible sea este poder para los necios mundanos, se echa de ver en aquella historia que refiere el Libro de Ester. Amán, cortesano y privado del rey Asuero, se creía en el colmo de la felicidad con la privanza del rey y la invitación que había recibido de comer en la mesa regia. Había acudido el primero a la antecámara real para hacer la corte a su soberano, cuando a éste se le ocurrió honrar al judío Mardoqueo, el único que turbaba la felicidad de Amán, con negarse a saludarle levantándose y quitándose el gorro. Y he aquí que el rey, sin percatarse de la tremenda herida que infiere a su privado, le manda que pasee a Mardoqueo por toda la ciudad, montado en un caballo de los mejores de las reales caballerizas, y pregonando que así honra el rey a quien quiere honrar.

¡Oh desgracia horrible! El pobre Amán, después de aquel paseo odioso, llega a su casa con el corazón lleno de luto y cubierta la cabeza en señal de tristeza.

Pero, total, ¿qué le había pasado? ¿Era el cansancio de la cabalgata lo que así le afligía? No. Hubiera acompañado en ella al rey, y se tendría por el hombre más dichoso. ¿Qué hueso le dolía? ¿Qué pérdida había experimentado en su fortuna, ni en su valimiento; pues los servidores de palacio le iban a buscar para asistir al convite regio? Toda su desgracia, que tan dolorosamente le contristaba, era un drama de su imaginación!

5. Comparemos estas aflicciones de los mundanos, con las persecuciones de los discípulos de Cristo. Los Apóstoles habían sido afrentados con azotes en el Consejo de los judíos, y salían de él *gozándose* y alegrísimos, *porque habían sido dignos de padecer afrentas por el nombre de Jesús.*

Y aún había allí lo de los azotes, que no puede dejar de sentir nuestra pobre carne. Pero las afrentas, las burlas, las irrisiones del mundo ¿qué pueden tener de terrible, para quien de una vez ha entendido que el mundo es un payaso ridículo, que glorifica lo que quiere y escarnece lo que le da la gana, sin atención alguna a su verdadero mérito; antes bien, juzgando todas las cosas del revés y llamando luz a las tinieblas y negro a lo blanco?

¿No es el mundo quien tiene por *locura* la cruz y sabiduría de Cristo? ¿No trató como *simple* y *loco* al mismo Señor, vistiéndole de tal en casa de Herodes?

Pues ¿qué caso ha de hacer el cristiano, de las locuras de este mentecato de mil cabezas, sin pizca de seso en ninguna de ellas?

¿No es hacernos partícipes de la locura del mundo, tomar en serio sus denuestos y contristarnos por ellos? Y ¿qué cosa más fácil que reirse de un enemigo, a quien la risa desarma y le hace impotente?

6. Así lo entendieron los santos, y lejos de entristecerse por las burlas y desprecios mundanos, se regocijaban con ellos, y en su corazón despreciaban y acoceaban al mundo, burlándose de sus burlas y alegrándose de ser medidos por él con la misma medida con que midió y tasó a Jesucristo.

Lo único que tal vez podría entristecernos es, ver que el mundo nos elogia y estima. Lo cual nos ha de hacer temer no hayamos apostatado de la bandera de Cristo, cuando su enemigo nos halaga y quiere.

Las alabanzas y lisonjas del mundo nos han de poner sobre aviso, y hacernos examinar solícitamente, qué es lo que en nosotros ha podido agradarle o darle esperanzas de hacernos prevaricar. Pero una vez hecho este examen y corregido lo que hubiere que corregir, burlémonos de él y sigamos alegremente el camino de la humildad cristiana.

Pero si el mundo nos mofa y persigue, nuestra situación es mucho mejor, y es justo que nos alegremos de ello; pues apenas podemos tener más sólida garantía de que seguimos el partido de Cristo.

Los terrores del mundo y las penas que nos causa, son como las apariciones espiritistas; que basta abrir una ventana y dejar entrar la

luz del cielo, para que todo ello se desvanezca y anonade.

Los que por tales naderías se congojan, hacen como Amán que se fué a su casa llorando, *cubierta la cabeza*. Hubiérala descubierta, para que le diera la luz y el aire, y por ventura hubiera caído en la cuenta de que toda su desgracia era fruto de su obscurecida imaginación.

7. Pero todavía son más vanos los terrores que nos puede poner el segundo de nuestros enemigos, que es el *demonio*.

Del cual, dice S. Agustín, que está ahora, como perro atado a una cadena; el cual puede ladrar vanamente, pero no morder, sino a los que temeraria o neciamente se le acercan.

Hay personas tímidas que se contristan por las tentaciones del demonio: generalmente por las imaginaciones que les sugiere, unas veces de obscenidad, otras de blasfemia o de otros pecados que aborrecen y son incapaces de cometer.

Esta manera de tristeza es la más vana que se puede pensar. Es como el temor de uno que oye ladrar a un perrazo, que sabe estar perfectamente encerrado y sujeto. Pasad de largo, no os detengáis cerca de su perrera, y dejadle que ladre hasta reventar, que ningún daño podrá haceros con ello.

Las representaciones y tentaciones que nos sugiere el demonio, antes que de tristeza, nos han de ser motivo de grande alegría. Pues cada vez que las sentimos, nos traen a la me-

moria aquel gran beneficio que nos hizo el Salvador, en pelear con este terrible enemigo nuestro y vencerlo, y aherrojarlo para que nunca más nos pudiera dañar.

Cuando nos sentimos tentados, digamos con grande fervor y alegría: ¡Gloria a ti, Señor, que venciste al demonio y le aherrojaste en el infierno, para que no pueda acometer libremente a tus discípulos! Cantemos con la Iglesia en el tiempo de la Ascensión:

Jesu, tibi sit gloria,
Qui victor in caelum redis,
Cum Patre et almo Spiritu
In sempiterna saecula. Amen.

A ti se te dé gloria, oh Jesús, que vuelves al cielo victorioso del demonio, con el Padre y el Espíritu Santo que nos sustenta, por todos los siglos!

¿Quién no se alegrará con estos pensamientos, únicos sólidos y bien fundados en la Verdad divina; en vez de carcomerse vanamente con temores del demonio, que ningún daño nos puede hacer más que el que libremente le permitamos nos haga?

8. Los que incurren en las tentaciones diabólicas, son como los niños tontos; que conteniendo con otro mayor, en vez de evitarle cuanto antes, le provocan con arrogancia. «¡Tócame! ¡pégame y verás!» Y cuando el otro les da un sopapo, reconocen su debilidad y se alejan llorando. ¡Majadero! Alé-

jate antes que te pegue, y no tendrás lugar para llorar tu daño!

Los que incurren en las tentaciones del mundo, se gradúan de tontos. Pero los que consienten con las del demonio, demuestran ser enemigos de sí mismos. Pues conspiran contra sí con su enemigo mortal.

9. Otra lucha nos resta, que es más difícil pelear con alegría: la lucha contra la *carne*, la cual es al fin *nuestra* y harto sensible. Lucha en que no podemos evitar las heridas, o en la carne, si vencemos, o en el espíritu si somos vencidos.

Pero aunque esta pelea constituye nuestra verdadera cruz (no vana o imaginada, sino real y tangible), si la tomamos con aliento generoso, no nos turbará la alegría. Y esto por varias razones.

En primer lugar, porque el bienestar y sabor que produce en nuestro ánimo la virtud, supera con mucho la mortificación necesaria de la carne. La cual, si no la reprimimos y le damos algún dolor, nos ocasionará mucho mayores molestias, como lo experimentan los hombres carnales.

El gozo, pues, de la virtud, por una parte, y la comparación de nuestra suerte con la de los que siguen los apetitos de su carne, nos dará motivos abundantes para alegrarnos a pesar de las mortificaciones penosas a que nos hemos de sujetar.

10. En segundo lugar, nuestro cuerpo es *animal de costumbre*, y con la constancia en

refrenarlo, se logra que se habitúe al freno y deje de sentirlo moleestamente, como sucede con los caballos bien domados.

Finalmente, cuanto más se apaciguan los apetitos sensuales, más lugar dan a las ordenadas operaciones del espíritu, en las cuales halla el hombre mayores placeres (luego que se ha acostumbrado a esta manera de vida) que los de la carne que renuncia.

Lo cual, en tanto grado es verdad, que aun a parte de los motivos espirituales, que a los cristianos deben movernos principalmente, hay hombres de ciencia o de intensa vida intelectual, que espontáneamente se abstienen de los deleites carnales por sólo poder gozar más sin estorbo los que encuentran en las operaciones del espíritu.

De suerte que, si bien la presente vida es de lucha, no por eso ha de menoscabarse nuestra alegría, sino hemos de pelear alegremente esta batalla, como aquellos héroes de Israel que al principio hemos dicho.

Tanto más cuanto que nuestros enemigos son menos temibles que los del Pueblo Hebreo; porque el mundo no es más que una tramoya y farsa, sin más sér ni valor que el que le da nuestra aprensión; y el demonio no tiene contra nosotros más poder que el que voluntariamente le concedemos; y la carne es un peso inevitable, que nunca dejará de afligirnos, mientras vivimos en ella, cualquiera que sea la senda que escojamos.



X. El sabor de la virtud

Beati qui esuriunt justitiam. Matth. V, 6.

1. Dice el Libro de los Proverbios (XV, 15) que la mente segura es como un continuo banquete; es decir : un irrestañable manantial de felicidad, una perenne fuente de alegría. Mas lo que da a la mente, al ánimo, esa seguridad, es indudablemente la virtud.

Cuán segura fuente de alegrías continuas haya de ser ésta, se colige por la consideración de su misma naturaleza.

En efecto : la virtud es el hábito precioso que contiene nuestros deseos y nuestras acciones dentro de los cauces de la sana razón.

Todos nuestros apetitos y deseos son como otros tantos ímpetus de nuestra alma que aspira a la felicidad. Pero esos impetuosos movimientos no tienen en sí mismos su medida, por lo cual tienden a excederse en su expansión, a descarrilarse y a producir, por ende, en vez de la felicidad, los males y dolores que amargan la existencia.

2. ¿Quién duda que el deseo de placeres sensitivos es una manifestación de la general

aspiración del alma a gozar; a ser feliz? Pero ese deseo no se contiene en los límites de la naturaleza racional, humana; ni siquiera en los límites de la naturaleza animal (como en las bestias acontece). Tenemos un apetito infinito de gozar, y esa tendencia hacia lo infinito se pega a nuestros deseos sensitivos, y les hace apetecer siempre más y más deleites y refinamientos del gozar. Con lo cual excede los términos de la naturaleza, y nos precipita en la culpa y la desgracia. Es un tren que, aumentando indefinidamente la velocidad, acaba finalmente por descarrilar y estrellarse.

Lo mismo pasa con los deseos de bienes temporales, que se desordenan en la avaricia; en el deseo de excelencia personal, que va a parar a la soberbia; en el apetito de honores, que da en el escollo de la ambición; y generalmente, en todos nuestros espontáneos deseos.

Todos ellos necesitan, para no arrastrarnos a los derrumbaderos de las pasiones, los rieles de las virtudes, que aseguren su buena dirección, y sus frenos que los preserven contra los choques y desastres.

Cuando no hay esto, los deseos del hombre son sus verdugos, como lo sabe todo el que se ha dejado arrastrar por sus pasiones.

¿Cuál otra es la causa de la tristeza, sino el deseo incumplido, la esperanza frustrada, el apetito que arde en el alma sin hallar su satisfacción?

Pues todas esas cosas evita o remedia la virtud, la cual establece en el alma una armonía apacibilísima, produce en el hombre el máximum de vida y fuerza, y por ende, la alegría mayor que en esta vida puede gozar.

3. Algunos consideran la virtud como triste, porque la miran desde un punto de vista parcial. Como el que mirara un ramo seco, separado del árbol por la poda, pensaría que podar los árboles era matarlos. Pero el labrador inteligente se reiría de su vana aprensión; porque no mira al ramo seco, sino al árbol frondoso, cuya vida pujante resulta de habersele podado las ramas inútiles que le chupaban la savia.

Así, no hay que negar que la virtud exige con frecuencia el sacrificio de algunos naturales deseos. Pero no poda para matar, sino para intensificar la vida; y su resultado es que, sufrida esa dolorosa amputación, el hombre se queda más sano, vigoroso y alegre.

El apetito se desordena dirigiéndose, vgr., a la mujer del prójimo, y hay que reprimirlo con fuerza para mantenerlo en la santidad del propio hogar. Pero ¿qué comparación tiene el sabor fugaz de hurtado deleite, acompañado de infinitas inquietudes, remordimientos, y acaso irremediables catástrofes; con la tranquila alegría de la paz familiar?

Sin duda cuesta dirigir la primera palabra de perdón o reconciliación a aquel de quien nos ha separado una larga enemistad. Pero ¡cuán pequeño aparece este vencimiento,

cuando se goza luego la íntima satisfacción y alegría de la armonía restablecida!

Así podríamos ir discurriendo por todas las virtudes, y veríamos, que, si bien en muchos casos, la virtud pide sacrificios, éstos no son sino un *accidente* doloroso de la vida, y a costa de él se recobra para toda ella la paz y alegría más pura. Al contrario de lo que acontece en los vicios, los cuales procuran, a veces, un sorbo inmundo de fugitivo deleite; pero a trueque de esto dejan la vida amargada y llena de tristeza.

4. Fuera del *orden* no puede haber paz, no puede haber energía constante ni actividad gozosa; que son los factores de la alegría. Mas el orden, en la vida del hombre, no se establece y conserva sino por la virtud. Por lo cual es ésta la condición fundamental de nuestra alegría.

Algunos filósofos antiguos redujeron el orden universal y el orden interior que las virtudes producen en el alma, a la *harmonía* propia de la música. Así como de la armonía ordenada de los sonidos, resulta el deleite que la música nos proporciona, así la armonía de nuestras acciones, efecto de la virtud, forma la felicidad de la vida.

Aquellos filósofos inferían de ahí, que los movimientos ordenadísimos de los astros, debían producir en los espacios siderales una música maravillosísima; y creían que la música debía poseer una eficacia incontrastable para producir la armonía en el alma y ordenarla y

hacerla virtuosa. De ahí la importancia preponderante que daban a la música en la educación de la juventud.

Pero en todo este sistema había alguna confusión entre la armonía musical y la armonía sideral y moral. Los astros no pueden producir música propiamente dicha, porque no se mueven en el aire, cuya vibración es el sonido. Ni la vibración musical, sonora, es tal que pueda armonizar los actos humanos, de naturaleza psíquica y racional.

Sin embargo, queda en el fondo de toda esta utopía pitagórica y platónica la realidad de la *semejanza*, entre el deleite y bienestar que producen, en el orbe los movimientos ordenados de los astros, en el oído las vibraciones harmónicas de la música, y en el ánimo el orden de nuestros apetitos y deseos regulados y encauzados por la virtud.

5. Otra causa por que es la virtud sabrosa y placentera es por la *semejanza* con que nos aproxima a los santos a quienes admiramos.

El hombre tiene una gran propensión a procurar asemejarse a las personas a quienes por cualquiera concepto admira.

Esto se advierte palpablemente en lo bueno y en lo malo o vano.

¿De dónde nace ese poder tiránico de las *modas*, que vuelve locas tantas cabezas? No de otra fuente sino de este prurito por *imitar* lo que nos parece notable o excelente.

En materia más laudable, los héroes o varones ilustres ejercen un gran poder modelador

sobre los caracteres de una época o un pueblo, por la misma causa.

Y en la religión católica, una de las grandes influencias para el bien, procede de los ejemplos de los *santos*. Muestra la experiencia que, las Vidas de Santos, ejercen mayor influjo en muchísimas almas, que las mismas verdades abstractas de la religión; y que, el impulso que ha movido a muchos a emprender el camino de la virtud y de la perfección cristiana, ha sido el ejemplo de un santo, cuya vida ha leído y al cual se ha aficionado.

Todas estas razones demuestran con evidencia, que, el *asemejarse* a los que admiramos es, para nosotros, una cosa sumamente apetecible. Mas las virtudes nos hacen semejantes a los Santos y aun al Santo de los Santos. Por lo cual, sus actos producen en nosotros esa íntima satisfacción, esa alegría interna, que nace, no sólo de la armonía establecida en nuestro sér, sino también de la conciencia de que por la virtud nos dignificamos, nos ennoblecemos, nos elevamos a la semejanza de los santos.

6. Hay innumerables personas, de poca cultura o de corto entendimiento, o sencillamente, alejadas de las cosas espirituales, a quienes sería casi imposible mover a las prácticas difíciles de la virtud por motivos puramente racionales. Las cuales sin embargo, se animan a ellas por el ejemplo de los santos, especialmente de aquellos a quienes tienen particular devoción.

De S. Ignacio de Loyola se refiere, que, en los principios de su conversión, cuando de rudo guerrero comenzó Dios a encaminarle para Maestro de la santidad, se movía principalmente por esta inclinación : de hacer lo que los santos antiguos habían practicado. Así abrazó las penitencias y asperezas, y se entregó a una vida austera, despreciando todas las vanidades mundanas en que antes había estado metido hasta las cejas.

Y generalmente, la *semejanza*, la *imitación* de Cristo, es para todos los cristianos uno de los principales estímulos de toda virtud.

Luego cuando, por la práctica de la virtud, nos sentimos semejantes a Cristo y a los santos que en ella se señalaron, claro es que hemos de gozar con ello una alegría proporcionada al apetito de esta semejanza que naturalmente abrigamos.

Y ésta es otra causa por qué la práctica de la virtud nos llena de especial alegría.

La cual es tan intensa, que más bien hay que temer su exceso, y el peligro de la soberbia espiritual que de el se origina. Pues embriagado el ánimo con la alegría de su presente estado, puede fácilmente olvidarse de su bajeza y de cuán expuesto se halla a salirse de estos rieles que le llevan al bien y a la verdadera felicidad.

7. Finalmente, en todo acto de virtud se encierra una *victoria*, y el vencer es sabroso siempre.

Este sabor conocemos todos en el vencimiento de las dificultades que se hallan en los problemas, en los juegos, etc. El vencer constituye el deleite de ciertos juegos donde no se suele cruzar interés (vgr., el ajedrez), y *vencer a otros* es deleite a que aspiran comúnmente los mundanos.

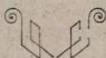
Mas la victoria de la virtud está en vencerse a sí mismo, y este sabor es mucho más recóndito, y reservado para paladares muy refinados.

Con todo eso, esta victoria es la que produce más íntima satisfacción y alegría, y la saborean todos los que generosamente se resuelven a ejecutar ciertas acciones que les cuestan y cuya práctica los deja luego llenos de indecible consuelo.

Tal suele acontecer cuando uno después de muchos años, perdona a un enemigo, o sale de una mala situación moral, o confiesa generalmente sus pecados.

Es tan intenso el gozo, tan efusiva la alegría que estos tales suelen sentir y manifestar con lágrimas y otras demostraciones, que — si no fuera un disparate — valdría la pena de no confesarse en veinte años, para gozar esa alegría inmensa de que muchas veces hemos sido testigos. Pero ¡cuántas tristezas les había costado! ¡Cuántos años de malestar continuo, aunque no siempre conscientemente sentido! Por eso sería un disparate vivir así, aunque se tuviera la certeza de vivir lo suficiente para gozar de tan exquisito deleite.

Mas ya que otros han disfrutado de él, sirvanos para ejemplo de la alegría que se halla en los virtuosos vencimientos.





XI. La alegría de la fe

Haec est victoria... fides vestra.

I. Joan. V, 4.

1. Aunque todo acto de virtud encierra en sí alguna manera de victoria (y aun dicen que por eso se la llama *vir-tud*, acto varonil, esforzado), esta prerrogativa la atribuye especialmente a la fe el Discípulo amado: «Esta es (dice) la victoria que vence al mundo: nuestra fe» (I. Joan. V. 4). Por eso, siendo el vencer una de las cosas que más nos alegran, es la fe causa de nuestras mayores alegrías, y aun podemos decir, raíz y fundamento de todas ellas.

Es esta una materia que singularmente excita mis entusiasmos, y hace años que ando por el mundo rebosando esta *alegría de la fe* y esforzándome por pegarla a aquellos de mis hermanos que no gozan de ella, o no la disfrutan con toda la intensidad que la materia lo pide.

2. Porque, en primer lugar, una de las cosas que más alegran al hombre es la *posesión segura* de la verdad.

La verdad es el bien de nuestra intelligen-

cia : de esa facultad que constituye la esencia de nuestra naturaleza racional. Mas en la posesión del bien, y sobre todo del bien apropiado, se halla el *gozo*; y este gozo es particularmente *alegre* cuando la posesión del bien de que se trata nos dispone para la operación.

Hay bienes cuya posesión nos invita al descanso. Los cuales, si llenan nuestras aspiraciones sin saciedad, nos alegran ciertamente. Pero esta disposición particular que llamamos *alegría*, es todavía más propia de aquellos bienes que, de tal manera nos satisfacen, que nos disponen e incitan para la actividad, la expansión, la adquisición de nuevos bienes. Tal es, por modo eminente, la verdad alcanzada por la fe.

Pues la fe, descubriéndonos las perfecciones divinas, que han de ser el objeto de nuestra eterna bienaventuranza, y cerciorándonos de que tenemos medios copiosísimos para alcanzar nuestro soberano fin, nos dispone e impele a la acción virtuosa. Produce en nosotros esa plenitud de energía, esa facilidad para todo lo bueno, que caracterizan la alegría verdadera.

Cuanto más viva es la fe, más claramente nos pone ante los ojos la infinita elevación del fin para que hemos sido creados, que no es otro sino participar eternamente de la misma bienaventuranza de Dios; tanto más firmemente nos certifica que Dios nos ofrece gracias abundantes para conseguir ese fin. Por

la fe *sabemos que podemos*, y esa persuasión de nuestro poder, nos comunica la alegría indeficiente de la actividad fervorosa.

3. Por otra parte, la fe, es el más *seguro* de los conocimientos verdaderos. No tiene, es verdad, la *evidencia* propia de los conocimientos sensitivos y de algunas verdades intelectuales (pues, si así fuera, la fe no podría ser *libre*, ni por ende meritoria); pero en cambio, su *certidumbre* es superior, no sólo a la certeza de lo que vemos con los ojos, sino a toda otra certidumbre creada.

La certeza de nuestros conocimientos, de donde nace la seguridad de nuestras convicciones, o es física, cuando se funda en las leyes físicas de la Naturaleza; o metafísica, superior a ella, por fundarse en la imposibilidad de un absurdo. Pero todavía hay otra certidumbre más segura, y es la que se funda en la *veracidad* de Dios; y tal es la certidumbre de la fe.

Porque si las leyes de la Naturaleza no pueden suspenderse sino por un milagro, y la contradicción del absurdo no puede realizarse sin quebrantar las leyes de la humana razón; la fe no puede ser falsa sino dejando Dios de ser veraz, o lo que es lo mismo: dejando Dios de ser Dios.

¿Qué seguridad, qué certidumbre se puede parangonar con ésta? ¡Y ésta es, no obstante, la certidumbre y seguridad de nuestra fe!

Pues si la posesión de toda verdad científica nos alegra, porque es bien del entendi-

miento, y esta alegría es mayor cuanto dicha posesión es más segura y la verdad más cierta, ¿qué alegría no debe comunicarnos la posesión de las verdades de la fe, tan ciertas que su fundamento es la misma veracidad y esencia de Dios?

4. Y a esto se agrega que, las otras verdades científicas, versan acerca de objetos de importancia relativamente pequeña : sobre la cantidad o las leyes naturales o la esencia de los seres creados. Mas la fe nos comunica el conocimiento de Dios, de sus admirables perfecciones, de su adorable providencia; de las gracias con que nos brinda y de los tesoros y coronas que nos prepara. ¿Qué son, en comparación de esto, todas las ciencias y descubrimientos de los sabios?

Nos causa alegre asombro oír los maravillosos descubrimientos de la Astronomía : esos miles y millones de mundos que estudia y mide y pesa, dando cifras enormes de volúmenes y velocidades y distancias. Pero ¿qué es todo eso comparado con los sublimes misterios que nos revela la fe : la Trinidad en la Unidad de Dios; la encarnación del Verbo, que une como un divino lazo lo infinito con lo finito, lo increado con lo creado, el espíritu purísimo, con la carne del hombre formado de barro?

¿Qué estrellas y constelaciones pueden emular la belleza que nos descubre la fe en la Virgen Madre de Dios, y en los coros innumerables de los ángeles y de los santos?

Y si nos admira y deleita conocer los des-

cubrimientos que hace la Biología en los secretos maravillosos de los organismos ¿qué es eso en comparación con los prodigios que, a la luz de la fe, conocemos en el gobierno íntimo con que Dios dirige a las almas, sin destruir su libertad, llevándolas fuerte y suavemente a los fines de su eterna predestinación?

Sobre todo, que las ciencias no pueden hacer más que contribuir a nuestro bienestar temporal, mientras que la fe nos guía y conduce por los caminos que llevan a nuestra felicidad eterna.

5. Pero además, tiene otra cosa la fe, para las personas cultas, capaces de estudiarla, en que se encierra un inagotable manantial de puras alegrías : y es la *victoria* que perpetuamente reporta sobre todas las incesantes impugnaciones de que es objeto.

En realidad de verdad, la fe es la *victoria que vence al mundo*, y entre otras maneras de vencerlo, tiene esta : que vence continuamente al error que se levanta osado contra ella.

Apenas la Iglesia salió del Cenáculo de Jerusalén, comenzó a ser impugnada por la falsa superstición judaica y por la vana filosofía helénica. Y desde entonces todas las falsas religiones y todas las falsas filosofías han ensayado en ella sus armas: pero esta lucha de XIX siglos, no ha sido para la Iglesia, sino una no interrumpida serie de victorias.

Hoy mismo, desde todos los campos cientí-

ficos, se esgrimen todo género de armas contra la verdad inquebrantable de la fe católica. Apenas se hace un nuevo descubrimiento (lo mismo da que sea en la Química que en la Astronomía, en la Arqueología o en la Biología), luego se levantan voces temerarias que pretenden sacar de él un argumento *contra la fe*.

¡Es una prolongación del *tolle, tolle!* que comenzó ante el Pretorio de Pilato. En todo se pretende hallar razones y motivos, para quitar de en medio a Cristo, su Iglesia y su religión. Pero ¡oh desengaño millares de veces repetido! Vienen los sabios católicos, se enteran del *heureka* novísimo; estudian el problema a fondo, y demuestran, una vez, y cien veces y millares de veces, que la Ciencia en nada contradice al Catolicismo, y que todas las alharacas de los sectarios no son sino deducciones ilógicas, aseveraciones prematuras, prejuicios gratuitos... tempestades en un vaso de agua.

6. Al contrario: ningún progreso verdadero se realiza en el campo de la Ciencia, que por uno u otro modo no redunde en nuevo esclarecimiento y confirmación de las verdades de fe.

¡Cuánto mejor entendemos ahora el Génesis; las historias de Abraham y de Moisés, y muchas otras cosas de los Sagrados Libros; de lo que las entendían los sabios de hace dos o tres siglos! Y ¿quién nos ha añadido esta nueva luz? Precisamente los estudios apolo-

géticos provocados y apoyados por esas algaradas pseudo-científicas, que pretendieron estribar en los estudios cosmológicos, arqueológicos : en los descubrimientos de la asiriología y egiptología.

Cuanto más progresa la Ciencia de la Naturaleza, más evidente es la necesidad de recurrir a Dios como *Creador*, y más se desvanece la soñada hipótesis de la generación espontánea. Cuanto más progresan los estudios históricos, más claramente se presenta a los ojos no cegados por prejuicios sectarios, la *divinidad de la Iglesia* fundada por Cristo, y por ende, la divinidad de su Fundador.

7. Por eso, en quien se aplica a conocer estas cosas, la fe produce un sentimiento de íntima alegría ; una *exaltación* jubilosa y una segurísima confianza en la posesión de la verdad, que los errores y las impugnaciones pueden velar momentáneamente ; pero que acaba siempre por abrirse paso : como el sol de estío acaba por penetrar las nubes y disiparlas con sus ardientes rayos.

De esta manera, como nubes livianas, se van disipando los sofismas y errores, año tras año y siglo tras siglo, yendo a engrosar el montón de los sistemas *mandados recoger* en los espaciosos desvanes de la Historia de las herejías y delirios científicos.

¿Quién, al considerar esta existencia efímera de los errores humanos, y al cotejarla con la indefectibilidad de la Iglesia, siempre firme en sus mismas posiciones : defendiendo hoy

contra los modernistas, las mismas definiciones dogmáticas que dió en siglos pasados contra Arrio y contra Nestorio, contra Lutero y contra Calvino; quién, decimos, al asistir a esta serie de victorias, que son *nuestra victoria*, no se llena de seguridad y alegría por poseer una fe tan cierta, tan inquebrantable, tan segura?

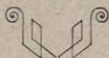
8. Y esta alegría crece cuando pensamos que, precisamente esa fe es el depósito de todas nuestras esperanzas; es, como la definió el Apóstol: la *substancia*, el apoyo, el fundamento sólido, *de las cosas que esperamos!*

Este gozo alegre que se engendra al considerar las victorias de nuestra fe, está reservado de un modo especial a los católicos cultos. Pero todos pueden participar de él, de la manera que todas las personas que viven en las sociedades modernas, participan de algún modo de los adelantos científicos.

Porque así como el hombre sencillo y sin estudios, sabe, no obstante, que hay ahora sabios que hacen notables progresos en el estudio de la Naturaleza y de la Historia, y se alegra de haber nacido en tiempo en que puede gozar de los frutos de sus descubrimientos; así los fieles sencillos han de alegrarse de profesar una Religión en cuyas filas militan sabios que siguen el movimiento científico en todos sus órdenes, y sacan provecho de él para defender victoriosamente su fe contra todas las impugnaciones nacidas de la malicia o de la ignorancia.

No ; que no es nuestra fe, credulidad de ignorantes o apocados ; sino es la fe que han profesado las más altas inteligencias que ha habido en el mundo : un S. Agustín y un Santo Tomás, y una inmensa pléyade de sabios antiguos y modernos ; cuyos estudios nos certifican que las Ciencias modernas, *nada aportan* capaz de debilitar la firmeza de nuestra fe, y sí mil cosas a propósito para confirmarla. (1)

(1) Véase nuestro opúsculo *La Verdad desnuda*, donde se recogen y rebaten las más corrientes impugnaciones contra la Religión en general y el Catolicismo en particular.





XII. Alegrías del amor

Amor currit, volat et laetatur (Imit. de Cristo, III, 5)

1. Entre todos los afectos y disposiciones del ánimo, ninguno hay de donde brote tan copiosamente la alegría, como el amor.

El amor es el sentimiento que más eficazmente impele a todos los seres a la acción; el que pinta con más vivos colores el objeto de nuestros anhelos, el que promete en su logro mayores gozos.

En realidad, no se concibe alegría sin amor: sin aspiración hacia un objeto amado o posesión de él, o esperanza por lo menos de lograrlo.

Analicemos todas las alegrías que saboreamos en la vida, y en el fondo de todas ellas hallaremos el amor: o el amor propio, que nos alegra por nuestra propia excelencia o bien estar, o el amor ajeno que nos estimula a procurar su dicha y compartirla.

El amor es quien hace agradable la actividad, el que se sobrepone a todas las penalidades, y por ende, nos da alegría en medio de los trabajos.

«Nada hay (dice el Autor de la Imitación de Cristo), más dulce que el amor... El que ama corre, vuela y se alegra ; se siente libre y no se deja empecer por cosa alguna... No conoce límites sino hierve sobre todo límite. No siente las cargas, no tiene en nada los trabajos ; nunca alega imposibilidades, pues juzga que todo le es lícito y posible... Como una viva llama o antorcha ardiendo, se levanta a lo alto y pasa por todo con seguridad » (III, 5).

2. Pues siendo esto así, y siendo la vida del cristiano vida de amor, claro está que ha de ser vida alegre y llena de contento.

Porque el cristiano, a pesar de sus faltas y deficiencias, sabe que Dios le ama ; esto es : sabe que es objeto de amor para el Sér más amable, y en cuyo amor tiene reservada toda felicidad.

«*Así amó Dios al mundo* — dice Jesús a Nicodemus, y en él a todos nosotros — *que le dió su Hijo Unigénito.*»

Aunque el cristiano no supiera más del Evangelio ni de la vida eterna, esta sola palabra de Cristo debería bastar para hacerle andar continuamente lleno de alegría, y pasar por en medio de los trabajos y penalidades de la vida presente sin sentirlos, como embelesado, con la suspensión y embeleso que produce un dichoso amor.

Dios Padre nos ama. No dice Jesús, que ama a los santos, o a los justos, o a los perfectos ; sino que amó al *mundo* ; es decir a los hombres ; por lo tanto *a mí*. Y no nos amó

con cualquiera amor, sino tan grande, tan excesivo, que le movió a darnos lo más precioso que tiene, y lo que más provechoso podía sernos : a su mismo *Hijo Unigénito*, para que se hiciera nuestro Redentor y Salvador.

Pensad quién es ese Dios que os ama : el Inmenso, el Eterno, el Omnipotente creador de cielos y tierra ; y pensad en qué grado os ama : hasta daros a su Hijo Unigénito y con él todas las cosas. Porque como pondera afectuosamente el Apóstol, escribiendo a los romanos : El que no perdonó ni a su propio Hijo, sino lo entregó por *todos* nosotros, ¿cómo pudo dejar de darnos con él todas las demás cosas? (VIII, 32)

3. ¡ Oh si pensáramos esto con la atención y espacio que merece ! ¿ cómo podríamos encoger nuestro espíritu y dejarnos invadir por la tristeza ? ¿ Cómo no saltaríamos más bien de puro gozo, y correríamos alegres por los caminos de la vida, sin dársenos un ardite de las penas y trabajos de ella ?

Y no sólo sabemos con tanta certidumbre que nos ama el Padre celestial, sino que su divino Hijo — *nobis datus, nobis natus* (como canta la Iglesia), que nos fué dado y nació para nosotros, nos ama también, con tan ardiente afecto, que no vaciló, por nuestro amor, en entregarse a la pasión y a la muerte más dolorosa y afrentosa.

No hay mayor amor — dijo el mismo Cristo — que el de aquél que da la vida por sus amados. ¡ Me amó — exclama en un transporte

de júbilo el Apóstol — y se entregó a sí propio por mí! (ad Gal. II, 20). Y para que no pensemos que se trata de uno de los privilegios del Vaso de elección, dice a los fieles de Efeso : Cristo nos amó y se entregó a sí propio por nosotros (V, 2).

4. Una de las mayores sandeces en que incurre nuestro corazón, es poner en duda este amor que Cristo nos tiene, y que es causa de todo nuestro bien, y debiera serlo de nuestras perpetuas alegrías.

Hay infinidad, no ya de personas mundanas, sino de fieles cristianos, que viven con el corazón apretado, y apenas se atreven a levantar los ojos a Dios, como si fuera solamente un Juez severo, que está con el azote levantado o con un haz de rayos en la mano, atisbando el momento de una flaqueza nuestra para fulminarlos contra nosotros y arrojarnos en el infierno. ¡Triste concepción del Cristianismo, digna si acaso de Calvino o de Jansenio o de sus hoscos e hipócritas secuaces!

Pero el católico : el adorador de la Sagrada Eucaristía, del Sagrado Corazón de Jesús ¿cómo puede abrigar tales temores y dudas sobre el amor de Cristo?

Si un hombre mortal hubiera hecho por nosotros cualquiera de las mínimas cosas que hace Dios en nuestro favor todos los días, tendríamos ciega seguridad de que nos ama y de que podemos contar con él. ¡Sólo con Jesús nos mostramos eternamente inseguros y desconfiados, y levantamos una mirada tímida y asus-

tada al que nos está dando voces amorosas para que le entreguemos alegremente nuestro corazón y nos abandonemos a su divino amor.

5. Y no sólo el Padre nos da a su Hijo, y el Hijo se nos da a sí mismo; sino ambos nos dan su mismo Espíritu, término del infinito amor que Padre e Hijo se tienen; Dios de amor que, en cuanto le abrimos la puerta, se viene a morar en nuestros corazones y estarse en ellos de asiento, para no separarse nunca de nosotros si no le lanzamos a la calle por el pecado mortal.

Es una gran desgracia que la mayor parte del pueblo cristiano tenga tan poco conocimiento del Espíritu Santo, de este Dios de amor que mora en nosotros; hasta el punto de que pudieran decir muchos, si les preguntáramos qué saben de él, aquello de los discípulos de Efeso, que refieren los hechos de los Apóstoles: Ni siquiera hemos oído que exista el Espíritu Santo (XIX, 2).

Con todo eso, el Espíritu Santo mora de una manera especial en el alma que está en gracia, y debería ser su habitual consuelo y fuente irrestañable de su alegría.

Para fomentar el trato íntimo con este Divino Huésped de nuestras almas, deberíamos leer libros apropiados (1), meditar frecuentemente sus beneficios, y excitarnos y despertarnos con los hermosos himnos que le consagra la Iglesia en su liturgia.

(1) Vgr. «La Intimidad de Dios», de Sauv e, «El Espíritu Santo», de Gaume, o «Pentecostés», de Meschler.

6. Cada grado de gracia santificante que se aumenta en nuestra alma, por cualquiera obra de virtud, determina una nueva intensidad de esta inhabitación del Espíritu Santo en nosotros; es como un abrazo que este santo Espíritu nos da, estrechándose más con nosotros.

Y cuanto más unido está con nuestra alma, más la enriquece con sus dones, los cuales ilustran nuestra inteligencia, la habilitan para juzgar con rectitud en lo especulativo (don de entendimiento) y en lo práctico (don de consejo), le comunican la verdadera sabiduría (don de sabiduría) que consiste en referir todas las cosas a su primera fuente y último fin; le dan la ciencia de las cosas espirituales (don de ciencia); robustecen la voluntad para vencer todos los obstáculos (don de fortaleza) y la ablandan para todo lo bueno (don de piedad) y la alejan de lo malo con el don del santo temor de Dios.

Y estos dones son como siete ramas de un mismo tronco, que es el Espíritu Santo, y producen regalada variedad de frutos: de caridad, de gozo, de paz, de paciencia, benignidad, bondad, longanimidad, mansedumbre, fe, modestia, continencia y castidad; todos los cuales conspiran para mantener el ánimo en una constante alegría.

7. Esto mismo expresa la Iglesia en sus himnos, especialmente en la *sequentia* de la Octava del Espíritu Santo (Pentecostés), donde le llama, Padre de los pobres, Dador

de los regalos, luz de los corazones; Optimo consolador, dulce Huésped del alma, dulce refrigerio; descanso en los trabajos, refresco en los calores, consuelo en las lágrimas. ¡Oh luz felicísima, hinche las intimidades del corazón de tus fieles; pues sin tu protección nada hay en el hombre estimable, nada libre de daño! El es quien puede lavar lo manchado, regar lo seco, sanar lo herido, doblegar lo rígido, calentar lo frío, enderezar lo torcido ... dar el mérito de la virtud, el logro de la salvación y el gozo perpetuo.

¿Qué otras palabras más eficaces podemos decirnos interiormente, para conservar la alegría y reponerla cuando sufre quiebras, y acrecentarla cuanto más sentimos crecer el mérito de las buenas obras, en medio de los trabajos y tribulaciones?

8. El Espíritu Santo se llama ordinariamente *Paráclito*, o consolador, y sus fiestas están llenas de la alegría más intensa. En su advenimiento, los Apóstoles se llenan de tan bullicioso fervor y júbilo, que las gentes reunidas en Jerusalén los toman por beodos. Y cada año al conmemorar aquella festividad, canta la Iglesia: *Beata nobis gaudia, anni reduxit orbita*: el año, al describir su círculo, nos vuelve a traer los felices gozos de cuando el Espíritu Paráclito bajó sobre los Apóstoles, etc.

En los primeros tiempos del Cristianismo, la comunicación del Espíritu Santo a los neófitos se solía hacer de una manera ostensible,

con carismas y prodigios maravillosos, que alegraban a la Iglesia, cerciorándola de que vivía en ella este divino Espíritu. Pero aunque ha cesado, — por no ser ya necesaria — aquella exterior manifestación, no por eso amenguan los interiores consuelos y alegrías que comunica este Espíritu Consolador a los que le reciben y procuran aumentar su intimidad con él por los medios que hemos dicho.

Sobre todo, la mansión del Espíritu Santo en nuestras almas ha de mantener viva la llama del amor divino, pues es Dios de amor; y con esto avivará continuamente en nosotros el fervor alegre y la alegría fecunda, estimulándonos a trabajar sin descanso para glorificar a Dios y procurar que todas sus criaturas le glorifiquen.

Quien con estos pensamientos vive, a buen seguro que no se sienta jamás invadir por la tristeza, sino ande cargado de aquellos sabrosos frutos : *caridad, gozo y paz.*





XIII. El sagrario

Inveni quem diligit anima mea.
Tenui eum... (Cant. III, 4)

1. El amor es la causa principal de nuestras alegrías. El que no ama ¿de qué o cómo se podrá alegrar?

Pero la alegría brota principalmente de la *presencia* del objeto amado y de la seguridad de su correspondencia.

Dios, objeto principal de nuestros amores, está, es verdad presente siempre y en todas partes. Pero nuestra alma, pegada a la carne, tiene dificultad en comunicarse con lo que no ve ni palpa. Por eso la benignidad y condescendencia de Dios fué hasta el extremo de mostrarse humanado. «Apareció (dice el Apóstol) la benignidad y humanidad de Nuestro Dios y Salvador» (ad Tit. III, 4).

Y no se contentó con mostrarse en un tiempo limitado, y dejarse ver y tocar de las muchedumbres de Judea y de Galilea; sino perpetuó su presencia entre nosotros; menos visible es cierto, pero más tangible y tratable; en forma en que pudiéramos unirlo a nosotros del mo-

do más íntimo; hecho nuestro Pan y manjar cotidiano.

2. El amor es apetito de *unión*. Mas la unión espiritual se opera por conocimiento presente y afecto del alma. Pero el sér humano, compuesto de alma y de cuerpo, no se satisface completamente con la unión espiritual. Apetece unirse corporalmente con el amigo, estrecharle entre sus brazos, apretarle contra su pecho, cubrirlo de besos; y parece que quisiera meterlo dentro de sí.

Esta unión, que no es posible a la amistad humana, halló medio de realizarla el amor divino, medio no imaginado por humana inteligencia; que no se hubiera atrevido a apetecer o formular el vago anhelo de unión que sentimos; pero que la Sabiduría divina escogió, lo decretó el Amor infinito y lo realiza todos los días, en todos los altares de la Cristiandad, la divina Omnipotencia.

Pues el alma fiel, que llena de viva fe, se acerca cada día a gozar de este tesoro ¿cómo no ha de vivir llena de la más pura alegría?

Al sacerdote que se acerca a celebrar este divino misterio, le pone la Iglesia en la boca aquellas palabras del Salmista: «Te confesaré con música de cítara, Dios, Dios mio. ¿Por qué estás triste, alma mía, y por qué me conturbas? Espera en Dios, pues todavía le confesaré, salud de mi rostro y mi Dios». (Salmo 42).

Es imposible que, quien debidamente se acerca todos los días al Sagrario, deje de sacar de allí provisión de alegría para pasar las tri-

bulaciones que cada día se nos ofrecen. Pues ¿qué tribulación no quedará endulzada, si la recibimos en los brazos de Jesús, y reclinados, como el Amado Discípulo, sobre su Sagrado Corazón?

3. Es verdad que, aun sin comulgar, tenemos siempre a Dios presente, por razón de su inmensidad. Es cierto que estamos en él como sumergidos: rodeados de Dios por todas partes y penetrados de él, más que una esponja sumergida en el mar está por dondequiera rodeada y empapada de sus aguas. Es verdad que donde está Dios, están las tres divinas Personas, y por tanto, el Verbo, la Segunda Persona de la Santísima Trinidad, con la cual podemos comunicarnos siempre, seguros de que no deje de oír ninguna de nuestras palabras, de nuestras aspiraciones, de nuestros suspiros.

Pero uno es la presencia y otra cosa muy distinta la unión. También en los infiernos y en los condenados está presente Dios, que les conserva el sér y los tormentos en que se retuercen desesperadamente. Pero no está unido con ellos, sino los repele con su maldición eterna.

La unión de Dios con el alma se realiza por la *gracia*, que es como un estrecho lazo, un abrazo dulcísimo con que Dios la une consigo, apretando este abrazo más y más a cada grado de gracia que aumenta. Pero esta unión es enteramente espiritual y sobrenatural, remota de nuestros sentidos y aun de nuestra misma inteligencia, y sólo asequible para la fe.

Mas la Eucaristía añade a estas uniones otra unión física, sensible en cierto modo; aunque no tal, que nos procure la dulcedumbre que gozaríamos si viéramos corporalmente al Señor amoroso que se nos da.

4. Puede compararse esta unión corporal de Cristo con el que en la comunión le recibe, con la que tuvo con su Madre santísima el tiempo que vivió en su seno virginal. Tampoco la Virgen podía entonces ver a su hijo, ni besarle y acariciarle, como lo hizo después de nacido. Con todo eso, sabía que le tenía íntimamente unido consigo, y no hay duda que gozaba por ello una alegría inefable.

Este ha de ser el modelo del cristiano que ha recibido a Cristo en la Sda. Eucaristía. Y parece que la Iglesia nos lo quiere indicar así, pues en la oración que reza en la misa de la Virgen, después de la comunión, dice: «Bienaventuradas las entrañas de María Virgen, que llevaron al Hijo del Eterno Padre.»

Pues si se declaran bienaventuradas las entrañas donde reposa el Hijo de Dios ¿cómo no serán dichosas las que le reciben en la comunión, y le llevan todo el tiempo que perseveran incorruptas las especies sacramentales y, por ende, persevera la presencia real del Señor?

La Virgen Santísima no vivió libre de pesadumbres y tribulaciones aquellos nueve meses que tuvo a Jesús en sus purísimas entrañas. Sabemos que pasó entonces aquella terrible tribulación que le ocasionaron las dudas de su santo Esposo, hasta que se las disipó la reve-

lación del ángel. Con todo eso ¿quién dudará que aquellos meses fueron para la Virgen alegrísimos, y que sacaba esta alegría de su unión física con el que es alegría del Cielo?

Pues ¿cómo puede vivir triste el cristiano que come todos los días ese Pan? ¿Cómo no hace en la Comunión, provisión de regocijo para todo el día?

Bien podemos pensar que, a los que se alejan del comulgatorio con el corazón atristado, les dice su divino Huésped, aquellas palabras que dirigió a la Magdalena llorosa. «¿A quién buscas? ¿por qué lloras?» ¿Hay alguien en el cielo o en la tierra, cuya compañía te parece más envidiable que la mía? ¿Qué tesoros ambicionas que se puedan parangonar con el que posees? Pues ¿por qué te olvidas de lo que tienes, y gimes por lo que te falta; siendo esto (sea lo que fuere) tan mezquino y vil, en comparación de lo que acabas de recibir?

5. ¡Oh si aviváramos nuestra fe, y procuráramos ver con los ojos del alma, lo que se nos da en la Sda. Hostia, qué fuente de alegría nos llevaríamos del Sagrario! Pues esta es aquella agua de la que dijo el Señor a la Samaritana: que quien bebiere de ella no tendrá más sed, porque sentirá brotar en su vientre fuentes de agua viva, que saltan hasta la vida eterna.

Comulgar y andar triste, es hacer injuria al amor de Jesús.

¿Qué amigo toleraría que su amigo estuviera amurriado en su compañía, después de mu-

cho tiempo de no haberla gozado? ¿Qué amante no se tendría por ofendido, si su amado mostrara, con su tristeza, que echa menos a su lado la presencia de otras personas con que alegrarse?

Pues ¿cómo no ofenderá a Jesús el que no se alegra teniendo consigo; no a su lado sino en su mismo pecho; no entre sus brazos, sino sobre su mismo corazón?

Todo el secreto, pues, de *nuestra alegría*, consiste en vivir vida de fe, para ver con esta luz, más segura que todos los focos luminosos naturales y artificiales, la presencia real de Jesús en este Sacramento, donde no sólo se nos acerca, sino se sacrifica por nosotros. «Cuántas veces coméis de este pan y bebéis este cáliz, dice el Apóstol, anunciáis, — renováis, os representáis, — la muerte del Señor». La muerte que una vez sufrió cruentamente por nuestra redención, y que su amor infinito no se harta de renovar y reproducir y representar diariamente para nuestra refección espiritual, para nuestro consuelo, para encender nuestra caridad y acrecentar nuestra alegría espiritual!

6. Sirve maravillosamente para sacar de la Comunión este precioso fruto, la devoción tierna al *Sagrado Corazón* de Jesús, cuyo centro está en la frecuentación de este Santísimo Sacramento.

La devoción al Corazón de Cristo, es la más íntima de las que se refieren al Hombre-Dios, y tiene especial proporción con la intimidad de la unión eucarística.

Cierta devoción más *exterior* a la humanidad de Cristo, se siente defraudada en la Eucaristía, donde no se ofrece a los sentidos la corteza de los accidentes corpóreos. Por eso dice S. Juan Crisóstomo que alegan algunos cristianos algo materiales : quisiera ver sus vestidos, su figura exterior. Pero lo que se nos da es mucho más deseable : pues es su propia carne y sangre ; su mismo Corazón, que se une íntimamente con nuestro corazón.

A gozar de este bien nos conduce y ayuda mucho la devoción especial al Corazón Sagrado, el cual, como se adivina (aunque no se ve) en el hombre vivo, por la manifestación de sus afectos, así se siente palpar, en cierto modo, en la Sda. Eucaristía, demostración del excesivo amor que nos ha tenido Jesucristo nuestro Señor.

7. ¡Qué desgracia tan grande, que los hombres no hayan *descubierto* este inagotable tesoro de alegría! Pasan por delante de los templos, con el rostro acontecido por las preocupaciones y cuidados ; pasan de largo yendo a sus negocios, saliendo de sus talleres y fábricas, con el alma desierta de alegrías y llena de iras y aspiraciones violentas.

Y pasan ; pasan sin que se les ocurra que, dentro de aquellos muros majestuosos, está encerrado lo que anhelan ; está esperándoles lo que piden a gritos y buscan con desesperado afán... empeñados en hallarlo donde no está : ¡la Fuente irrestañable de sus alegrías!

Por eso la Iglesia levanta la voz ; más clara-

mente cada siglo, invitando y llamando a los transeuntes a gozar de este celestial convite. Y ora se anticipa la edad en que admite a él a los niños inocentes, ora se exhorta a todos a la Comunión frecuente y diaria, reservada antes a los *pocos dichosos...!*

Pero lo más lamentable es, que no sólo inmensas muchedumbres huyen locamente de este Bien infinito, sino que, aun muchos de los que lo frecuentan, no lo gozan como pudieran, ni atinan a sacar de él la vena de purísimas alegrías.

8. Nuestro mundo espiritual está lleno todavía de Jansenismo sombrío, de Calvinismo tétrico. Se teme inútilmente a un Dios cejijunto, que no existe; que no es sino un monstruoso engendro de las conciencias atormentadas por remordimientos sin amor... Y se persiste en *ignorar* al Dios de la Eucaristía, Dios de amor, Dios de reconciliación total, olvidadizo de las culpas lloradas, y perdonador de pródigos que vuelven en sí.

Cristo nos describió gráficamente a este Padre, que ni presta siquiera oído a las disculpas del Pródigo humillado, sino pide a voces, lleno de alegría inmensa, la vestidura preciosa, y el calzado protector, y el anillo de nobleza, para el hijo arrepentido que vuelve a él, y manda sacrificar el ternero cebado, y celebrar un banquete con música y coros, porque siente la *necesidad* de explayar su alegría por el hijo recobrado: por el hijo que « había muerto y ha resucitado; habíase perdido y ha sido hallado de nuevo ».



XIV. Vida y dulzura

Causa nostrae laetitiae,
ora pro nobis.

Let. lauretana.

1. Tratando de las alegrías que sobre la vida del cristiano derrama el amor, no podemos olvidar a la que llamamos en la Salve, *vida, dulzura y esperanza nuestra*.

Y en efecto, el amor a la Virgen Santísima es una de las más dulces fuentes de suavidad que alegran el corazón de los que viven en el seno de la Iglesia y con el verdadero espíritu de ella.

El caudal de la caridad sale de Dios : de Dios uno, infinito, perfectísimo y dignísimo de ser amado, y de Dios *trino*, cada una de cuyas Personas presenta a nuestro espíritu nuevos títulos para reclamar todo nuestro amor.

Pero el hombre no es espíritu *puro*. Tiene también un corazón de carne, un corazón sensible, del cual brota una fuente de ternura, que es necesario encauzar para que no se desborde, inundando y arrastrando, en vez de regar y fecundizar.

A esta necesidad del corazón humano responde nuestra santa Religión, como hecha por Dios a medida del hombre, con el culto de María Santísima, Madre de Dios y Madre nuestra, y con el culto de Dios Hombre, sobre todo en los brazos de esta misma Santísima Señora. Y por este concepto abre una fuente inagotable de cristianas alegrías.

2. Ningún objeto podía haberse imaginado más a propósito que la Virgen Madre, para atraer hacia sí nuestra ternura, y darle pábulo sano, con que suavizar la vida y librarla de los riesgos que la ternura natural le produce.

No hay que olvidarlo : la ternura natural del corazón humano, está íntimamente relacionada con la sensualidad. Es un afecto sensible que nos lleva suavemente a las personas de la familia presente o posible, y parece infundida por el Autor de la Naturaleza para proveer suavemente a la conservación de la especie : de la gran *familia* humana.

Tierno es el amor de los esposos ; tierno el de los padres hacia sus hijos pequeños, especialmente necesitados de su auxilio ; tierno el amor de los hijos a sus padres, y el que une a los hermanos mientras están en derredor del paterno hogar formando un conjunto moral.

Y esa misma ternura que parece ser el conglutinante de la familia, es el principio de su segmentación y disgregación. Porque la misma ternura lleva al hijo adulto a formar otro hogar y otro foco de familiares ternuras.

Mientras el afecto del corazón obedece fiel-

mente a los designios de la Naturaleza, carece de peligros y es al contrario fuente de íntimas dichas. Pero como la sensualidad tiende hacia sus objetos sin previa consulta de la razón, engendra frecuentemente esos falsos lazos cuya finalidad no es la familia, sino puramente el placer.

Este es el gran peligro de la juventud, y la materia de su más recia y necesaria lucha. Y el remedio más eficaz para evitar aquél y facilitar ésta es la derivación del amor tierno hacia los sagrados objetos que nos ofrece nuestra Religión.

3. La ternura desbordada de su cauce legítimo, es origen de las mayores tristezas que amargan la vida; y al contrario: encauzada por el espíritu cristiano, multiplica sus alegrías aumentando las naturales con las sobrenaturales.

A esto se ordena de un modo muy particular, el culto y devoción, tan propios del Catolicismo, del Niño Dios y de la Virgen Madre.

¿Qué objetos se podían pensar, más aptos para atraer nuestra ternura? María, una Virgen elegida por Dios entre todas las mujeres, y bendecida sobre todas ellas; hermosea da por los más estupendos dones de la Naturaleza y de la gracia; hecha objeto de las más dulces complacencias de la Santísima Trinidad, donde el Padre celestial la mira como hija, no ya sólo adoptiva (como a los demás justos y santos), sino algo más: pues es Madre natural y verdadera de su Hijo unigénito; perte-

nece a la familia divina, concibiendo a Cristo por obra del Espíritu Santo, que de esta suerte la hace real y verdaderamente su esposa.

María es el instrumento de que la Santísima Trinidad se vale para *sensibilizar* la Divinidad, haciendo que encarne en sus purísimas entrañas, que duerma en su seno virginal y que se entronice en sus maternales brazos.

María nos muestra a Dios hecho hombre; al Verbo hecho carne; es decir : comedido a nuestra proporción y proporcionado a nuestra medida, para que le podamos ver, y besar y abrazar y acariciarlo enterneciéndonos con él, como lo hacemos con un precioso niño.

4. ¡Qué misterios, aquellos en que el Cristianismo nos presenta a Jesús en los brazos de María! ¿Qué cosa se pudo desear ni imaginar más suave y tierna que esas festividades que cada año, en el rigor del invierno, celebramos, conmemorando el Nacimiento de Jesús?

Todo el pueblo cristiano, sin exceptuar aquellos que la herejía ha apartado del recto camino, o el cisma ha arrancado a los brazos de la Iglesia; se congrega por Navidad en torno de la más humilde forma de cuna en que pudo nacer el más pobre y desamparado de los hombres.

Navidad es la fiesta de los pobres, y en ninguna ocasión tiene el mendigo más seguridad de hallar abierta la puerta y la mano del rico. Navidad es la fiesta de los niños, que ven divinizada la niñez y gozan en torno del

Portal de Belén todas las alegrías de la inocencia. Navidad es la fiesta de la ternura. Y quien con estas fiestas no la experimenta, bien se puede decir que tiene el corazón petrificado o fosilificado por los sedimentos del materialismo.

La Navidad nos presenta juntos a Jesús y María; unidos con el lazo íntimo de la filiación y la maternidad. Pero otras festividades nos los presentan separados para que se concentren más especialmente en uno y en otro nuestros tiernos amores.

5. La *Concepción Inmaculada* nos pone ante los ojos toda la belleza celestial de esa Virgen, vestida del sol, cuyo escabel es la plateada luna, y que ciñe su cabeza con diadema de estrellas; esa Virgen, planeada por Dios desde la eternidad; «obra de siglos», como la llama algún santo; como si Dios no hubiera podido *improvisarla*, sino hubiera meditado durante siglos su plan y hermosura, Él que dijo en un instante: Hágase la luz, y la luz fué hecha, y resplandeció con toda la pompa de sus brillos y colores que hermocean todas las cosas!

No han faltado espíritus, no sé si ciegos o hipócritas, que nos reprendieran el culto de la Madre sin el del Hijo; el de la virginidad separado de la maternidad. Pero esto es pura necedad y desconocimiento de la limitación del humano espíritu, el cual, para profundizar en el conocimiento de un objeto ha de proceder por análisis y síntesis.

Veneramos a parte a la Virgen *Inmaculada* y a la *Madre* Virgen, para aplicar nuestra consideración más intensamente a cada una de sus prerrogativas. Ni olvidamos en el culto de la *Inmaculada* al Hijo divino, que es toda la *causa* de esa pureza sin mancha, que nos atrae y enamora.

¡Oh juventud, sedienta de belleza; y a quien esa sed derriba tantas veces a los baches inmundos de la tierra! Pon los ojos en esa hermosura soberana, dotada de tal virtud que, como el rayo solar, purifica cuanto alumbra.

El amor de María nos levanta de la tierra, nos conduce a Jesús, y por la Humanidad de Cristo, a su divinidad. Esta es, para los cristianos, la verdadera *escala de Jacob*: de María a Jesús, de Cristo hombre a Cristo Dios, de Jesús a su Padre celestial!

6. Quien anda por este camino nunca puede errar, nunca puede dejar de subir, cada vez más alto. Y en esa ascensión va acompañado del amor, que suaviza todos sus trabajos y le inunda con las más puras alegrías.

Tu Concepción inmaculada, oh Virgen, Madre de Dios, (canta la Iglesia), *gaudium anuntiavit universo mundo* — trajo a todo el mundo el Evangelio de la alegría!

Con alegría celebremos la Natividad de la bienaventurada María... Oh gentes redimidas, aplaudid a la vida que se nos da por la Virgen...!

¡Oh qué alegrías gozaban los santos, y gozan ahora las almas buenas y llenas del ver-

dadero espíritu de la Iglesia, en todas estas solemnidades de la Virgen! Cuántas dulzuras sacan continuamente de su devoción.

Tres veces al día en medio de los campos, se oye la campana de la iglesia que saluda a María, y excita a todos los fieles a acordarse y dar gracias de estos sagrados misterios, especialmente, del de la Encarnación: origen de todas las grandezas de María y de todos nuestros verdaderos bienes.

Pues ¿por qué esa campana no sirve ya para llevar la alegría a los corazones de los pueblos; ahogada por la sirena de la fábrica, que llama a la servidumbre del trabajo, a la sujeción de la necesidad urgente, que atrista y ennegrece las almas?

Y ¿por qué, por lo menos, al terminar ese trabajo enojoso, no se reúnen las familias cristianas en la libertad íntima y amorosa del hogar, y rezan el Rosario a la Virgen, haciendo florecer con esa guirnalda de rosas la alegría doméstica, por lo menos hasta que vuelva a sonar la estridente señal de la servidumbre?

Las más altas creaciones del arte cristiano se han consagrado a presentarnos a esa Virgen amabilísima, que debería ser centro de nuestros amores, para serlo de nuestras alegrías, para ser como le decimos, *vida y dulzura y esperanza nuestra*. Empléense las artes gráficas en reproducir por millones esas obras del arte, y la imagen bellísima de la Virgen Madre (Rafael, Murillo) presida en todos los hogares, en todas las habitaciones, en todos

los talleres, y haga brillar en todas partes el Sol de nuestra alegría, que lleva en sus brazos o en su seno; y disipe esas nubes de tristeza que se apesgan sobre el aire mefítico de nuestras modernas sociedades.

¡ Oh alegría de Israel ! ¡ Honor de nuestra raza ! Enseñad, Señora, a nuestro pueblo, que tantas alegrías gozó en otros tiempos en vuestras solemnidades y fiestas, a alegrarse en vos y en las cosas del cielo, y arrancadlo a esotras diversiones vanas y corruptoras, que dejan seco su corazón y devastado su espíritu.





XV. Fraternidad universal

Quam jucundum habitare fratres in unum. Ps. 132

1. Los nombres amor y amistad se reservan en el uso común, para dos especiales formas de lo que estas dos palabras propiamente significan : el amor, para el afecto que forma la humana familia; la amistad, para el lazo que une, sin orden a un vínculo familiar, las almas que se *conglutinan*; para usar la palabra que emplea la Escritura, al hablar de una de las más íntimas amistades : la de David y Jonatás.

En realidad, cuando hablamos de las alegrías del *amor*, comprendemos ambos afectos : todo lo que llaman los filósofos amor de *benevolencia*, que es el que propiamente une las almas; comoquiera que, donde el amor es de concupiscencia, o tiene mezcla de ella, se propone por fin a sí propio; tiene algo o mucho de egoísta, y más que a las alegrías lleva a los sinsabores y pesadumbres.

Es otro amor desinteresado; esa unión de los corazones, tan espiritual que por ningún lado toca a la tierra : la *amistad*, que no pro-

cura sino el bien del amigo, y lo mira como su mayor contento; ésa es la fuente de las alegrías del amor, y esa fuente no sólo tiene un caño principal, que es el amor de Dios, sino infinidad de poros por donde rezuma, de tal manera que, bien podemos decir que, lo característico de la vida cristiana, es ese amor, esa amistad general, esa universal fraternidad, que ya en los primeros tiempos de la Iglesia excitaba la envidia de los gentiles, los cuales exclamaban al ver la caridad de los cristianos :
¡ Mirad de qué manera se aman !

2. Los antiguos fieles se daban generalmente el nombre de *hermanos*. De esa costumbre quedan huellas en la liturgia y en el uso eclesiástico de llamar *hermanos* a los fieles, que a su vez llaman *padres* a los sacerdotes.

Pues, si dice el salmista con exclamación :
¡ Ecce quam bonum et quam jucundum habitare fratres in unum ! Mirad cuán bueno y alegre es habitar unidos los hermanos; ¿ qué fuente de alegría y vida agradable no ha de ser, en la Iglesia católica, esta caridad fraterna que une con apretado lazo a todos los fieles?

Los antiguos declaraban que se podía tener por dichoso el que hallaba en el mundo un *amigo* : un alma que le amara, no con amor de concupiscencia, interesado, sino con ese amor de benevolencia que hace del amigo *otro yo*, y mira su bien como bien propio.

Pues ¿ qué felicidad no gozará el cristiano, que no tiene uno o dos o veinte amigos, sino

se halla unido con una innumerable congregación de ellos, con ese afecto purísimo e intensísimo, que es la caridad cristiana, la cual va directamente hacia Dios, y rebota desde allí esparciéndose por toda la tierra y abrazando a todos los prójimos?

3. Y no se limita a los hombres que viven y pelean entre las impurezas de la vida presente, sino extiéndese a todos los *santos*, esto es : a todas las almas unidas con Dios por caridad.

El dogma católico de la *Comunión de los santos*, bien entendido y meditado, debería ser para nosotros una fuente inagotable de constante alegría.

¡ Oh, que no tengo uno o dos o cien amigos ; y éstos tal vez de baja condición ; sino estoy unido con lazos de sincerísima amistad con todos los ángeles santos, con todos los bienaventurados que gozan de Dios en el Cielo, con todas las almas santas que esperan su visión en el Purgatorio, y con todos los justos que viven en la tierra ! Todos ellos me miran como amigo, como hermano, y se alegran de todos los bienes que tengo, y me desean todos los que necesito, y cada uno en su manera, me los procura con toda eficacia.

Y con la mayor y mejor parte de estos amigos míos, me puedo comunicar siempre que quiero, por medio de la oración : puedo invocar su auxilio, desahogar con ellos mis penas, y hacer que se presenten por mí a la divina Majestad e intercedan por mí.

Ha habido santos y personas piadosas, que tenían una admirable familiaridad con su ángel custodio, como entre otros se refiere del B. P. Pedro Fabro, de la Compañía de Jesús, del V. P. Baltasar Alvarez y de otros muchos. Y si no todos podemos gozar de sus favores extraordinarios, todos podemos compartir esta dulce intimidad, que consiste en recurrir a nuestro ángel custodio con suma familiaridad y confianza, en todas las ocasiones, como certísimos de que nos atiende, pues hace en esto la voluntad de Dios que le dió cargo de nosotros.

¡Qué grande consuelo y descanso es, tener siempre junto a sí, a una persona amada con quien comunicar nuestros pensamientos y consejos y compartir nuestras preocupaciones y pesadumbres! Pues este bien lo poseemos todos los que tenemos viva fe en la asistencia de los ángeles de la guarda.

4. También nos enseña nuestra santa Religión, que los Santos interceden por nosotros y oyen y escuchan nuestras oraciones.

Y aunque esto sea común a todos los santos, y santas sean todas las almas que están gozando de Dios en el cielo; la Iglesia nos designa un gran número de ellos, de quienes sabemos de cierto que lo son (pues la Iglesia es infalible en la canonización de los santos, la cual no es más que la *declaración* auténtica de que están gozando de Dios). Y entre esos santos canonizados o propuestos a nuestra veneración por la Iglesia, los hay de mu-

chas clases diferentes : reyes y artesanos, ancianos y niños, doncellas y guerreros : personas de todo sexo y edad y profesión y carácter ; para que todos hallemos entre ellos algunos que, por su semejanza con nosotros, nos atraigan más e inspiren mayor confianza para acudir a ellos en demanda de su intercesión y amparo.

Ningún cristiano, por tanto, puede lamentarse de que vive aislado, u olvidado o falto de amigos y favorecedores. Al contrario : todos podemos exclamar justísimamente, con el Salmista : ¡Oh cuan provechoso y alegre es, habitar en compañía de buenos hermanos! Esto da suavidad a la vida, como los más suaves ungüentos suavizan el cabello y la barba.

5. No es esta amistad y fraternidad de que gozamos los cristianos, como las amistades del mundo, falaces y llenas de peligros. Engañosas porque os faltan al mejor tiempo y cuando más las necesitáis ; y peligrosas, porque los vicios y malas inclinaciones de los amigos se atraen mutuamente y empujan hacia el mal.

«Mientras seas afortunado — lamenta un poeta gentil — tendrás muchos amigos. Mas si se nubla el cielo de tu fortuna, te verás solo y desamparado». Para nosotros no acontece así, sino todo lo contrario.

Porque, cuando navegamos viento en popa, empujados por el soplo de la fortuna, no solemos acordarnos y acudir tanto a estos amigos fieles con que nos junta la caridad cristiana. Pero cuando nos visita la adversidad, enton-

ces finalmente nos acordamos de ellos, los buscamos y hallamos su favor y gozamos de su trato.

Aun mientras viven en este mundo, y están rodeados de sus propias miserias y enfermedades, los santos son los más amables de los hombres. Son los únicos de quienes siempre estáis seguros de que os atenderán, os recibirán con amor y harán por vuestro bien cuanto puedan: especialmente rogando a Dios que acuda a vuestras necesidades. Pues ¡cuanto mayor no será la caridad y amabilidad de estos mismos santos, cuando ya están viendo a Dios cara a cara; libres de sus pesadumbres, y más vivamente interesados por la salvación de los que todavía andamos luchando en el estadio y certamen de nuestra vida!

En los santos tenemos, pues, una segura protección, una amistad amorosísima, la cual se avalora todavía más y ha de contribuir a alegrarnos por la excelencia de esos amigos nuestros, que no son sabios o poderosos de este mundo, sino almas que están viendo a Dios y recibiendo el claro resplandor de su infinita sabiduría, y cortesanos del cielo, que gozan el mayor valimiento de su Omnipotente Soberano.

6. Es uno de los recursos con que más frecuentemente procuramos sacudir la tristeza, el acudir a la sociedad de nuestros amigos, o conocidos, para distraernos con su conversación y trato. Pero este medio no siempre está en nuestra mano; y la conversación mundana

aun cuando de momento nos distrae, raras veces nos deja sabrosos y consolados y con verdadera e íntima alegría.

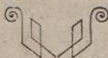
Por el contrario, a la conversación de los santos podemos acudir siempre: ya sea por la oración que les dirigimos, ya leyendo los libros de los muchos que los escribieron.

Leamos los libros más afectuosos de S. Agustín, S. Crisóstomo, S. Bernardo; de Sta. Teresa, S. Francisco Javier, S. Francisco de Sales, y tantos otros, en cuyos tratados cartas o apuntes espirituales nos ha quedado impreso su espíritu, lleno de luz, de caridad y de dulcedumbre; y esa conversación nos recreará y alegrará más que todas las peligrosas diversiones que el mundo nos ofrece, para embriagarnos un rato, dejándonos después más desabridos y desolados.

Y aunque no los conozcamos o no nos sea dado tratar con ellos, consolémonos pensando con frecuencia, en el gran número de hermanos santos que tenemos en la Comunidad cristiana: religiosos encerrados en sus monasterios, misioneros desterrados por su caridad en las más apartadas regiones, donde procuran buscar las almas para Cristo; y generalmente millones de almas buenas, que diariamente ruegan a Dios por nosotros y por todos los demás hermanos con quienes los unen los vínculos amplísimos y estrechísimos de la cristiana caridad.

Sólo este pensamiento: que formamos parte de este Cuerpo místico de Cristo, y tenemos tantos y tan excelentes hermanos, con quienes

hemos de ser un día felices, basta para sacudir toda tristeza, y llenarnos de alegre fervor para conquistar nuestro puesto en aquella bienaventurada compañía.





XVI. El culto católico

Laudate eum in cymbalis
jubilationis. Ps. 150.

1. He aquí una fuente copiosísima de alegría, hoy poco explotada, pero que en otros tiempos llenó de regocijos la vida de los pueblos.

La Iglesia católica realizó en la Edad Media un prodigio en que no se ha parado suficientemente la atención : con dos pueblos *tristes* formó un pueblo *alegre*.

Nada más triste que la sociedad romana decadente, cual la encontró la Iglesia católica. Los espíritus habían llegado a dejarse avasallar por la tristeza de tal suerte, que los paganos ponían fin a su vida por el suicidio, y los cristianos huían a las soledades y buscaban en la vida monástica un refugio contra aquella sociedad y cultura paganas, que a todos se habían hecho intolerables y aborrecibles.

Por otra parte, los pueblos germánicos no eran tampoco alegres. Su religión era tenebrosa como las prolongadas noches de invierno en sus bosques del Norte. Sus númenes se deleitaban en la matanza, y ellos no conocían más expansión que la lucha o las orgías acompañadas de crueldades y borracheras.

Pues bien : con tan adversos ingredientes, la Iglesia fabricó el pueblo más alegre de que habla la Historia : la sociedad medioeval, dura todavía y áspera, pero llena de alegría, que rebosaba hasta en las situaciones más serias.

La *caricatura* que se retorció en los capiteles de las columnas y en las gárgolas de los tejados, mezclaba la hilaridad, aun en el templo, con las fiestas de locos, y en la escuela, donde se transformaba en regocijada fiesta hasta la recolección de las varas, que se habían de romper en las costillas de los discípulos.

La Poesía popular medioeval es la más alegre y retozona de todas las literaturas. El pueblo sufría ; pero se solazaba con las alegrías que le brotaban del corazón.

2. Y la fuente de esas alegrías, hoy tan olvidadas, era el *culto católico*.

Las fiestas y solemnidades de la Iglesia son las únicas verdaderamente populares, a las que se convida a todos los fieles sin distinción de clases ni categorías.

No entran en ellas los favorecidos de la fortuna, dejando a la puerta a la plebe hambrienta y desarropada ; sino todos son llamados. « Id, dice el Padre de familia del Evangelio, a las salidas de los caminos, y a cuantos hallareis, convidadlos al banquete de bodas. » (Mat. XXII, 10). Y esta misma comunidad de todos en la fiesta, producía una expansiva alegría.

Ahora una de las preocupaciones más graves de los que gobiernan ha de ser, ofrecer al pue-

blo diversiones que no le corrompan ni enerven, sino le devuelvan la elasticidad disminuída por el trabajo y la concurrencia social. En los tiempos en que la Iglesia dirigía a los pueblos, este problema se había resuelto.

En las amplísimas naves del templo se reunían todos, ricos y pobres, altos y bajos, y allí se prodigaban todos los recursos de las artes, que renacían y se desarrollaban espléndidamente al calor del santuario.

No era aquel un teatro de tramoyá como los actuales. Era un edificio de granito a cuya construcción habían contribuído todos; donde todos habían puesto lo sumo a que alcanzaba su cultura.

Allí nacía la escultura moderna, poblando los pórticos de estatuas y animando con ellas todas las partes del edificio. Sobre el altar se desplegaba el tríptico, donde la pintura se ensayaba para poner ante los ojos los misterios de la fe y las hazañas de los santos. En torno de las naves corrían los pintados frisos, con procesiones de vírgenes y mártires, y las cristalerías de colores derramaban en el interior toda la variedad de matices que la luz del día contiene en sus hebras.

En el templo se enseñaba al pueblo lo que sobre todo necesita saber : lo que le hace más verdaderamente culto y feliz, que toda la enseñanza libresca de las modernas escuelas. Allí se le consolaba en sus aflicciones, se le entusiasmaba con altos ideales. Allí cantaban sus himnos, en que daban sus primeros vagidos

las lenguas modernas, y allí representaban sus *pasos* y *misterios*, que habían de producir un nuevo teatro.

Y de allí salían todos con el entendimiento instruido, la voluntad mejorada y el corazón lleno de alegría para llevarse a su casa y conllevar con ella alegremente las penalidades ajenas a la existencia humana.

3. Pero no hemos de lamentar aquí la pérdida de aquella antigua alegría popular, sino volver a abrir las fuentes, hace tiempo cegadas, de ella. Pues si no está en nuestra mano volver hacia atrás la rueda de los tiempos y resucitar las costumbres antiguas, lo está siempre para cada uno, ir a beber, para su uso particular, en aquellos manantiales, donde en otro tiempo bebía y se saciaba todo el pueblo cristiano.

En el culto católico se reúnen muchas causas de alegría de que ya hemos hablado en los artículos anteriores. La oración, las divinas alabanzas; la memoria de nuestro eterno y felicísimo destino, con que se avivan nuestras esperanzas; las alegrías del Sagrario y la dulzura del trato con los santos: todo ello mejorado y ayudado por los esplendores del culto público, y fomentado por la solidaridad de muchos hermanos, que oran y cantan llenos de unos mismos sentimientos.

La predicación cristiana puede, y debe contribuir poderosamente, a que los fieles saquen del culto público esa impresión de gozo, esa alegría íntima, que los prepara para llevar al

cabo todas las empresas de la virtud. Ya es hora de despojar la predicación del ceño jansenístico, y de hablar a los fieles principalmente, del Cielo a donde han de ir, de las fuentes del Salvador, donde brota abundantemente y se ofrece de balde a todos el agua de la gracia y el aceite de la alegría; atribuyendo el lugar *subsidiario* que les corresponde, a las terribles verdades del infierno y la condenación, que más falta hacen a los que no se acercan a la iglesia. De esos castigos se debería hablar en los cines y en los teatros o en las plazas de las grandes ciudades. Pero ya que, desgraciadamente, no podemos hacer que llegue allá nuestra voz, no angustiemos a los que van a la iglesia, con los pecados de los que huyen de ella, ni imitemos a aquellos predicadores malhumorados, que reprenden éspidamente a los que acuden, porque son *poros* (como si los pocos fieles tuvieran culpa en la infidelidad de los demás), con lo cual consiguen que sean menos en el próximo sermón.

4. De las alegrías que se encierran en la Sagrada Eucaristía, cuya celebración es el centro y como el corazón del culto católico, ya hemos dicho algunas cosas. Pero ¡qué aumento no podemos conseguir en estos interiores gozos, cuando los compartimos con gran número de nuestros hermanos! Las *comuniones generales*; sobre todo, la *primera Comunión* de los niños, a los cuales acompañan sus padres y amigos y otras personas mayores; las *misas primeras* de los nuevos

sacerdotes ; qué solemnidades tan llenas de las más puras alegrías !

No es menester entretenernos en ponderar estas cosas con palabras. Basta despertar el recuerdo de los que una vez las han gozado ; pues los que no han gustado estos espirituales regocijos, tampoco comprenderían nuestras ponderaciones. A los tales sólo podemos decirles : Probadlo y lo veréis, y luego nos diréis sinceramente, si pueden compararse con esos gozos, los deleites que alguna vez se hallan en las turbias fuentes de las diversiones mundanales.

La parte principal del culto son los *sacramentos*, y como son siete fuentes copiosísimas de gracia, así lo son también de gozo espiritual y alegría efusiva, cuando se contemplan con los ojos de una ilustrada fe.

5. *Ilustrada*, decimos ; pues las cosas espirituales no se gozan si no se conocen ; y hay muchas personas que no obtienen todo el consuelo que en estas cosas se halla encerrado, porque su conocimiento de ellas es por demás superficial e imperfecto.

El que ha de asistir a una ópera, se previene leyendo el *libretto*, porque si no entiende la acción, habrá de limitarse a la audición imprevista de la música. Pero ¿cuántos son los fieles cultos, que toman esa precaución antes de asistir a las ceremonias más solemnes del culto católico, llenas de sentidos simbólicos, ennoblecidas por su historia y fecundas por sus sobrenaturales efectos : todo lo cual igno-

ra quien no las estudia, privándose con ello del sabor secreto que encierran!

¿Qué cosa más devota se puede hallar, o cual que así llene el corazón de suave alegría, que considerar los misterios del Bautismo, bajo cuyas ceremonias litúrgicas se realiza la elevación de un alma a la divina dignidad de hijo de Dios, que la hace heredera de una gloria incomprensible, y la adorna de dones inestimables? La misma bendición de la Pila bautismal, para quien conoce la historia de nuestro sagrado culto y las enseñanzas dogmáticas acerca del bautismo, está llena de los más elevados conceptos y de los sentimientos más confortantes.

Ahora se habla mucho, como de cosa modernísima, de la *dignidad del niño*; de *su majestad el niño*, etcétera, etc. Y se pretende ver en esto uno de los grandes progresos morales de la civilización moderna. Pero ¿qué tiene que ver todo ello con la dignificación y divinización del niño que recibe el bautismo, conforme a las enseñanzas de la Religión católica?

Y lo que decimos del Bautismo pudiéramos decir de la Confirmación, que arma al cristiano y le hace apto para *luchar con alegría*, como dejamos dicho (1).

(1) Donde la Confirmación se administra en la tierna niñez, como en España, no se le da la importancia y solemnidad que donde se administra a los adolescentes, previa una preparación muy detenida en el Catecismo. El efecto sobrenatural es el mismo, y en administrarla temprano hay otras ventajas.

6. El Sacramento de la Penitencia, tan temido de los mundanos y al parecer de ellos, triste, encierra alegrías tan íntimas que a veces brotan al exterior y se delatan en forma de lágrimas suavísimas. Los que por una verdadera penitencia, han regresado a los brazos del Padre celestial, saben bien que la alegría que entonces gozaron vale más que todos los furtivos deleites que habían saboreado pecando.

El mismo sacramento de la Extrema Unción, que parece triste a la carne, porque anuncia la disolución de sus lazos, no lo es a los ojos de la fe, que ve en él garantizada la alegría en la muerte. Pues la Extrema Unción nos libra de lo único que pudiera enturbiarla, que son las reliquias de las pasadas culpas.

El Orden sagrado, aunque es fuente de alegría principalmente para los que lo reciben, la comunica a todo el pueblo fiel, que ve en la ordenación sacerdotal la multiplicación de los Ministros del Evangelio, que han de llevar la paz y la alegría a todos los extremos de la tierra. Y para que todo el pueblo participe de este gozo, le manda la Iglesia que se asocie a esta obra sublime, por las *témporas*, o tiempos de oración y mortificación, en que pedimos a Dios que multiplique sus excelentes Ministros.

Finalmente, el Matrimonio, donde tantos míopes o ciegos no ven más que motivo de jolgorios pasajeros, cuando no pecaminosos, es a los ojos del cristiano, la fuente de la fa-

milia pura, centro de alegrías santas, por cuanto eleva y supernaturaliza el amor conyugal y paternal, que son los lazos más estrechos que mantienen unida la sociedad humana.

Sobre cada uno de estos puntos se podría escribir una larga consideración, amplificando los motivos y moviendo los afectos de alegría, escondidos en estos riquísimos mineros del Culto católico. Pero basta para nuestro objeto presente, descubrir estas fuentes. Cada uno podrá fácilmente por sí mismo, sacar de ellas cuanta alegría le haga falta para pasar suavemente su vida.

7. Mas no queremos terminar este punto sin advertir la gran necesidad de algunos pseudo-sabios, que se han atrevido a contraponer el culto católico a los paganos, sobre todo griegos, como si éstos hubieran sido muy alegres y el católico, por el contrario, triste y angustioso. ¡No puede mostrarse mayor desconocimiento de lo uno y de lo otro!

Que en el culto católico no hay tristeza, sino abundante alegría, ya lo hemos visto. Al contrario, en los cultos paganos, helénicos, no había alegría ninguna para los que los practicaban. Sus dioses sí, se decían muy alegres; pero reservaban la alegría para sí y, como dice Homero, repartían a manos llenas los males a los mortales míseros.

Aquel era un culto triste de dioses alegres, mientras el nuestro es un culto alegre de un Dios crucificado.

¿Qué alegrías podía comunicar a sus devo-

tos un Júpiter armado de rayos, o una Diana, que asaeteaba a los hombres, o una Minerva armada de guerrero casco? Venus no ofrecía sino brutales deleites, que nada tienen que ver con el sentimiento religioso, y si Apolo cultivaba las artes, no las comunicaba sino a pocos favorecidos, y era capaz de envidia de los que en ellas sobresalían, como el desdichado Marsias.

Aquellos dioses no eran sino personificaciones parciales de la vida. Su culto no penetraba la existencia humana, sino era un accidente de ella. El ánimo se dirigía a cada divinidad según el sentimiento que lo poseía: no era la Divinidad la que se lo comunicaba.

Además, aquel culto era por extremo monótono, formal, externo. La veneración de los dioses helénicos y romanos, no era sino un negocio de interés: se acudía a un dios cuando se necesitaban sus servicios, casi como ahora acudimos a un médico o a un abogado.

El Culto católico, por el contrario, llena toda la vida del cristiano, tiene acentos para todos sus estados anímicos, remedios para todos sus males y necesidades. Y acrecienta su alegría con la perpetua variedad de su ciclo. Por lo cual se dice en un himno litúrgico, que hace sucederse unos tiempos a otros para evitar el fastidio, la saciedad, con que todas las cosas de esta vida acaban por enojarnos y entristecernos.



XVII. El crepúsculo del Calvario

Tristitia vestra vertetur in
gaudium. (Joan. XXI, 20):

1. A alguno de nuestros lectores se le habrá ocurrido que cuanto dejamos dicho del culto católico, adolece de parcialidad en su consideración. Pues si el culto tiene solemnidades alegres también las tiene tristes, y por ventura son éstas las que más impresión producen en los ánimos, y por ende, han de contribuir a dar a la vida cristiana, antes un tinte sombrío de resignada *tristeza* o melancolía, que esa alegría habitual que nosotros pretendemos.

En realidad, en algunas épocas, espíritus por otra parte piadosos, se han inclinado a esos sentimientos melancólicos. Pero si analizamos las causas de ellos, hallaremos que no procedían de la religión cristiana, sino de las circunstancias difíciles de la época en que tales sentimientos dominaron.

Cuando el mundo romano se desplomaba hecho pedazos a los embates de los germanos, y todas las manifestaciones de la antigua cultura se sumían en el ocaso de la barbarie; la

tristeza de aquellas ruinas se pegó a las concepciones religiosas de muchos cristianos y les comunicó ese tinte sombrío. Asimismo, cuando el Catolicismo renacía después de las bacanales de la Revolución, y hallaba los templos desolados, las instituciones históricas despalmadas y toda la sociedad perturbada y fuera de quicio; una melancolía semejante invadió los ánimos de los románticos, que volvían hacia la Edad Media cristiana una mirada llena de dolorosas añoranzas.

Pero hay que repetirlo: esa melancolía no era lo que el Evangelio traía consigo, sino lo que hallaba en el mundo, producido por bien contrarias causas.

2. Conforme al espíritu del Evangelio, *una sola cosa* hay triste y digna de entristecernos a tiempos: el *pecado*; en cuanto ofensa de Dios y manantial de todas las humanas miserias. Pero ya hemos dicho que la penitencia, aunque nos ha de arrancar lágrimas de contrición, no ha de arrancar de nuestros corazones la alegría, sino al contrario; destruyendo las causas que la turban, la ha de hacer florecer con nueva pujanza.

Este mismo sentido tienen todas las partes del Culto católico que ofrecen un aspecto doloroso y procuran mover en nosotros sentimientos afines. El común denominador de todos estos sentimientos es *dolor por el pecado*; el cual no sólo no es fautor de la tristeza, sino productor de las más puras e intensas alegrías.

En la Naturaleza vegetal acontece que el invierno quita a las plantas su frondosidad y verdor, y las cubre con fría capa de nieve. Pero esto no las mata, sino las hace arraigar más fuertemente y brotar luego con mayor lozanía.

Un efecto semejante producen los misterios cristianos que podríamos llamar *tristes*, por la impresión inmediata que causan en nuestros ánimos; como las escenas de la Pasión del Salvador y los Dolores de su Santísima Madre.

El quedarse abismado en la tristeza de tales misterios, es no entenderlos sino a medias; a la manera de las Santas Mujeres del Evangelio, que lloraban a Cristo muerto, porque habían olvidado su promesa de que había de resucitar al tercer día.

3. El crepúsculo del Viernes Santo es precisamente la más clara ilustración de la manera cómo los cristianos hemos de llevar las más crueles adversidades, con dolor, pero no con abatida tristeza.

En la cima del Calvario pendía el cuerpo muerto de Jesús: la cabeza inclinada sobre el pecho exangüe, coronada todavía de las espinas; los ojos cerrados por la muerte, todo el cuerpo ensangrentado por los pasados tormentos y taladrado con las crueles llagas. Al pie de aquella cruz, la Madre dolorida estaba en pie como una imagen de la resignación y la fortaleza... Pero esto era lo que veían los sentidos. La fe veía ya en torno del enlutado Calvario una escena del todo diferente: el

alma santísima de Cristo, desde el momento mismo en que se separó de su cuerpo por la muerte, comenzó su divina glorificación. Los ojos de la carne no veían más que el luto y las huellas de los pasados dolores ; pero los ojos del alma contemplaban el triunfo del Señor, su glorioso descendimiento a los infiernos como vencedor de las potestades terrenas, la liberación de todas aquellas almas justas, que durante siglos, algunas de ellas, habían estado aguardando aquel momento dichoso.

El momento en que llegan a su colmo los dolores del Redentor, es el que anuncia el término de ellos y el principio de sus glorias. La fe no suprime totalmente el dolor del Calvario, pero le quiebra su amargura, porque pone ante los ojos del alma los triunfos que aquellos tormentos y afrentas están preparando.

4. De ahí la distancia inmensa entre la Virgen de los Dolores y la pagana Níobe, herida por los dioses. Níobe es presa de un dolor sin consuelo, porque se siente abandonada por el cielo y la tierra. Es el dolor sin esperanza de los condenados. Pero María, aunque llora con sentimiento tiernísimo los dolores y afrentas de la Pasión de Cristo, está iluminada por la viva fe en su triunfo espiritual y en su próxima y gloriosísima resurrección.

El Evangelio reprende el dolor excesivo de aquellas piadosas mujeres que acompañaban a Cristo y, después de su muerte en la Cruz, le lloraban inconsolables, y aún el domingo por la mañana «buscaban entre los muertos al vi-

vo»; y los Santos Padres las culpan de falta de fe; porque verdaderamente, aunque sin consciente culpa, no tenían fe viva en su resurrección, que tantas veces les había predicho.

Ahora bien : al cabo de XX siglos, todavía hay cristianos que imitan, no el dolor de María, sino el abatimiento de aquellas santas mujeres, reprendido amorosamente por los ángeles de la resurrección.

El dolor de María se asemejaba más bien a las penas de Cristo; el cual, aunque real y verdaderamente padeció y se entristeció en su humanidad, lo hizo de tal manera, que la parte superior de su alma santísima no perdió nunca la vista clara de Dios, con quien estaba personalmente unida, y por ende, conservó siempre la bienaventuranza esencial, propia de los que gozan de aquella vista. Padecía cruelmente en su carne y en sus potencias interiores; pero en la cima de su espíritu brilló siempre indeficiente el sol de la beatitud, nacida del conocimiento y amor de su Padre celestial.

Con alguna semejanza, la Virgen Santísima de tal manera sintió los crueles dolores de su *compasión*, que nunca le robaron la serenidad de su fe, ni turbaron el claro conocimiento que tenía de la divinidad de su Hijo, de su bienaventuranza esencial y de la gloria que comenzaba a gozar su Alma santísima desde el instante que expiró en la Cruz.

5. Había pues, en el alma de María, dos afectos simultáneos, que hemos de procurar

imitar en las situaciones dolorosas de la vida. En la parte sensible padecía un dolor cual no ha sufrido otro corazón humano ; aquel dolor que hacía exclamar a Jeremías : «¿A quién te compararé, hija de Sión? ¡Pues tu dolor es vasto como el mar!» Pero al propio tiempo, su espíritu estaba en lo más íntimo, lleno de fe, de fortaleza y de alegría por la gloria y gozo de su Hijo Jesús.

No es, pues, propia del espíritu cristiano la desalentada melancolía romántica ; pues el cristiano, no estima las cosas de este mundo de suerte, que la consideración de su fragilidad le pueda ennegrecer el alma ; y por otra parte, tiene sumo aprecio de los bienes espirituales, que sabe certísimamente que nadie le puede quitar.

De ahí nace su verdadero espíritu, que es de alegría, de segura confianza aun en los trances, a los ojos del mundo, más desesperados.

Se cuenta de un antiguo monje, el abad Deícola, que andaba siempre alegrísimo y reventándole la risa en los labios ; y preguntado por qué estaba en todas las ocasiones tan risueño, contestaba : Porque pienso que *nadie me puede quitar a mi Dios!*

No excluye esta alegría, la tristeza sensible, por las propias penas y por la compasión de las ajenas. Pero esa tristeza puede coexistir perfectamente con la alegría interior, que no faltó a la Virgen santísima en el Calvario, ni a Cristo nuestro Señor en la Cruz.



XVIII. Alegrías comunes

Omnia enim vestra sunt.

I Cor. III, 22.

1. Hasta aquí hemos tenido puesta la atención en las fuentes de alegría que, por una parte, son propias de los cristianos; son *nuestras*; y por otra, están patentes a todos los que viven de nuestra misma fe y profesan fervorosamente nuestra sagrada religión.

Pero esto no quiere decir que los cristianos estemos excluidos de las alegrías comunes a los demás hombres; antes bien, no sólo participamos de ellas, sino les añadimos nuevos atractivos.

El Cristianismo (digan lo que quieran los que no lo conocen o no lo profesan) no *suprime* ninguna alegría verdadera, antes las *purifica* todas y las *eleva*, dándoles permanencia y universalidad.

2. Y en primer lugar, reconocemos de buen grado que, aun los no cristianos, pueden gozar las alegrías propias de la vida de familia; las que nacen del amor y familiaridad entre padres e hijos, esposos y hermanos.

Pero ¡cuán mejoradas y acrecentadas que-

dan estas fuentes de alegría en la familia cristiana! Sobre todo si vive llena del espíritu de Cristo.

En primer lugar, el Cristianismo da al vínculo conyugal, fundamento de la familia, una intimidad casi desconocida fuera de la Iglesia, porque sólo en ésta es el matrimonio perfectamente *uno* e indisoluble.

La familia católica goza de una *seguridad* de que carece la familia protestante o laica, donde la posibilidad del *divorcio*, ha de ser siempre una nube; lejana tal vez y apenas perceptible; pero que cualquier viento de pasión puede acercar y agrandar, haciendo que súbitamente cubra y ennegrezca el horizonte de la vida. ¿Cómo puede gozar de la alegre seguridad de la familia católica; la cual no puede disolver más que la muerte?

¿Quién ponderará bastante, la radical diferencia que esta condición introduce en los lazos familiares, y consiguientemente, en la intimidad de la vida?

Además, sólo el católico considera el matrimonio como un *sacramento*; como un vínculo *santo* y santificador; como un manantial de gracia divina, destinada a suavizar las asperezas de la cruz y derramar el consuelo sobrenatural en los trances amargos de la existencia.

Al amor natural de los esposos, se añade la conciencia de la *santidad* de sus mismas caricias, que quedan, no sólo legitimadas, sino convertidas en actos de virtud: de la virtud

de la fidelidad conyugal, y santificadas por la gracia del sacramento. ¿Qué plenitud de gozo no ha de añadir esta conciencia a las intimidades del matrimonio?

3. Los hijos son para los padres cristianos, *bendición* de Dios; prendas de su amor, que los confía a los padres para que hagan de ellos ciudadanos del cielo; y los padres son para sus hijos, representantes del Padre celestial, símbolos de su infinita caridad e imágenes de su paternidad adorable.

Si alguna vez en la familia cristiana ha habido cierta dureza; cierta rigidez en la autoridad paternal y relativo encogimiento en los hijos; ha sido cabalmente por la falsa concepción con que se ha mirado a Dios, no como el *Padre celestial* del Evangelio, sino con no sé qué timidez y austeridad judaica. Pero los hijos que, en el culto, adoran a Dios como Padre amorosísimo, ¿cómo no venerarán amorosamente a los padres, que son imágenes vivientes de ese Dios?

Y no se limitan los dulces lazos de la familia cristiana a los padres, hijos y hermanos; sino se extienden a todos los *familiares* o domésticos: a los criados, dependientes, jornaleros, y a cuantos se acogen al abrigo del techo familiar.

La *fraternidad* universal de los cristianos, adquiere dentro del hogar de la familia, matices más cálidos. La humildad cristiana se traduce en llaneza del trato; la caridad se manifiesta en todo género de atenciones amoro-

sas; y todas las virtudes producen un ambiente de paz, de bienandanza y alegría, comunísimas en las familias antiguas, y que en vano buscamos ahora en los hogares modernos, desligados de los obreros por el frío contrato del trabajo, que se reduce a pagarles su jornal; desligados de los criados, que se cambian por meses, como simples mercenarios y forasteros a la familia; y desligados entre sí los miembros de ésta, por la disipación de la vida moderna, que llama al padre al casino, y al hijo al sport y a la madre a la tertulia.

La familia cristiana es el nido caliente de las alegrías más intensas e inocuas. Y las goza en un grado que no puede alcanzar, aun en los pueblos de primitiva moralidad, el vínculo meramente natural, expuesto a las quiebras nacidas de la inconstancia de los naturales afectos:

4. Las costumbres antiguas habían formado en el seno de la familia cristiana, junto con un culto doméstico, cuyo sacerdocio desempeñaban el padre y la madre; una verdadera liturgia de alegrías, en que cada tiempo del año y cada festividad de la Iglesia, traía las suyas propias, desde los regocijos bulliciosos de la Navidad hasta las fiestas de los santos patronos; desde las Pascuas hasta las fiestas populares que se suelen celebrar terminada la recolección de los frutos.

La vida moderna ha despojado a la Humanidad de una suma inmensa de inocentes alegrías, complicando la existencia, acrecentando

las necesidades, llevando a los ricos a divertirse en regiones lejanas, a unas en verano y a otras en invierno, mientras dejan a los pobres maldiciendo su fortuna en las fábricas insalubres o en las minas tenebrosas. En una palabra, destruyendo la vida familiar, en su sentido más amplio, y descristianizando las costumbres.

En medio de esa sociedad desarticulada, se nos ofrecen *recetas de alegría*, muchas de ellas vanas, y las demás *egoístas*. Porque los deleites que se pueden disfrutar en los viajes, en las visitas a los monumentos artísticos, en la asistencia a los espectáculos, etcétera, son y serán siempre para los *happy few*; para los pocos a quienes sonríe la fortuna. Pero como la Naturaleza venga indefectiblemente el quebrantamiento de sus leyes, a esos mismos *pocos*, que se tienen por dichosos, vendrá a turbarles la dicha egoísta el rugido de las plebes hambrientas que, armadas de la dinamita o la tea incendiaria, reclaman su parte en el *convite de la vida*.

Y aunque les falte razón en la *manera* de reclamarla, hay en sus reivindicaciones un fondo de justicia; porque la forma moderna de la vida ha dividido a los hombres, no en ricos y pobres (que esta división existió en todos tiempos), sino en *divertidos* y *desesperados* y esta división no se puede sufrir.

5. Ni la puede remediar cierta *beneficencia laica* que se predica ahora con nombre de *altruismo*, y con la pretensión de cifrar la

dicha de cada cual, en el bien que hace a los demás.

Este concepto es no sólo muy vago, sino *equivoco*, y es menester deslindarlo y explicarlo, para evitar los más perniciosos errores y desengaños.

Prescindamos de una escuela reciente (Mentalista), que pretende que el bien que hago a otros redundo en mí mismo por una especie de reflexión de las *ondas benéficas* que de mí parten. Esta forma de beneficencia, en vez de llamarse *altruista*, debería llamarse egoísta *por tablas* (tomando esta frase del juego del billar). Pues el mentalista benéfico, de tal manera dirige su beneficio al prójimo, que considera a éste como plano de reflexión donde repercute el beneficio para volver a su origen.

En realidad, los que ponderan las *delicias* de la beneficencia laica, se fundan en otra cosa, y tienen alguna parte de razón.

El *hacer bien* a otros es cosa *agradable* naturalmente, y ese gozo egoísta es lo que se busca en la beneficencia que no procede del espíritu de la caridad cristiana.

6. Ese deleite de *hacer bien*, lo estudió y analizó hace muchos siglos el más agudo definidor de los humanos actos: Aristóteles; y descubrió que tal deleite nace, de la «imaginación de superioridad propia» que acompaña al acto con que socorremos al prójimo.

Pero como al beneficio acompaña el sentimiento de superioridad, por el mismo caso el

que lo recibe experimenta otro sentimiento de *inferioridad*, de que desea librarse.

Por eso, aunque no sean raros los hombres que *corresponden* a los beneficios con otros beneficios, son rarísimos los que los pagan con *agradecimiento*.

La causa es ésta : que en pagar un beneficio con otro, se experimenta el sentimiento de *dignidad*, y se libra uno del molesto sentimiento de *inferioridad* que el beneficio recibido le había causado. Al contrario, *agradecer* es reconocerse y *sentirse inferior*; y como esto es molestísimo al corazón humano, de ahí que haya tan pocas personas verdaderamente agradecidas.

Por eso el que siembra beneficios, cosecha muy de ordinario ingraticudes; lo cual le amarga el gusto de haber hecho el bien, si no lo ha hecho puramente *por Dios*, que siempre paga con puntualidad todas las obras virtuosas.

Así que, esa alegría del *hacer bien* a otros, es muy problemática cuando se funda en mero sentimiento natural; y sólo la cristiana intención, que se dirige al prójimo por Dios, teniendo a Dios por objeto *primario*, y colocando en complacerle a El toda la fuerza del bien obrar; sólo esa beneficencia *cristiana* en el más estricto sentido de la palabra, es la que produce puras alegrías, y puede hacerse superior al desabrimiento que la ingraticud de los hombres le suele mezclar.

7. Prácticamente vemos, que así como en la Iglesia y en las épocas en que ha dominado

su espíritu, las obras benéficas se multiplican sin término; la beneficencia laica es escasísima. Es verdad que hay ahora, entre los multimillonarios, que no saben qué hacerse con tanto dinero (pues lo que un hombre puede gastar en provecho de su reducida personilla, tiene muy limitada tasa), hay, decimos, algunos que consagran grandes sumas a obras que *parecen* de beneficencia. Pero si nos fijamos en que esas obras llevan el nombre de sus espléndidos fundadores, y aun a veces imponen a los beneficiados onerosas condiciones; entenderemos que, más que de beneficencia, las tales obras son gastos de *vanidad* o de imposición sectaria.

No dudamos en dar este nombre, vgr., a la famosa Fundación Carnegie, que protege la enseñanza con dinero, en los Estados Unidos, bajo la precisa condición de que *prescinda* de la Religión. Dar a uno dinero para que reniegue de Dios, o de su patria o de sus convicciones, no alcanzamos qué clase de beneficencia sea. Es más bien un mercado de conciencias o una puja para obtener apostasías.

Y es que a nadie le da gusto *dar* no más que por *dar*. O le da gusto por amor propio, o por *amor divino*; y sólo en este caso le es manantial perenne de puras alegrías.

Por donde se ve que el espíritu cristiano *purifica* las fuentes de alegría y las acrecienta.



XIX. Naturaleza y arte

Sursum corda!

1. Al hacer el recuento de las cosas placenteras que pueden servir para alegrar comúnmente a los cristianos y a los que no lo son, se ofrecen los goces de la contemplación de la belleza, que por todas partes nos sale al encuentro en la Naturaleza, y se esfuerzan por imitar y producir las artes.

Sin duda alguna la belleza natural es una de las cosas que más contribuyen a alegrar la vida de quien tiene ojos para verla y corazón para sentirla.

¿A quién no alegran los brillos matizados de la aurora, los esplendores de los días serenos, las magnificencias del cielo a la salida y puesta del sol? ¿Quién no experimenta un sentimiento grato, que le reconcilia con la vida llena de pesadumbres, al contemplar las flores de los campos, la frondosidad de los árboles, sobre todo cuando parecen exhalar vida y energía en los meses de la primavera?

El agua canta un poema de alegrías, en el murmullo de las fuentes, en el rumoroso saltar

de los arroyuelos, en el plácido curso de los ríos y en el oleaje hirviente de los mares.

Y si las cosas inanimadas nos causan esa impresión gozosa, ¿qué decir de los cantos de las aves, de los juegos de los mansos animales, y de toda esa vida que se siente palpar en los campos y llena de apacibles melodías la tranquila soledad de las noches?

2. No hay duda que el hombre, cuando se encuentra bien : cuando no le afligen dolores del cuerpo, ni hondas pesadumbres del ánimo; goza de la Naturaleza, que le hace una agradable compañía y como refleja en su placidez la suavidad de sus estados anímicos.

Pero el cristiano; el hombre que vive su fe, goza de esos mismos deleites con mucho mayor frecuencia e intensidad. Con más frecuencia, porque su alma está más de ordinario en esa calma, que es condición indispensable para responder a las voces apacibles de la Naturaleza inconsciente.

Así como los rumores de la Naturaleza se perciben mejor en el silencio de las noches y en la soledad callada de los campos; así hallan más armoniosos ecos en el alma quieta por el orden de sus afectos y el silencio de las pasiones.

3. Pero además, el creyente, el hombre de fe viva, no para en la corteza exterior de los espectáculos naturales, sino penetra hasta su espíritu. No admira sólo la perfección de las cosas creadas y sus armonías y conveniencias, sino sube a la contemplación de su divino

Hacedor, y admira y adora su sabiduría y bondad, y la belleza suprema que sirvió de ejemplar a la Creación, y de que todas las hermosuras creadas no son más que vestigios o rasguños.

Al tal, los cielos le refieren la gloria de Dios; sus ilimitadas profundidades le hablan de su inmensidad; sus innumerables luceros, de su sabiduría y poder; las armonías de la Creación le ponen ante los ojos su amorosa Providencia; y en todo ese magnífico escenario de la tierra y el cielo, ve la morada preparada para el hombre por la caridad inmensa de Dios.

Los lirios del campo con la belleza de sus pétalos, más primorosos que los más ricos vestidos de Salomón, ensalzan la bondad de un Señor, que así viste a tan humildes obras de sus manos. Y la alegría de los pajaritos, que llenan de trinos los aires, y hallan sin trabajo, preparado el manjar que necesitan, le recrea con la memoria de su destino, que no es vivir pegado a la tierra, sino alabar a Dios, esperando de él la fecundidad de su trabajo, indispensable para procurarse el sustento.

Sobre todo, las alegrías del cristiano en la Naturaleza, son imperturbables, porque si ve a Dios en la serenidad, no le ve menos claramente en las tormentas, cuando el huracán descuaja los árboles seculares, y el rayo desgarrar las negras nubes y atemoriza a los vivientes.

En medio de esos espectáculos terribles,

que encogen el espíritu del pecador y descreído, el hombre de fe yergue la cabeza y entona a Dios el himno de su sublime Majestad: Alabad al Señor... fuego, granizo, nieve y hielos, viento tempestuoso, que cumplís su mandato (Salmo, 148).

4. Y no sólo en los espectáculos de la Naturaleza halla el cristiano más copiosa y perenne fuente de alegrías, sino goza mejor de las que pueden ofrecerle las artes.

Es cierto que hay un sector, — por desgracia muy extenso, — de la actividad artística, que está vedado por nuestra Religión: lo obscuro, lo criminoso, lo que sirve para encarnizar las pasiones que viven en el fondo de nuestro corazón, y estimuladas por ese arte insano, salen como fieras a turbar la vida individual y social y sembrarla de ruinas y estragos.

Pero el alejarnos de esa producción artística; el esforzarse cuanto puede por suprimirla ¿autorizará a alguno para acusar al Cristianismo de cercenar las alegrías de la vida?

Sobre todo, cuando la fe abre a las artes, nuevas y más serenas y dilatadas esferas: las regiones de la santidad y de la idealidad sobrenatural.

El arte pagano, aun en sus mejores tiempos; aun cuando vestía pudorosamente sus esculturas y elevaba templos a sus númenes, llevó siempre el sello de la *limitación*, que es aneja a todo lo humano. El templo griego está limitado por líneas horizontales o achatados

triángulos, que parecen decir al ánimo : No hay más allá! Por el contrario, el templo cristiano alcanza esas formas audaces que se lanzan hacia el cielo y señalan a él con mil agujas y pináculos, que parecen decirle : *sursum corda!* Levantad a lo infinito vuestros corazones.

Los dioses del Olimpo, aun modelados por un Fidias, no son más que hombres de mayor tamaño y más poderosa musculatura. Pero las imágenes de Cristo, de la Virgen y de los santos cristianos, están llenas de un idealismo divino, que los hace más que hombres y mujeres de carne.

5. Además, el Cristianismo ha sido el mayor fautor y Mecenas de las artes, y no las ha consagrado a la recreación de los *pocos dichosos*, sino las ha hecho genuinamente populares, reuniendo sus obras más preciosas en los templos : verdaderas *casas del pueblo* fiel, donde entran sin pagar y sin distinción de clases el rico y el pobre, el noble y el plebeyo.

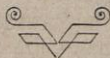
Es verdad que hay mucho que hacer para levantar el sentimiento artístico del pueblo fiel, que ve en nuestros templos las obras de arte más sublimes, sin comprenderlas ni gozarlas. Pero querer sacar al pueblo del templo, para acrecentar su inteligencia y goze del arte, es una necedad insigne.

La música profana hace oír sus producciones en coliseos a donde se entra pagando una crecida suma ; cuya entrada está por el mismo

caso, cerrada para el pueblo. Pero la música sagrada deja oír sus armonías a todos, y por ende, se consagra especialmente a la educación artística de los que no pueden recibirla en otra parte.

La elocuencia profana se despliega en conferencias a donde se entra con invitación reservada al dinero o a la posición social. La elocuencia sagrada se brinda a todos como una escuela popular de la ciencia y del arte.

Todavía hay otro aspecto por donde se ve mejor, cuánto favorece el Cristianismo al arte que alegra la vida. Tal es el que ha puesto de manifiesto el Obispo de Rottemburgo, en su libro «*Más alegría*», y es : que el arte cristiano estaba lleno de ingenuidad y alegría, al paso que el arte moderno, divorciado de la religión y de la moral, sirve más bien para entristecer los ánimos, o si los alegra de momento con bulliciosas orgías, es para dejarlos luego sumidos en una más sorda y desesperada tristeza.





XX. Optimismo cristiano

Expecta Dominum, viriliter age, et confortetur cor tuum. Ps. XXVI, 14.

1. Una de las principales fuentes de alegría es la disposición optimista del ánimo; la segura confianza de que tendremos el éxito que deseamos en todas las cosas que emprendemos; que nos sucederá bien en todo cuanto nos interesa o llega al alma.

En esto no cabe duda: el optimismo va acompañado siempre de alegría, como el pesimismo es inseparable compañero de la tristeza. Quien augura habitualmente que las cosas le saldrán mal, contra su más intenso deseo ¿cómo no ha de estar triste? Y al contrario ¿cómo no vivirá alegre quien ve siempre el horizonte color de rosa?

Por esta causa, modernamente han surgido una porción de *curanderos* de la tristeza general que aflige al mundo, procurando alegrar a los hombres con engendrar en sus ánimos una persuasión optimista. ¡Lástima que, las razones en que pretenden fundar su optimismo, o son vanas, o son peor que vanas, pues contienen gravísimos errores!

No nos detendremos aquí en señalarlos, porque hace algunos años hemos dedicado a ello varias conferencias, publicadas después en una Revista y en un folleto. Lo que ahora nos hace al caso es señalar las bases del *optimismo cristiano*, que es el único sólido y ha de ser el fundamento de nuestras perennes alegrías.

En realidad, todo lo que llevamos dicho en las páginas precedentes, son otras tantas razones del optimismo cristiano; pero vamos a condensarlas y especificarlas para que hagan más fuerza a nuestros lectores.

2. ¿En qué consiste el *optimismo*?— En la segura confianza de que todas nuestras empresas saldrán conforme a nuestros propósitos y deseos.

Ahora bien: el cristiano puede traer entre manos varias clases de empresas o negocios: unos *principales* y otros *accesorios*. El que alguno o varios de éstos le salgan mal, no es cosa que pueda inquietarle, con tal que le salgan a pedir de boca los principales. Como a un comerciante o industrial, no le apena perder algunas pequeñas cantidades en negocios de poca monta, si gana en los principales que ha emprendido. Lo único que mira es el *balance final*. Mas el cristiano, aunque puede tener contrariedades y pérdidas, tiene asegurado un *balance final* espléndido.

Hay más, ningún negocio, aun los mínimos, puede en rigor salirle mal. Le acontece lo que a un industrial que pretende fabricar un

producto, y se le estropea la fabricación ; pero con tal afortunado éxito, que, por los residuos del producto estropeado, le pagan doble de lo que, bien fabricado, le había de rendir.

3. Esto pasa a la letra a los cristianos. Pretende, vgr., un cristiano, alcanzar con su trabajo honesto, bienes de fortuna para pasar cómodamente la presente vida. Mas esta fabricación se le estropea, y en vez de riqueza, saca de sus hornillos pobreza. Pero ¿qué importa? Con sólo abrazarse amorosamente con esa pobreza, a ejemplo de Cristo pobre por su amor, el cristiano queda más enriquecido que si hubiera lucrado todos los tesoros de Creso. Lo que parecían escorias de una mala fundición, le procuran mayor ganancia que el oro que pensaba hallar en el fondo de sus crisoles. ¿Cómo no ha de estar, por consiguiente, alegre?

Va el otro joven, con afanosa preparación, a buscar un puesto honroso por medio de unas oposiciones. Pero permite Dios que, donde pensaba lograr honra, quede vencido y humillado. He aquí una empresa trustrada. Pero si es buen cristiano, y abraza esa humillación con mansedumbre y paciencia, por amor de Cristo, que siendo Dios, se humilló por nosotros y tomó forma de siervo ; no sólo no experimenta definitiva pérdida, sino que sale de sus oposiciones con una pingüe ganancia.

El Duque de Gandía experimenta un amargo desengaño al contemplar en el cadáver de la emperatriz Isabel, los estragos de la muerte.

Pero ¿pierde algo con ello? Antes al contrario, de allí sale con aquella energía que le lleva a los altares, y le convierte, de privado de Carlos V, en San Francisco de Borja.

Iñigo de Loyola ve cortadas sus ilusiones caballerescas por la bala francesa que le derriba en los muros de Pamplona. Pero ¿queda por eso fracasado? No, sino vence al mundo y sus vanas promesas, y llega a ser San Ignacio de Loyola.

Alonso Rodríguez sufre descalabro tras descalabro en su comercio de paños de Segovia. Pero ¿cual es el resultado final? Que en vez de ser un mercader rico, viene a convertirse en el santo Portero de Monte Sión y es venerado en los altares como San Alfonso Rodríguez.

4. ¡Cuantos son los cristianos que, en el fondo del crisol que parecía lleno de escorias y fracasos, han sabido descubrir el botón de oro de la santidad! Por donde lo que parecía fracaso se les ha convertido en triunfo. Pues no es vencedor el que vence en los comienzos de la batalla, sino el que queda definitivamente dueño del campo.

A Napoleón no le dañó haber perdido la primera mitad de la batalla de Marengo, ni le valió haber ganado la primera parte de la batalla de Vaterloo, cuando fué derrotado en la segunda.

Esta es la condición del cristiano: puede perder la primera parte de una empresa: la que pone sus lucros en una ganancia pasajera

y vil ; pero está siempre seguro de ganar la segunda, que le asegura el balance final ganancioso.

De ahí nace el inquebrantable optimismo del cristiano verdadero ; aquel optimismo en que Jesucristo procuraba fundar a sus Apóstoles, para que no se escandalizaran en su Pasión.

Siempre que les prenunciaba los suplicios a que verían sometido a su Maestro, terminaba con aquella promesa : *y al tercer día resucitará*. Pero ellos se apenaban por la primera parte, y no ponían apenas atención en la segunda. Así lo hacemos muchas veces nosotros y por eso nos dejamos vencer del pesimismo y la tristeza. Todo ello es falta de *fe* en la resurrección que es el desenlace de todas las pasiones del cristiano.

5. El cristiano *no puede fracasar*. Lo más que le puede suceder es, que como su divino Maestro, se vea puesto en cruz, y escarnecido y beñado por sus enemigos, que piensan haber triunfado de él y sellan la losa de su sepulcro. ¡Vana precaución! El cristiano, como Cristo, en llegando la aurora de la resurrección, romperá los sellos, apartará las losas más pesadas y resurgirá triunfante, entonando el himno de la eterna victoria, mientras sus enemigos buscarán confusos el medio vano para disimular su derrota.

Dicen los franceses, que aquel se ríe bien, que es último en reír. Esta es la risa del cristiano. El mundo se ríe de nosotros una temporada ; pero tenemos absoluta seguridad, de

que, al fin y a la postre, nosotros somos los que nos reiremos de él.

Así nos lo prometió Jesús en el sermón de la última Cena, cuando se disponía a emprender él mismo el camino áspero de la Pasión. «El mundo se regocijará y vosotros seréis contristados. Pero vuestra tristeza se trocará en gozo... y vuestro gozo nadie os lo podrá quitar». (Joan. XVI, 20, 22). «En el mundo sufriréis opresión. Pero confiad! yo he vencido al mundo!» (Ib. 33).

6. ¿Qué es el pesimismo? ¿No es por ventura el temor, la previsión sombría del fracaso? Pues el cristiano es un sér *infracasable*. Por consiguiente, quien se entristece, quien teme el fracaso, reniega de la fe. Mas el que vive vida de fe, no puede temerlo ni dar lugar a la tristeza.

El santo Job, despojado de todos sus bienes, cubierto de asquerosas úlceras, abandonado de los suyos en un muladar y acusado por sus propios amigos; no se descorazona por eso, ni se da por fracasado, antes exclama lleno de segura confianza: Sé que mi Redentor vive, y que en el último día he de resucitar, y de nuevo he de vestirme de este pellejo mío, y veré en mi carne a mi Dios... y esta esperanza está depositada en mi corazón (XIX, 25-26).

De suerte que, aun en el extremo de las miserias humanas, el cristiano no se entrega jamás al pesimismo desalentado; pues sabe que tarde o temprano, la victoria es suya, con sólo que se obstine en no renunciar a ella.

Por eso no puede ser pesimista; no puede abandonarse a la tristeza!

7. Este es el verdadero optimismo: el único optimismo legítimo. Los demás no son sino falsificaciones, malas imitaciones de él.

La confianza del hombre *en sí*, en sus propias fuerzas, puede extraviarse y conducir a los mayores desastres. Y cuando éstos sobrevengan, en vez de alegría, devorará el fracasado amarguísima tristeza, viendo deshechas sus doradas ilusiones.

Ninguna esperanza de bienes temporales es indefectible. El hombre está siempre expuesto a la desgracia, a que han conducido a los poderosos de la tierra en todas las épocas, los veleidosos cambios de la fortuna.

Sólo la *esperanza cristiana* es inconfundible; y por ende, sólo el que de ella vive puede estar siempre lleno de segura alegría. Pues aun los acontecimientos más adversos, sabe que, si se aprovecha de ellos, puede convertirlos en *medios* de su mayor aprovechamiento y triunfo final.

Y no solamente interpreta de esta suerte optimista las adversidades que sufre en su persona, sino también las que ve permitir Dios que sobrevengan en el mundo en que vive.

8. En medio del horror de las guerras modernas, que siegan por millares y millones las vidas, dejando innumerables personas sumidas en luto, en la orfandad y miseria; ve *medios* de que se vale la Providencia de Dios, para salvar a sus escogidos y consumir a sus san-

tos. En las pestes y epidemias que nos afligen y desuelan nuestras ciudades y campiñas, ve una gran *misión* con que Dios despierta a los olvidados y dormidos, para que se enmienden de sus pecados y se conviertan a El.

En estos últimos años hemos asistido a matanzas horrorosas, a ruinas sin cuento, a una mortandad general; producida por las epidemias. Todo este cuadro es harto negro, para que no anuble un momento nuestros corazones.

Pero cuando vemos, por encima de este fondo obscuro, elevarse legiones de almas, a quienes ha salvado la tremenda lección que Dios está dando a la Humanidad, la tristeza se disipa, y las sombras sólo nos sirven para abrillantar más las luces del cuadro, como en las composiciones de la Escuela holandesa.

Es verdad que hemos asistido a verdaderas hecatombes humanas producidas por los infernales inventos de la artillería moderna. Pero hemos visto a muchos millares de jóvenes, morir gloriosamente por la patria, invocando al Dios de sus padres, en vez de perecer ignominiosamente en las garras del vicio, que estaba consumiendo a esa sociedad materialista y atea.

El mar ha tragado tesoros sin cuento; pero el Cielo se ha enriquecido con multitud de almas salvadas por las duras lecciones de la guerra. Europa queda devastada y despojada de su belleza; pero la Humanidad queda aleccionada y enseñada del término a donde

conduce la civilización sin Dios, de que hace pocos años estaba embriagada tan sin remedio.

Y todavía está extendida la mano del Señor! Todavía se desatan sobre el mundo nuevas calamidades. Pero en medio de todas ellas, los verdaderos cristianos perseverarán firmes en su fe y en sus inconfundibles esperanzas, y como los tres jóvenes del horno de Babilonia, entonarán alegres, entre las llamas de este universal incendio que nos amenaza, el himno de la gloria de Dios.





XXI. El Paraíso en la Tierra

Omnem sollicitudinem vestram projicientes in eum...
I, Petr. V, 7.

1. Al ponderar nuestras alegrías, no podemos perder de vista que, el actual estado de la Humanidad en la tierra, no es de beatitud, sino de expiación; la cual, aunque no excluye la alegría, le pone muchas cortapisas y limitaciones.

La Redención de Jesucristo no devolvió al hombre aquel estado dichoso que gozó en el Paraíso terrenal, ni le eximió de las penalidades del destierro a que fué condenado por la primera culpa. Pero no obstante, su tendencia es a restituirle, aun aquí en la tierra, la felicidad perdida.

Por eso, cuanto más perfectamente se cumplan las prescripciones del Evangelio, cuanto más se penetra el hombre y la sociedad de su espíritu, la vida terrena se hace más llevadera y suave; y si todos los hombres se resolvieran a practicar la perfección evangélica, de hecho la tierra volvería a ser algo muy parecido al Paraíso terrenal.

Por desgracia no hay que pensar en esa conversión *total* de la Humanidad; por lo cual, aquellos que quieren vivir con toda la perfección enseñada por Cristo, se retiran del mundo y forman las *familias religiosas*, donde se aspira del modo más perfecto posible a aquella perfección.

2. Y ¿qué nos dice la experiencia de estas congregaciones fundadas en el espíritu del Evangelio? Nos dice que, donde renace el espíritu de Cristo, renace la alegría; y que ésta es más perfecta cuanto la sociedad religiosa se acerca más a los ideales propuestos por el Evangelio.

De ahí que sea norma sin excepción, que cuanto en una religión más fervorosamente se practican los consejos evangélicos, tanto florece más en ella la alegría. Y al contrario: donde los religiosos andan tristes y abatidos, no dan buena idea de la perfección con que observan los altos propósitos de su forma de vida.

Léanse las historias de las Ordenes religiosas y se hallará la comprobación de lo que decimos. ¡Qué alegría rebosa de aquellas páginas en que se nos describen los primeros tiempos de la Orden Franciscana! *Flore-citas* se han llamado hermosamente aquellas anécdotas, porque realmente florece en ellas el espíritu de Cristo, y la fragancia de ese espíritu es la más pura y comunicativa alegría.

En las Vidas de los antiguos Padres del Yermo, se observa esto mismo. En medio de

sus grandes austeridades, resplandece la alegría del espíritu; ellos fueron los Maestros de esta *alegría espiritual*, y de ellos aprendieron los ascetas posteriores a procurar la alegría en las personas que se dedican a la perfección, y a considerar la tristeza como indicio de las invasiones del mal Espíritu.

Pero en esta parte, no tenemos necesidad de buscar testimonios en los libros. Actualmente se admira en los *noviciados* de las Ordenes religiosas observantes, esta alegría íntima y efusiva, que ha hecho definir al novicio como *animal risible*.

3. Permítasenos traer a colación los recuerdos de nuestra juventud, cuando, arrancados por la divina Providencia, al mundo en que vivíamos y en que estábamos sumidos hasta los ojos, nos vimos trasladados de repente a este Paraíso de la tierra.

Allí nos encontramos con una abigarrada junta de jóvenes de muy diferente edad (desde los 15 a los 45 años), de muy diversa instrucción y educación y clase social: *hijos de muchas madres*, como se suele decir. Pero sobre toda aquella variedad se extendía un velo uniforme de la alegría más efusiva. Tal, que no nos cabía en el cuerpo, y prorrumpía por la más mínima ocasión, en risas contagiosas, capaces de exhilarar al más cejijunto.

¡Qué alegría la de nuestras tasadas recreaciones! Donde no obstante, la conversación no carecía de tropiezos, por la diversidad que había entre muchos de nosotros y las imper-

fecciones y tonterías, anejas a los principios de aquella nueva vida.

Y cuidado, que las circunstancias externas no eran las más apacibles. Estábamos en un vetusto monasterio, por muchos años desmantelado por las *luces del progreso*; y sólo poco a poco se iban colocando cristales en las aberturas, y se iba corrigiendo la humedad y destrozo de los pavimentos. El clima era duro, el día en invierno muy corto, y los corredores por demás sombríos. Pero todo lo rosaba nuestra alegría interior y comunicativa.

Nuestras ocupaciones eran las más *sosas*, fuera de los ejercicios espirituales. Abogados que acabábamos de dejar el bufete; médicos, ingenieros, literatos, estudiantes de varias carreras; una vez terminada la oración, la meditación, la misa, la lectura espiritual, nos ocupábamos en barrer tránsito, servir en el comedor y en la cocina, y practicar otros oficios humildes. Y en esa vida monótona, sin comunicación con el mundo, sin atractivo ninguno en las cosas mismas que hacíamos, a todas horas nos retozaba la risa en el cuerpo, y buscaba ocasión de salir y se derramaba por cualquiera rendija.

4. Y ¿cuál era la causa de tanta alegría, que nos admiraba a nosotros mismos; sobre todo a los que éramos talludos y podíamos hacer comparaciones entre nuestra vida presente y pasada? No era otra que ésta: la vida de fe; la vida llena del espíritu de Cristo, del amor fervoroso a la Virgen Santísima; la

confianza filial con que nos habíamos entregado a la voluntad y Providencia amorosísima de Dios; descuidando en sus manos todas las cosas de este mundo.

En nuestras probaciones íbamos a servir a los pobres en los hospitales, donde tropezábamos por vez primera en nuestra vida, con asquerosas miserias. ¿No parece que estas cosas, tan ajenas a nuestra educación y costumbres juveniles, habían de apenarnos y amurriarnos? Pues era todo lo contrario.

Es opinión de muchos, que la risa demasiada de los novicios, nace de que en el noviciado se pierde el *sentido común*. Pero, supuesto que así sea, el sentido común se recobra y la alegría no se pierde, mientras se persevera en la vida fervorosa y llena de fe, que en el noviciado se inaugura.

5. No se puede negar que, aun en los perfectos religiosos, las solicitudes y cuidados a que no es posible hurtarse, por la propia vocación y la ayuda de los prójimos, eclipsan a tiempos esta vida risueña propia del noviciado.

Pero no es menos cierto que, los varones perfectos, conservan en medio de las más graves ocupaciones la paz interior, fundada sobre el cimiento inquebrantable de la fe y la confianza en Dios, y gozan alegría tanto mayor cuanto es mayor su santidad o perfección.

Nosotros hemos conocido varones religiosos, ocupados en los negocios más espinosos y llenos de responsabilidad, en cuyo rostro se

pintaba no obstante, una igualísima serenidad, reflejo de su interior alegría. Y con razón ha dicho un autor moderno, que los santos forman una *galería de hombres alegres*, por más que a muchos de ellos haya destinado la Providencia a una vida llena de grandes penalidades.

¿Quién sufrió más enfermedades y contrariedades que Santa Teresa de Jesús? Y al propio tiempo, ¿qué alma se ha mostrado en sus escritos más ingenuamente alegre y santamente regocijada? Tal vez sólo la aventaja en alegría, o por lo menos compite con ella en esta parte, el santo de la Cruz, de la pobreza y la austeridad: San Francisco de Asís.

Pero aun sin llegar a su perfección y santidad, participan de su alegría todos los religiosos que viven con fervor de fe y de caridad; y no sólo los religiosos, sino todos los cristianos que cumplen con esas mismas condiciones.

6. La tristeza, el desaliento, son absurdos en el cristiano; pues pugnan contra todas nuestras creencias: contra el concepto cristiano de Dios, Padre celestial, amorosísimo y la bondad misma; contra el concepto de la vida eterna a que hemos sido por él destinados; contra la fe en Cristo, que aboga perpetuamente por nosotros ante su Padre celestial; y en la Virgen santísima, nuestra Madre y Señora, que intercede sin cesar para que se nos den las gracias que nos hacen falta. Contra el concepto de la oración, que nunca vuel-

ve vacía del acatamiento de Dios; contra el concepto de la Providencia divina, que nunca nos pierde de vista ni desatiende ninguna de nuestras necesidades.

«Ni un pajarillo insignificante de los que se venden dos por un cuarto, — nos dice el Señor — cae en tierra sin consejo e intervención de esa Providencia. No temáis, pues; que valéis más que muchos pájaros; y así, ni un cabello de vuestra cabeza perderéis; pues todos los tiene contados vuestro Padre celestial» (Mat. X, 29-31).

Esta confianza, esta seguridad, es la que hace al cristiano que, siguiendo el consejo de San Pedro, arroje todas sus solicitudes y cuidados en la Providencia de Dios; pues sabe que El tiene cuidado de nosotros. (I. Petr. V, 7). Y esa exención de cuidados es lo que alivia el corazón y abre las puertas a la alegría, que, libre de esos obstáculos, nace espontáneamente en nuestro pecho.

A. M. D. G.

ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
Nuestra alegría	1
I. Alegría	5
II Nuestra esperanza	14
III Cantad trabajando	22
IV Las alegrías de la oración.	34
V Dignidad del cristiano	41
VI El Dios de la alegría	48
VII Llorando y riendo	56
VIII La alegría en la muerte	65
IX Luchemos con alegría	74
X El sabor de la virtud	84
XI La alegría de la fe	93
XII Alegrías del amor	102
XIII El Sagrario	110
XIV Vida y dulzura	118
XV Fraternidad universal	126
XVI El Culto católico.	134
XVII El crepúsculo del Calvario	144
XVIII Alegrías comunes	150
XIX Naturaleza y arte	158
XX Optimismo cristiano.	164
XXI El Paraíso en la tierra	173

OBRAS DEL MISMO AUTOR

- Amad a los niños
Antes que te cases...!
Apologética (Epítome escolar de)
Ascética Ignaciana
Catecismo (El) de los ricos
Catecismo patriótico
Catecismo explanado, *por Fr. Spirago*
Culto Católico (El)
Cultura general filosófica
Didáctica general (Arte de enseñar)
¡Dios sí, la Iglesia no!
Educación cívica
Educación de la castidad
Educación eucarística (Fiesta de)
Educación femenina (La)
Educación intelectual
Educación moral
Educación religiosa
Eduquemos para la lucha
El Adiós del Corazón de Jesús
El Cielo
El derecho de enseñar
El inventor de la confesión
El P. Fiter y la Congregación Mariana
Ética (Nociones de) o Filosofía Moral
Flores Marianas
Hijos y esclavos
Historia Bíblica del Antiguo Testamento
Historia de España (Compendio de)
Historia de la Civilización
Historia de la Educación y la Pedagogía
Historia de la Iglesia, *por J. Marx*

Historia de los Papas, *por L. Pastor*
Historia del Comercio
Historia Universal (Compendio de)
La Comunión de los niños inocentes
La Iglesia y la libertad de enseñanza
La leyenda del Estado enseñante
La Madre del amor hermoso
La Maestra cristiana
La práctica del Púlpito, *por A. Meyenberg*
La Religión
La Santa Misa
La Virgen de los Dolores
La Verdad desnuda
Los dos bachilleratos
Manojito de flores recogidas en los Ejercicios espirituales
Método de estudios de la Compañía de Jesús
Mir (Don Miguel) y su «Historia interna documentada de la Compañía de Jesús»
Modernismo (El). — Conferencias
Modernismo pedagógico
Nuestra fe.
Nuestra alegría
Optimismo (El)
Patriotismo (El)
Pedagogía alemana (La última palabra de la)
Pedagogía de la libertad
Pedagogía Ignaciana
Piedad ilustrada. (La)
Plan de un curso de Pedagogía
Secreto de la felicidad (El)
Secreto del éxito (El)
¡Si habrá infierno!
Valores humanos



